LIBRARY OF PRINCETON
JUL - 9 2003
THEOLOGICAL SEMINARY

Digitized by the Internet Archive
in 2016

https://archive.org/details/revistabiblica1983soci

Nº 83

ENERO - MARZO
1957
Año 19

REVISTA BIBLICA

Fundada por Mons. Dr. Juan Straubinger

•

DIRECTOR:

P. BERNARDO OTTE, S.V.D.

Colegio Apostólico San Francisco Javier
Villa Calzada, F.C.N.G.R. (Prov. Buenos Aires)

SECCION LITURGICA: AGUSTIN BORN, Presbítero

ADMINISTRACION: **Mansilla 3865, Buenos Aires**
(Suscripciones, reclamos, pagos **adelantados**, suspensiones, cambios, etc.)

Ejemplares perdidos a causa de cambio de domicilio no comunicado no serán restituídos.

Suscripciones que **no** se anulen **antes** de su vencimiento **(fin de año)** se consideran renovadas.

SUSCRIPCION ANUAL: ARGENTINA Y LOS PAISES LIMITROFES: $ 25 m/n.
PERU: 25 Soles, OTROS PAISES: 2.- DOLARES NORTEAMERICANOS.
(Cheques solamente a la orden de Editorial Guadalupe).

REPRESENTANTES DE LA REVISTA BIBLICA

BOLIVIA: Dr. Damián Irusta. Casilla 6, LA PAZ
BRASIL: Seminario do Espíritu Santo (Revista Bíblica), Santo Amaro, C. P. 12605, SÃO PAULO, Capital
COLOMBIA: Herder, Editorial y Librería, Calle 12, Nº 5-53/61, 23º BOGOTA (Colombia).
CHILE: R. P. Rodolfo Simons, S.V.D., Cas. 9194, SANTIAGO
PERU: Librería Mabreu, Apart. 1920, LIMA
VENEZUELA: Srta. María Teresa Suárez, frente a la Iglesia Sábana Grande, CARACAS.

Los representantes arriba indicados están autorizados para cobrar el importe de la suscripción. Se ruega a los suscriptores quieran enviarles sus pagos SIN PREAVISO, AL COMIENZO DEL AÑO.

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº 52.021 - (Con los derechos reservados)

Contribuya al Apostolado del Evangelio suscribiéndose y buscando otros que se suscriban a esta Revista, única en su género en Sudamérica.

El diseño de la carátula se debe a la gentileza del "Apostolado Litúrgico del Uruguay"

REVISTA BIBLICA

CON

SECCION LITURGICA

AÑO XIX | ENERO - MARZO 1957 | N° 83

Sumario

SECCION BIBLICA

* ESTUDIOS

La Bula "Ineffabilis Deus" y la Hermenéutica bíblica - *A. Bea, S. J.* 1-6
Acotaciones Exegético-Pastorales a IV Reyes, 5, 1-19 - *Pbro. Ernesto Szanto, S. D. B.* 7-9
Abomina Yaveh los labios mentirosos - Prov. 12, 22 - *B. Otte, SVD.* 10-12
Costumbres de la Familia en el Antiguo Testamento - *Sister M. Theophane, O. S. F.* 13-15
El Genio Literario de San Pablo - *Juan Carlos Craviotti, S. C. J.* .. 16-17
La Carta Común a las Siete Iglesias (fin) - *P. Federico Hoyos, SVD.* 18-22
La Sagrada Escritura en la Conversión de algunos santos - *B. Otte, S. V. D.* 23-25
Habla S. Pío X sobre la lectura 25
Dos nuevos Atlas de la Biblia - *B. Otte, S. V. D.* 26-27

* CRONICA 28

Argentina: Sociedad Argentina de Profesores de Sagr. Escr.
Noche del Evangelio en Mercedes (Corrientes)
Polonia: Congreso Bíblico.

* BIBLIOGRAFIA 29-36

SECCION LITURGICA

* ESTUDIOS

La Pastoral, clave de la historia de la Liturgia - *Josef A. Jungmann* 37-41
La Reforma del Breviario - *Giacomo Cardenal Lercaro* 42-46
Principios, caracteres y límites de la participación del pueblo en la Santa Misa (cont) - *Mons. Carlos Rossi* 47-49
Aclaración de la S. C. R. acerca de las funciones del Triduo Sacro 50

* JORNADAS Y CONGRESOS LITURGICOS

III Congreso Litúrgico de Irlanda 51
Primera Semana Nacional de Pastoral Litúrgica, en Bolivia 51-53
Congreso Litúrgico de Barcelona 53-54

* BIBLIOGRAFIA 55-60

EDITORIAL GUADALUPE

A nuestros lectores del Uruguay

Nos es muy grato de comunicarles que nuevamente estamos representados en la Rep. O. del Uruguay por la

SOCIEDAD SAN GREGORIO

Carlos Roxlo 1379
Montevideo
Tel. 44723

Agradeceríamos pues realicen los pagos de las suscripciones que importan $ 3.— uruguayos por año, al referido representante.

En cuanto a cambios de direcciones e irregularidades en el envío le rogamos dirigirse a esta administración en Buenos Aires.

La Bula "Ineffabilis Deus" y la Hermenéutica bíblica

(Continuación: Véase *Rev. Bíbl.* Nº 82, año 1956, págs. 181 - 186).

III. *Sobre el sentido literal*

1. — De lo que se ha expuesto hasta aquí resulta que el Sumo Pontífice Pío IX ha dicho y confirmado que el Espíritu Santo, autor principal de la Sagrada Escritura, quiso referirse con las palabras del Protoevangelio y efectivamente se refirió a la B. Virgen María que junto con Cristo y por Cristo tiene enemistad eterna contra la venenosa serpiente y triunfa plenamente sobre ella; que el Protoevangelio tiene por tanto un sentido cristológico y mariológico. De resultas nace la cuestión —que hoy día libremente es discutida— por los autores: este sentido mariológico ¿es sentido literal? o ¿es otro de los que comúnmente se admiten en la hermenéutica: sea "el más pleno" o sea el típico o "el acomodaticio"?

2. — Es evidente que no se trata del sentido acomodaticio porque Pío IX usa este texto para probar con la Sagrada Escritura el dogma de la Inmaculada Concepción, lo que no se puede de ningún modo por el sentido acomodaticio.

3. — No pocos autores opinan que se satisface al texto de la Bula admitiendo el sentido típico[28]. Más o menos argumentan de este modo. En el Génesis 3, 15 la "mujer" de la cual directamente se habla y en el sentido literal, es Eva que es tipo de María; "la descendencia de la mujer", en sentido literal, es el género humano que por la gracia de Cristo, con la cooperación de María, vence al diablo. Quien explica el texto del Protoevangelio de este modo, parece en efecto satisfacer a la doctrina propuesta por Pío IX en la Bula ya que el mismo Pontífice de ningún modo dice en *qué* sentido se habla de María.

Pero de las deliberaciones de los Obispos que precedieron a la redacción de la Bula (en los días 20-24 de noviembre de 1954) [29] parece resultar que en la Bula se trata *tanto* del sentido *literal como* del sentido típico, e. d. del sentido literal en cuanto al "Protoevangelio" y a la "Salutación Angélica", del típico en ciertos textos citados por los S. Padres. En aquellas discusiones habló el Obispo Malou en esta forma: "Lo que (en el esquema propuesto) choca es esto que se citan estos testimonios de los Libros Sapienciales junto con el Protoevangelio y el Evangelio, como si aquellos (los Libros Sapienciales) aportaran una prueba similar a aquella que proporcionan éstos (el Evangelio y el Protoevangelio) lo que no es verdad. Pero si la Bula citara los textos de los Libros Sapienciales o en su sentido *"místico"* en que los entiende la Iglesia o en su sentido *"apropiado"* como documentos de la Tradición, como testimonios de la doctrina de los Padres que mediante estos textos exponían la fe de su tiempo, nadie sin duda diría nada en contra" [30]. El relator distingue, pues, el sentido del Protoevangelio y de la Salutación Angélica (sentido que el mismo relator poco antes parece llamar sentido literal), el sentido *místico* (e. d. espiritual o típico)[31] que entiende la Iglesia. y el sentido *acomodaticio,* e. d. apropiado que expresa la doctrina de los Padres atestiguando la fe de su tiempo. Pero en la Bula misma que se debía redactar según estas observaciones [32], se pone en primer término el Protoevangelio de que se dice que los Padres y Escritores de la Iglesia "han enseñado" el sentido mariológico; después se traen sin exacta distinción textos que los Santos Padres explican sea en sentido típico sea en sentido acomodaticio de la Virgen María; luego concluye: en éstos "y otros por cierto muchos de la misma clase los Padres *trasmitieron* "que la dignidad de la Madre de Dios" ha sido en forma clara preanunciada; al fin se cita la Salutación Angélica de la cual otra vez se

(28) Cf. p. ej. Bertelli, l. c. 276 s.
(29) Cif arriba, p. 183.
(30) Cf. Malou, l. c. 551.
(31) El sentido espiritual o típico se llamaba en tiempo del Concilio Vaticano también "sentido místico". Cf. F. X. Patrizi, De interpretatione Scripturarum Sacrarum, Romae 1824, 217, n. 348.
(32) Cf. arriba, p. 183.

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº 122.021

dice que los Santos Padres y Escritores de la Iglesia han enseñado "que por este singular y solemne saludo ha sido designada la Madre de Dios, el trono de todas las divinas gracias" ([33]).

Esto, si se lo examina con justicia y se juzga, parece indicar que en la Bula se debe distinguir entre el sentido literal que se atribuye al Protoevangelio y a la Salutación Angélica y el sentido típico que se atribuye a otros textos. No hay por qué tratar más extensamente de otros argumentos que suelen ser citados por los autores contra el solo texto típico y en favor del sentido literal ([34]). Solamente queremos advertir esto: en la Bula no se propone a Eva como *vencedora* del diablo, sino más bien como *vencida* por él, lo que expresa San Jerónimo con aquel célebre dicho: "la muerte por Eva, la vida por María" ([35]). La Bula por tanto no propone a Eva como tipo de María.

4. — De lo que se acaba de exponer parece seguir más probablemente que en el Protoevangelio no se trata del sentido típico, se presenta la pregunta si se debe hablar del sentido *literal* o del sentido *"plenior"*. Pero esto es más bien una cuestión de la terminología que del mismo asunto. En la definición del sentido literal y del *"plenior"* divergen los autores bastante y no hay ninguna definición que fuera admitida por todos.

a) Respecto al *"sentido literal"* hay autores, especialmente en nuestros tiempos, que entienden por literal aquel "que se manifiesta por las mismas y solas palabras del hagiógrafo rectamente explicadas" o *el sentido divino expresado inmediatamente por las palabras del hagiógrafo"* ([36]). A juicio de estos autores el sentido literal se saca de las palabras solas del texto, tomadas en sí mismas y en el inmediato contexto. Otros llaman este sentido, *"gramático-histórico"* o *"filológico-crítico"*. Aquel sentido empero que se fija mediante la doctrina del Magisterio de la Iglesia, de la Tradición, de la analogía y de la fe lo llaman ellos "sentido plenior". Otros Autores definen el sentido literal de modo más amplio: *es aquel sentido que el Espíritu Santo quiso expresar mediante las palabras del hagiógrafo y lo expresó, y que se halla sea o mediante las solas palabras del hagiógrafo sea mediante la Tradición y el Magisterio de la Iglesia y la analogía de la fe.*

b) Si se pregunta ahora cómo haya entendido *la tradición exegética y teológica* el sentido literal, parece se puede decir más o menos lo siguiente: cuando los Autores de los siglos XVI y XVII se empeñaron en definir más estrictamente el sentido literal, lo hicieron ordinariamente de este modo: "El sentido literal es aquel que las palabras, tomadas sea propia sea metafóricamente, en la intención del Espíritu Santo que "habla", significan primera e inmediatamente. Así p. e. P. Bonfrère ([37]). Aquí son muy de notar las palabras "en la intención del Espíritu Santo". Pues no se pregunta en primer lugar, cuál ha sido la intención del hagiógrafo, autor humano al escribir las palabras, sino más bien qué haya querido expresar el Espíritu Santo, primer y principal autor de la Sagrada Escritura, por su instrumento e. d. el hagiógrafo. Por cierto las más de las veces consta ya con bastante claridad la intención del Espíritu Santo por la mera consideración de las palabras y el contexto inmediato. ([38]), pero esto no sucede de ningún modo siempre.

---

(33) Bula p. 607. 608. 609. DM. nº 285-288. Obsérvese que el término "tradiderunt" (trasmitieron) es menos preciso que el término "docuerunt" (enseñaron) que se emplea al hablarse del Protoevangelio y de la Salutación Angélica.

(34) Cf. Bertelli, l. c. 279-291; 369-378 donde se aducen y discuten todos los argumentos que proponen los defensores del sentido típico.

(35) S. Jerónimo, Epist. 22, n. 21 (PL 22, 408).

(36) Cf. A. Fernández, Sentido plenior, literal, típico, espiritual, en Bíblica 34 (953), 299-326.

(37) Jac. Bonfrère (Praeloquia in totam S Scripturam, cap. 20, sect. II (apud Migne, Cursus completus Script. Sacrae, I, 247). Con las palabras "primera e inmediatamente" se distingue el sentido literal del sentido típico el cual es indicado por el Espíritu Santo no en primer lugar, sino mediata y remotamente, es decir por medio de cosas señaladas por los términos del sentido literal" (lug. citado, p. 249).

(38) Esta es la razón de inculcar Pío XII con tanto ahinco en la Carta Encíclica "Divino afflante Spiritu": esta es la suprema norma para la interpretación de mirar y definir lo que el Autor Sagrado haya

Pues el Espíritu Santo puede querer por motivos de los cuales aquí no hay por qué tratar más extensamente que por las palabras del hagiógrafo bajo el influjo de la inspiración se exprese algo que, si bien es rectamente expresado por las palabras, por el hagiógrafo no es captado o no del todo, sino que requiere alguna nueva revelación de Dios para que por el mismo hagiógrafo o nosotros sea rectamente entendido. En el tratado de la Inspiración es doctrina comúnmente admitida que tal caso hay en la Sagrada Escritura y es enseñado por el mismo Doctor Angélico. Según Santo Tomás es el hagiógrafo un "instrumento deficiente respecto al agente principal" e. d. a Dios ya que "también los verdaderos Profetas ni conocen todo lo que el Espíritu Santo pretende revelar en sus visiones o palabras o también obras" [39].

Ahora bien a nosotros ni nos es posible saber si el Espíritu Santo intentó un sentido que no lo es solo inmediatamente de las solas palabras y la consideración del contexto inmediato. Se requiere para esto un testimonio del mismo Espíritu Santo, el cual puede hallarse en otros textos de la Sagrada Escritura (analogía bíblica) o en la otra fuente de la revelación, la Tradición divina o en la doctrina común de los Santos Padres y Doctores o en la confesión viva de la Iglesia de cualquier tiempo, confirmada por su vivo Magisterio. El sentido de la Sagrada Escritura que de este modo se obtiene es según los autores antiguos el *"sentido literal"* Para dar con él quieren se consulten los textos paralelos, la Tradición, el consenso de los Santos Padres, el Magisterio de la Iglesia[40].

c) Este modo de definir el sentido literal era *común entre los exégetas católicos* de los siglos XVI y XVII. Es fácil de comprender que los Protestantes no podían admitir la definición de ese sentido literal. Pues Lutero ya el año 1519 había establecido: "La Sagrada Escritura es por si sola certísima, facilísima y del todo patente e intérprete de sí misma" [41]. Por eso los exégetas luteranos, así como también los calvinistas rechazaban enérgicamente todo recurso a otros criterios, especialmente al criterio de la Autoridad de la Iglesia. Salomón Glassius († 1656) uno de los principales exégetas protestantes de su tiempo escribe lo siguiente: "Los papistas mandan a los hombres a la Iglesia a la que hay que pedir el verdadero sentido de la Escritura. La Iglesia romana, e. d. el Pontífice Romano con los Concilios y sus Obispos proponen interpretaciones falsas, y ajenas a la letra del texto" El mismo Glassius define el sentido literal —tomado estrictamente— así: "Es aquel que se extrae inmediatamente de la significación propia de las palabras"[42]. Está demás decir que los exégetas católicos en las controversias con los adversarios no podían usar el criterio de la Autoridad y así sucedió paulatinamente que aquella estrecha definición del sentido literal llegó a estar en uso también entre los exégetas católicos, especialmente en las regiones septentrionales y esto tanto más porque en el tiempo de la crítica histórico-literaria no raras veces bambaleaban los principios católicos[43].

d) La *recta doctrina* sin embargo nunca desapareció por completo. Dejando a un lado a otros, también del Norte, como p. e. a H. Goldhagen[44], aquí en Roma el P. Francisco Javier Patrizi, a quien realmente se puede llamar el restaurador de la Hermenéutica católica, en la obra "De interpretatione Scripturarum

---

intentado decir". Ench. Bibl., N. 557). Con este solícito empeño muy a menudo se fijará ya claramente el sentido literal; pero advierte el mismo Sumo Pontífice no se lo obtiene siempre ya que inculca que para encontrar el sentido literal hay que tener en cuenta los criterios que ordinariamente se llaman dogmáticos (ib., n. 551).

(39) Sto. Tomás, Summa Theologica, II. II. q. 173, a. 4.

(40) Cf. p. e. Bonfrère, l. c., 250 s.

(41) Luthers Werke, Weimarer Ausgabe, Bd. VII. S. 97, Z. 23 ss.

(42) S. Glassius, Philologia Sacra, lib. II, tract. II, art. 2 y 3 (ed. Lipsiae 1725, p. 393, 369).

(43) Así, entre otros, I. Monsperger, Institutiones Hermeneuticae, V. T., 1776; cf. págs. 257-262; Chr. Fischer, Institutiones N. T., Pragae, 1788.

(44) Goldhagen H., Introductio in S. Scripturam V. et N. T., Maguntiae, 1765-68; así también J. Kohlgruber, Hermeneutica Biblica generalis, Viennae, 1850.

Sacrarum" define, 10 años antes de la definición del dogma de la Inmaculada Concepción: el sentido literal es "aquel que el Espíritu Santo intenta directamente y primero, y que las palabras directamente refieren"[45].

Para dar con el sentido literal, enseña P. Patrizi, no hay que recurrir tanto a los recursos filológicos y críticos sino más bien a la doctrina de la Iglesia, a la autoridad de los Santos Padres, a la tradición exegética[46]. Trae como testigo a San Agustín quien escribe lo que sigue: "Cuando las palabras propias hacen ambigua la Escritura, consulte el intérprete la regla de la fe que se conoce por otros lugares más claros y la Autoridad de la Iglesia"[47] y San Jerónimo asegura que lo que él había aprendido no lo tiene por sí mismo sino de los ilustres varones de la Iglesia[48].

e) Esta definición tradicional del sentido literal fué confirmado, junto con las normas de encontrarlo, tanto *por la autoridad de León XIII* en la Encíclica "Providentissimus Deus" [49] como *por la del Sumo Pontífice Pío XII* en la Encíclica "Divino afflante Spiritu"[50]. Muy recientemente la inculcó de nuevo la Pontificia Comisión Bíblica que dice con elocuentes palabras: En determinar el sentido literal de los textos el intérprete no procederá como hacen hoy desgraciadamente no pocos exégetas que no tienen en cuenta sino las palabras y el contexto próximo, sino se busque exactamente lo que la Sagrada Escritura enseña en otros lugares paralelos, cuál sea la explicación del mismo texto dado por los Santos Padres y la Tradición Católica, que es la que exige "la analogía de la fe", cual es, en fin, si lo requiere el caso, la decisión del Magisterio de la Iglesia sobre la interpretación de este texto[51].

El sentido literal es, pues, según la Tradición exegética de los últimos siglos y según las normas propuestas e inculcadas por el Magisterio de la Iglesia, no sólo aquel que se manifiesta (aparece) por las palabras del hagiógrafo y el próximo contexto de ellas, sino aquel sentido intentado por el Espíritu Santo y expresado con las palabras del hagiógrafo que se encuentra por los criterios tanto literarios como dogmáticos. Admitiendo empero esta definición del sentido literal no podemos responder sobre el sentido del Protoevangelio de otro modo que diciendo: *En el Protoevangelio el sentido mariológico es el sentido literal,* como consta con toda seguridad por la declaración auténtica del Magisterio Ordinario de la Iglesia y el consenso moralmente unánime de los interpretes católicos desde hace muchos siglos.

f) Pero por esta sentencia el exégeta católico de ningún modo queda impedido a que se empeñe en demostrar este *sentido literal también por las solas palabras del texto y contexto,* sea próximo o sea remoto, lo que se hizo por no pocos y se hace también hoy día, lo que merece aplauso[52].

Hasta León XIII dice con elocuentes palabras: "Con las ciencias auxiliares de su disciplina demuestra que esta misma interpretación (e. d. auténticamente propuesta) puede ser probada según las leyes de la sana hermenéutica"[53]. Pero si alguien cree que el sentido mariológico afirmado en la Bula no puede ser probado suficientemente por las solas palabras y el contexto, este tal no debe

(45) F. X. Patrizi, De interpretatione Scripturarum Sacrarum, Romae, 1844, 1 ss.

(46) Ib. cap. IV y V, 52-84.

(47) Ib. 60; S. Agustín, De doctrina christ. III. c. 2, n. 2 (PL 34, 65).

(48) F. X. Patrizi, l. c., 64; S. Jerónimo, Epist. 108 ad Eustoquio, n. 26 (PL 22, 902).

(49) Cf. León XIII. Acta, XIII, 345; Ench. Bibl., nros. 109-111.

(50) A. A. S. 35 (1943), 310; Ench. Bibl. nros. 550 s.

(51) Ench. Bibl. n. 598; A. A. S. 42 (1950), 501. En estas palabras se trata directa e inmediatamente del modo de *investigar* el sentido literal (por lo tanto de un problema hermenéutico). Pero de estas palabras sigue necesariamente que sentido literal es todo aquel que se extrae con la ayuda de todos estos medios y no sólo aquel que se extrae de las palabras solas y del contexto inmediato. Lo mismo vale del modo de hablar de la Enc. Divino Afflante Spiritu (Ench. Bibl., n. 551).

(52) Cf. p. ej. J. Coppens, Le Protévangile. Un nouvel essai d'exégèse, en Anal. Lovan. Bibl. et Orient., ser. II, fasc. 16, 45-77; B. Rigaux, La femme et son lignage dans Gen. III, 14-15, en Rev. Bibl. 61 (1954), 321-348.

(53) Enc. Providentissimus, Ench. Bibl. n. 109.

negar de ningún modo la existencia del sentido mariológico ni su fuerza demostrativa. La fuerza demostrativa teológica de algún texto no depende de la interpretación hecha mediante el sólo texto y contexto, sino por aquel sentido literal que contiene según la tradición católica.

5. — Por lo dicho sobre el sentido literal entendiéndolo de un modo más extenso se soluciona también en algo la cuestión del "sentido plenior" del Protoevangelio[54]. Mucho autores definen el sentido "plenior" de esta manera: "es el sentido intentado por Dios y expresado con las palabras del hagiógrafo, pero "más abundante", "más lleno" que aquel sentido que el hagiógrafo mismo entendió y quiso expresar con sus palabras" [55]. El criterio distintivo es, pues, aquello que el hagiógrafo mismo haya entendido y haya expresado como por él entendido. Pero cada cual ve cuán difícil es para nosotros fijar lo que el hagiógrafo haya entendido y haya querido expresar; las más de las veces podemos inferir este tan solo con alguna probabilidad, teniendo en cuenta su modo de hablar, las circunstancias en que vivía, las condiciones de la época y de los conocimientos religiosos. Pero queda siempre la posibilidad de alguna revelación especial que Dios le haya hecho . Sin embargo, es probable que el hagiógrafo no haya alcanzado el sentido pleno, por Dios intentado, si expresa la cosa con palabras que por sí solas y en el inmediato contexto no exigen (aunque admiten) aquella interpretación más abundante, más plena que nosotros sacamos por otros criterios, principalmente dogmáticos. Si se entiende el problema en esta forma, coincide el sentido "plenior" esencialmente con el sentido literal fijado con los criterios tanto literarios como ante todo dogmáticos. La cuestión, pues, del sentido "plenior" no aporta mayor luz a la interpretación mariológica del Protoevangelio, y admitida la definición más amplia del sentido literal como fué expuesta arriba, se puede prescindir de él en este asunto, opínese en general lo que se quiera sobre el sentido "plenior".

Lo que ha sido expuesto aquí brevemente, demuestra ciertamente que la Bula "Ineffabilis Deus" es de gran importancia para la hermenéutica. Pues mucho contribuye para restaurar y confirmar aquella antigua norma por la que se define bien el "sentido literal" y se establece sólidamente el modo de encontrarlo. Además la argumentación propuesta por el Sumo Pontífice en la Bula demuestra también que por Tradición no solamente se entiende aquella que mira los tiempos pasados y se puede determinar por la investigación histórica, sino que ésta se halla también en el Magisterio vivo de la Iglesia de ahora, apoyado en los debidos fundamentos. Por lo tanto, las discusiones habidas desde decenios sobre el argumento bíblico de la Bula "Ineffabilis Deus" no quedaron sin fruto sino que contribuyeron mucho a que la importancia de la "Tradición" en la explicación de la Sagrada Escritura, en otros tiempos un tanto oscurecida, sea de nuevo puesta en la recta luz.

No hay quien no vea que esto es precisamente de gran importancia en la Mariología. Se trata no rara vez aquí de verdades que en la Sagrada Escritura se proponen con palabras no tan claras, sino que se contienen tan sólo en forma implícita o se insinúan tan solo oscuramente, que, sin embargo, por el Magisterio auténtico de la Iglesia son declaradas estar ahí contenidas ya que le incumbe a la Iglesia ilustrar y aclarar también aquello que no se halla en el depósito de la fe sino oscura e implícitamente"[56]. Si esto se tiene presente ya no habrá dificultad de vindicar también aquel texto para la Mariología y de explicarlo rectamente, que es tan fundamental para reconocer más claramente el oficio aquel que Dios en su inefable Sabiduría asignó a la "generosa compañera (socia) del Divino

(54) Véase sobre el sentido "plenior" A. Fernández, l. c., 299-306; J. Coppens, Les Harmonies des deux Testaments, Tournay-París, 1949, 33-68; id. Le problème du sens fasc. 16, 11-19; id. Nouvelles réglexions sur plénier, en Anal. Lov. Bibl. et Or., ser. II, les divers sens des Saintes Escritures, ib. ser. II, fasc. 27 (1952), 9-16; F. M. Braun, Le sens plénier et les encycliques, en Revue Tomiste 51 (1951), 294-304; Sev. Del Páramo, El problema del sentido literal pleno en la Sagrada Escritura, Comillas, 1954.

(55) Cf. A. Fernández, en Institutiones Biblicae, I (1951), 381.

(56) Pío XII, Const. Apost. Munificentissimus Deus, A. A. S. 42 (1950), 768.

Redentor"[57] en la obra de la Redención humana. Si el Sumo Pontífice en esta ocasión una y más veces recuerda a los intérpretes cuán necesario es, en el trabajo exegético, tener presente la Tradición Católica y el Magisterio de la Iglesia, de ningún modo se limita o se excluye el esfuerzo fiológico, crítico, histórico y literario de los exégetas; más bien es pedido y estimulado por los Sumos Pontífices con los mayores elogios[58]. Nace el fruto del todo maduro y perfecto, e. d. una interpretación cabalmente perfecta del común esfuerzo tanto de los Doctores como del Magisterio de la Iglesia para conocer de día en día más profundamente y amar más ardientemente la Palabra de Dios que nos ha sido dado en la Sagrada Escritura para nuestra instrucción, exhortación y consuelo.

AGUSTÍN BEA, S. J.

(Trad. B. Müller, SVD)

Leamos la Biblia
pensando constantemente en nuestra vida real
y
Vivamos nuestra vida real
pensando constantemente en la Biblia.

(57) Pío XII, Const. Apost. Munificentissimus Deus, A. A. S. 42 (1950), 768.

(58) Cf. p. ej. Enc. Divino Afflante Spiritu, A. A. S. 35 (1943), 318 s; Ench. Bibl. nros. 563-565.

Acotaciones Exegético-Pastorales a IV Reyes, 5; 1-19.

El lunes de la tercera semana de cuaresma, la liturgia penitencial nos ofrece un pasaje del cuarto libro de los Reyes, desbordante de insinuaciones doctrinales: el profeta Eliseo que cura la lepra de Naamán, generalísimo de Siria.

Dom Gaspar Lefebvre comenta la liturgia del día con palabras que tomamos como rectoras: "Es Naamán figura de los paganos, a los cuales la Iglesia por medio del *bautismo* limpia de la *lepra del pecado.* Renovemos en nosotros el espíritu del bautismo purificando nuestro corazón con el baño saludable de la *penitencia* y así el alma se librará de esa lepra pestilencial que es el pecado." (Misal Diario de Lefebvre).

Con el mismo criterio anota el P. Eusebio Tintori O.F.M., en la Sagrada Biblia de Ediciones Paulinas al pie del versículo 14 del trozo que estamos estudiando: "La lepra es figura del pecado. En el hecho de lavarse Naamán y quedar limpio ven los Padres una figura del Bautismo y de la Confesión".

El hecho de sumergirse y lavarse en el Jordán insinúa el sacramento del Bautismo. El bautismo hasta el siglo XII fué por triple inmersión, según afirma el P. R. García Villoslada S. J. en la pág. 938 del tomo II de la Historia de la Iglesia Católica editada por la B. A. C. Pero el hecho de lavarse muchas veces (siete = muchas) según la orden del Profeta estimula a pensar en el sacramento del perdón de los pecados, que no siete sino setenta veces siete nos puede limpiar de la lepra espiritual.

Para apreciar hasta donde estos quince primeros versículos del capítulo quinto del cuarto Libro de los Reyes, — sin mayor extorsión textual — son una apología implícita del Bautismo y de la Penitencia, acotemos brevemente cada uno de ellos, siguiendo la lección de la Vulgata.

V. 1. - Naamán, generalísimo de los ejércitos de Siria, muy considerado y estimado por su amo, varón esforzado y rico *pero leproso.*

Cornelio A. Lapide, según cita Cominelli, al comentar el capítulo XIII del Levítico trae a colación el tercer sermón "de Resurrectione" en el que San Bernardo habla "de septemplici forma lepræ superbiæ" (de las siete formas de la lepra de la soberbia). Los Naamanes de gran posición social, esforzados y ricos pero leprosos en su alma, abundaron en todos los tiempos.

La lepra. El capítulo 13 del Levítico es el capítulo clásico de la lepra. Al pie anota Bover-Cantera: "Las prescripciones que severamente se imponen al enfermo, si por una parte están llenas de práctico valor desde el punto de vista higiénico, *por otra tendían a inculcar horror al espantable mal, figura del pecado.* (La Sagrada Biblia, versión crítica BAC, Madrid, 1947).

V. 2. - La doncellita israelita, sierva de la esposa de Naamán sugiere: "¡Ah, si mi amo fuera a verse con el Profeta que está en Samaría! *Sin duda curaría de la lepra*".

Un detalle, una sugerencia, un amigo, hasta un desconocido puede ser el instrumento de Dios para ofrecernos el remedio para la lepra del pecado. "Si quis dixerit sine praeveniente Spiritus Sancti inspiratione atque ejus adjutorio hominem credere, sperare et diligere aut paenitere posse, A. S. ("El que dijere que el hombre puede creer, esperar y amar o hacer penitencia sin la inspiración y ayuda del Espíritu Santo, sea anatema", Conc. Trid. sess. VI De Justificatione c. 3).

V. 4-5-6. - Entra en juego la interposición de influencias. El rey de Siria envía una carta al rey de Israel: "...te he enviado a Naamán mi criado, para que lo cures de la lepra".

Las influencias del mundo valen ante los grandes del mundo. En la presencia de Dios sólo cuenta para la salud del alma un corazón contrito y humillado. "Cor contritum et humiliatum, Deus, non despicies" (Salm. 50, 19).

V. 7. - El rey de Israel confiesa su impotencia y teme una celada. Es más sincero que muchos contemporáneos que consideran al pecado como una enfermedad ya vencida por los progresos de la Siquiatría y de la Sicopatología.

V. 8. - Pero el Profeta Eliseo entra en acción: "Que venga ese hombre a mí y sabrá que hay profeta en Israel".

Eliseo=Dios es mi salud. La gracia de Dios siempre se adelanta al hombre pecador.

"Si enim sine illo nihil possumus facere, profeeto nec incipere nec perficere quia ut incipiamus dictum est: Misericordia ejus praeveniet me (Ps. 58, 11); ut perficiamus dictum est: Misericordia ejus subsequetur me (Ps. 22, 6)" ("Pues, si no podemos hacer nada sin él, sin duda ni comenzar ni llevar a cabo (podemos sin él) porque para poder comenzar se ha dicho: su misericordia se adelanta a mí (S. 58, 11); y para poder llevar a cabo se ha dicho: su misericordia me sigue (S. 22, 6)". August. contra duas epist. Pelagianorum 2, 9, 21).

V. 9. - Naamán se dirige a casa del profeta con sus caballos, carrozas y dones: pomposo despliegue de poder para deslumbrar al profeta.

V. 10. - Eliseo no sale a recibirlo. Le manda decir por tercera persona: "Anda y lávate siete veces en el Jordán y tu carne recobrará la sanidad y quedarás limpio".

Jordan = defluens = el que desciende. Las aguas del Jordán bajan del Líbano. El torrente de la redención brota y desciende del adorable Corazón de Cristo crucificado y recorre todos los senderos del mundo en los siete sacramentos. Si nos arrojamos en este torrente divino hallamos la vida eterna.

"Qui crediderit et baptizatus fuerit salvus erit" Mc. 16, 16.

"Quorum remiseritis peccata remittuntur eis..." Juan 20, 21-23.

V. 11. - No se realizan las ilusiones de Naamán.

"Yo pensaba que él hubiese salido a recibirme; que puesto en pie invocaría el nombre del Señor Dios suyo; y tocaría con su mano el lugar de la lepra; y me curaría". ¡Todo un espectáculo!

El convertido, si mal instruido, suele aguardar el momento del Bautismo o de la Confesión con el mismo estado de ánimo de Naamán.

"Si los sacramentos acarrearan algún beneficio emocional, a quienes los usan, y fructificaran —por así decirlo— en una oleada interior de sentimientos arrebatadores, no hay duda de que serían tan populares como pueden serlo las películas cinematográficas" (Alan Keenan, Neurosis y Sacramentos, edit. Criterio, Bs. As. 1954, pág. 70).

V. 12. - El lenguaje del despecho y de la valorización racionalista:

"Pues qué ¿no son mejores el Abana y el Farfar, ríos de Damasco, que todas las aguas de Israel?"

Los que repudian las aguas de Israel (el Bautismo o la Penitencia) se quedan muy contentos (?) con las aguas del Abana y del Farfar, ríos de tierras paganas (teosofía, espiritismo o torturantes prácticas sicoanalistas).

V. 13. - Cuerda insinuación de los criados de Naamán:

"Padre, aun cuando el profeta te hubiese ordenado una cosa dificultosa, claro está que debieras hacerla. Pues, ¿cuánto más ahora, que te ha dicho: Lávate y quedarás limpio?"

Y Naamán fué cuerdo. Como debiéramos serlo siempre nosotros.

"Debemos ir hacia los sacramentos deseando recibirlos como Cristo quiso que los recibiéramos. Debemos ir hacia ellos en una entrega total a Cristo: emocional, física, moral e intelectual... la pura y simple resolución de nuestra voluntad desnuda agrada más a Cristo que la resolución de una voluntad inflamada por la emoción." (A. Keenan, Neurosis y sacramentos, p. 72).

V. 14. - Fué pues y lavóse siete veces en el Jordán conforme a la orden del varón de Dios y volvióse su carne como la carne de un niño tierno y quedó limpio". Otro tanto ocurre al que recibe el Santo Bautismo o se confiesa como Dios manda. Concuerdan el Espíritu Santo, los Padres de la Iglesia y los teólogos.

Tit. 3, 5: Deus Pater, salvos nos fecit per lavacrum regenerationis. (Dios Padre nos salvó mediante el lavatorio de la regeneración).

Cyrillus II. Catech. Myst. 2, 4 (PG 33, 1079): Eodem momento et mortui et nati estis illaque unda salutaris et vobis sepulcrum et mater effecta est. (En el mismo instante habéis muerto y nacido. Aquel agua salvadora se ha hecho vuestro sepulcro y vuestra madre).

Chrysostomus Hom. 26 in Jo. n. 1 (PG 59, 153): Quod est matrix embryoni hoc est aqua fideli, in aqua enim fingitur el formatur. (Lo que para el embrión es la matriz, es para el fiel el agua en el cual es plasmado y formado).

Piolanti A. - De Sacramentis, Marietti, Turín, 1947, p. 372: De Paenitentia:

III. ...Effectus hujus sacramenti appellari solet gratia resurrectionis... gratia sanationis, qua peccatorum vulnera opportunam consequuntur medelam...

IV. ...Gratia sacramentalis paenitentiae est dispositio perpetua que restitutus organismus supernaturalis ordinatur ad commissa plangenda crimina. Quae quidem ordinatio attingitur *restitutione gratiae baptismalis* cum peculiari modificatione et robore atque cum augmento virtutis paenitentiae et iuris ad convenientes gratias actuales quae paenitentem jugiter excitent ad commissa perpetuo detestanda et usque ad eorum minimas reliquias detergendas, ita ut membrum Corporis Mystici pristino refulgeat splendore. ("III. ...El efecto de este sacramento suele llamarse gracia de resurrección... gracia de sanación mediante la cual las llagas de los pecados encuentran la medicina oportuna...

"IV. ...La gracia sacramental de la penitencia es una disposición perpetua por la cual el organismo sobrenatural restituído es ordenado a llorar los crímenes cometidos. Esta disposición se consigue por la restitución de la gracia bautismal con una modificación y robustecimiento especiales y con un aumento de la virtud de la penitencia y del derecho a gracias actuales especiales que continuamente mueven al penitente para que deteste siempre los pecados cometidos y extirpe hasta sus más mínimas reliquias de suerte que el miembro del cuerpo místico de Cristo resplandezca en su primer brillo". "Y volvióse su carne como la carne de un niño tierno" (IV Reg. 5, 14).

V. 15. - Naamán que significa agradecimiento, en presencia de su séquito y del profeta entonó su himno de acción de gracias: "Verdaderamente conozco que no hay otro Dios en todo el universo sino sólo el de Israel."

El rejuvenecido general sirio quiere colmar de dones al profeta que rehusa absolutamente todo (v. 16). Entonces Naamán formula un ardiente propósito de perseverancia: "Ya no sacrificará tu siervo, de aquí en adelante holocaustos ni víctimas a dioses ajenos, sino sólo al Señor" (v. 17). Palabras dignas de figurar en el corazón y en las obras de todos los que se levantan del confesionario, limpios de la lepra del pecado.

Al punto comienza Naamán a cumplir su palabra de fidelidad a Dios (v. 18) sometiendo al profeta un caso de conciencia. Eliseo le da la solución en un gesto de auténtica dirección espiritual (v. 19).

Naamán, amén de la curación pidió consejo para vivir según Dios.

Los cristianos no nos contentamos con desembuchar nuestros pecados. Vamos al confesor a pedirle nos indique cómo ajustar las exigencias de la vida moderna a las luminosas verdades del cristianismo.

De este modo, también nosotros nos iremos a vivir nuestra vida personal, familiar y social llevando en el alma el saludo con que el profeta despidió al generalísimo de los ejércitos de Siria: *Vete en paz.*

Paz que, según San Agustín, es serenidad de la mente, tranquilidad del ánimo, sencillez del corazón, vínculo de amor y consorcio de caridad. (De civit. Dei XIX, 13).

Pbro. Ernesto Szanto, S. D. B.

ABOMINA YAHVEH
LOS LABIOS MENTIROSOS (Prov. 12, 22)

Para ilustrar la verdad de esta afirmación y los castigos y funestas consecuencias que ya en esta vida suele acarrear al mentiroso su falta de veracidad, los predicadores y catequistas citan un ejemplo de la vida comunitaria de los primeros cristianos que por eso puede llamarse clásico. Se trata de la muerte repentina de los esposos Ananías y Safira con que Dios castigó a los dos no por el hecho de no haber puesto todos sus bienes a disposición de las necesidades de la Iglesia naciente sino por no haber procedido con sinceridad. Ante la comunidad querían pasar por generosos sin serlo. Se quedaron con una parte del precio al cual habían vendido su campo y pusieron el resto a disposición de las autoridades afirmando que era el precio total. Esta su conducta torcida atentaba contra la ley fundamental y el alma de la Iglesia que es el Espíritu Santo, el espíritu de la verdad. La reacción no pudo tardar en producirse. San Pedro, lleno del Espíritu Santo pide a los esposos cuenta de su proceder engañoso y les anuncia el castigo divino. La dureza del castigo no se comprende, sino teniendo presente la importancia de la veracidad y sinceridad para la vida y el desarrollo de la Iglesia. El cristiano, como templo del Espíritu Santo y miembro de Cristo, ha de ser sincero, no sólo en sus palabras y obras, sino en sus más íntimas intenciones.

En la historia del Antiguo Testamento encontramos otro ejemplo, que no menos claramente que el arriba citado, ilustra la verdad y exactitud de las palabras de marras. Nos referimos a la historia del patriarca Jacob, que sólo merced al engaño y la astucia obtuvo la bendición tan deseada y apreciada de la primogenitura, la que por derecho correspondía a su hermano Esaú (Gén. 27).

No es nuestra intención juzgar la culpabilidad subjetiva del gran patriarca. Su intención sin lugar a dudas era pura. Supo apreciar el privilegio de la primogenitura que implicaba las bendiciones mesiánicas y que su hermano le vendió por un precio tan bajo como el de un plato de lentejas (Gén. 25, 34). Sin embargo el mismo Jacob duda de la licitud de los medios a emplearse para conseguir la bendición de su padre reservada al primogénito. Sólo las palabras tranquilizadoras de su madre lo persuaden a proceder astutamente (Gén. 27, 12). Se aprovecha de la ceguera de su anciano padre, al cual se presenta con los vestidos de su hermano y las pieles de cabritos para disimular su verdadera identidad. Y a la pregunta clara y explícita de su padre que comienza a sospechar: "¿Eres tú realmente mi hijo Esaú?" contesta no menos clara y explícitamente: "Yo soy" (Gén. 27, 24).

Muy caro le costó a Jacob este su modo de proceder. Su mismo padre lo condena (Gén. 27, 35), pero viendo en todo la mano de la providencia divina y recordando el oráculo divino de que el mayor serviría al menor (Gén. 25, 23), asustado tal vez también por el carácter superficial de Esaú, confirmó la bendición dada a Jacob y no la retractó. Pero, desde este momento, la vida de Jacob es una cadena casi ininterrumpida de vejaciones y desengaños. Sin duda debemos ver en éstos las consecuencias de su modo de proceder con su anciano padre y con su hermano y la justicia vindicativa que no deja sin castigo a las faltas de aquellos que escoge como instrumentos en la realización de sus designios. Sin duda estos castigos, como también en el caso de Ananías y Safira, sirven al mismo tiempo para purificar y acrisolar el carácter. No por eso dejan de tener visos de justo castigo que nos revela la verdad del dicho: "Abomina Yahveh los labios mentirosos".

Como primera consecuencia de su astuto proceder, Jacob cosecha la aversión de su hermano (Gén. 27, 41) que va aumentando de día en día hasta llegar a convertirse en odio mortal que sólo espera la muerte del padre para matar a su hermano (Gén. 27, 41). Para poner en salvo su propia vida, no le queda otra solución que la de huir (Gén. 25, 28). Sumamente dolorosa debe haber sido para la madre y para el hijo predilecto, la hora de la despedida. El amor de predilección había inventado e inspirado el artificio para apoderarse de la bendición de la primogenitura, arrancándola a su hijo mayor para dispensarla al menor. Y ahora deben separarse para siempre, quedándose la madre con el mayor y esperando al menor un porvenir lleno de peligros e incertidumbres, lejos de la casa paterna. Rebeca y Jacob no volvieron a verse. Cuando por fin Jacob pudo volver del destierro, su madre ya había muerto.

Huyendo de la cólera de su hermano, Jacob se dirige a Harán, a casa de su tío materno Labán (Gén. 27, 43) quien lo acoge amigablemente (Gén. 29, 13). Pero el afecto que Labán manifiesta tener para con el hijo de su hermana resulta muy egoísta. Percata que Jacob es hombre trabajador e inteligente y resuelve poner fuerza tan valiosa al servicio de sus intereses personales y el acrecentamiento de su hacienda. Le promete en recompensa de sus trabajos a su hija Raquel. Pero la promesa no era sincera. Jacob le sirve a Labán "siete años, que fueron a sus ojos como unos días, dado el amor que la profesaba" (Gén. 29, 20). Pero al cabo de los siete años, Labán en lugar de darle a Raquel le entrega la Lía obligándole a trabajar otros siete años más por Raquel (Gén. 29, 23. 25. 30). Así, el que había engañado a su anciano padre y a su hermano mayor es engañado por su propio tío. Al cumplirse el tiempo estipulado, Jacob pide permiso para poder volver, con sus mujeres y sus hijos, a su tierra para fundar una familia y propiedad independientes (Gén. 30, 25 s.). Con palabras muy lisonjeras, pero poco sinceras Labán logra retener a su sobrino (Gén. 27-34). Se estipula una nueva convención entre ambos, que resulta favorable para Jacob. Cuando al cabo de determinado lapso hace otra tentativa para volver definitivamente a su tierra, huyendo secretamente de Harán, es perseguido por su tío quien le reprende severamente por su conducta que considera desleal (Gén. 31, 26). Jacob a su vez recrimina a su tío haciéndole ver cuán desleal ha sido la conducta de él durante veinte años: "Hace veinte años que estoy en tu casa: te he servido catorce por tus hijas y seis por tu rebaño y diez (= innumerables) veces cambiaste mi salario" (Gén. 31, 41). ¡Triste experiencia! Por haber engañado una vez a su padre y su hermano, es engañado innumerables veces. Tantas y tan dolorosas repercusiones tiene la falta de sinceridad en la vida de aquel que procede dolosamente.

Labán y Jacob se despiden en paz (Gén. 31, 55). El último se dirige a la tierra de su padre. Pero, apenas libre de las intrigas de su tío, se levanta ante su mente la imagen fatídica de la cólera de su hermano que lo hace temblar de temor y lo llena de preocupaciones por la suerte que correrá él y su familia y su hacienda (Gén. c. 32 y s.); preocupaciones y temores que traen su origen de la manera poco generosa con que exigió de su hermano hambriento la venta de la primogenitura como precio de un acto muy fácil de caridad y del modo astuto con que se apoderó de la bendeción reservada al primogénito. Esta vez, Jacob es vencido por la nobleza y generosidad de su hermano quien ha olvidado el pasado y alarga a su hermano la mano reconciliadora.

Mas, no han terminado aún las pruebas dolirosas por las cuales Dios hace pasar al que ha escogido para dar el nombre al pueblo escogido, con el fin de purificar y acrisolarlo para que sea digno de su predilección. La venganza que tomaron sus hijos de los Siquemitas por haber violado el hijo de su príncipe a su hermana Dina, era para Jacob fuente de nuevas inquietudes y angustias (Gén. 34). Luego, en el camino a Efrata le muere su mujer preferida Raquel (Gén. 35, 16. 19).

Después de la muerte de su esposa prefirida, todo su cariño se concentra en el hijo José "por haberle tenido en la vejez" (Gén. 37, 3). Pero precisamente esta predilección y preferencia será para el anciano padre fuente de nuevas y amargas congojas. Un día se presentan sus demás hijos con la triste nueva de que su hijo predilecto ha desaparecido. Le presentan la túnica multicolor de él, empapada en sangre, y le hacen creer que una bestia feroz lo ha despedazado y devorado (Gén. 37, 31-33). "Rasgó entonces Jacob sus vestiduras, púsose un saco a los lomos e hizo duelo por su hijo muchos dias. Todos sus hijos e hijas aprestáronse a consolarlo; mas él se negó a recibir consuelo y dijo: De luto bajaré al sheol donde mi hijo. Y su padre siguió llorándole" (Gn. 37, 34 s.). Comprendemos perfectamente toda la amargura del dolor en el corazón del padre desesperado por la supuesta muerte de su hijo, que despierta nuestra compasión. La cruel actitud y falta de todo sentimiento de piedad para con el anciano padre, de parte de sus hijos nos llena de indignación. Sin embargo, no podemos menos de reconocer también en este episodio tan trágico y tan doloroso, la mano de la justicia y de la misericordia divina: de la justicia divina que castiga al anciano que había engañado a su padre ciego, permitiendo que sea engañado de una manera tan cruel por sus propios hijos; y la misericordia divina que brinda a sus escogidos la oportunidad de purificarse del orín de sus faltas pasadas en el crisol del sufrimiento. No cabe duda que Jacob, una vez terminada la hora de la prueba, interpretó en este sentido su propia vida que nos sirve de ilustración de dos verdades: "Abomina Yahveh los labios mentirosos" (Prov. 12, 22) y "Yo, a cuantos amo, reprendo y corrijo" (Apoc. 3, 19).

B. Otte, S. V. D.

Jamás cesaremos de exhortar a todos los cristianos a que hagan su lectura cotidiana de la Biblia, principalmente en los Santísimos Evangelios de Nuestro Señor, así como en los Hechos de los Apóstoles y las Epístolas, esforzándose en hacerlos savia de su espíritu y sangre de sus venas.

BENEDICTO XV.

El Evangelio es principio, fuerza y fin de todo Apostolado.

PIO XII.

Costumbres de la Familia en el Antiguo Testamento

Las páginas de las Sagradas Escrituras, particularmente las del Antiguo Testamento, abundan en narraciones gráficas de rituales de familia. Antes que pueda presentarse un cuadro fiel de alguno de ellos, debe entenderse con claridad la estructura de la antigua familia Judía. A diferencia de la familia "conyugal" de hoy —que consta de padre, madre e hijos que viven bajo un mismo techo bastante independientemente de los parientes políticos de otro género—, la familia del Antiguo Testamento era *patriarcal,* vastamente extendida, con sus miembros íntimamente unidos unos con otros y todos bajo el dominio del varón mayor. Esta idea está vívidamente presentada en Gén. 46, 6 s.: "Llevó (Jacob) consigo a Egipto a sus hijos y a los hijos de sus hijos, a sus hijas y a las hijas de sus hijas y a toda la familia".

La habitación de los antiguos judíos no era un hogar confortablemente equipado hecho para permanecer en él, sino que eran habitaciones reunidas apresuradamente que se prestaban al carácter nómada del pueblo. "Y levantó Abraham las tiendas y vino a establecerse en el encinar de Mamré, cerca de Hebrón" (Gén. 13, 18).

El domicilio del antiguo israelita debe haber sido meramente una tienda o choza; sin embargo, ninguno puede negar que la vida de familia fué siempre tenida en la mayor estima. Los parentescos de familia eran pospuestos sólo a los de Dios; de hecho, el padre de la tribu o "clan" era también el sumo sacerdote y el intermediario entre "Yahvé, el Todopoderoso, y los hombres".

Trazando su ascendencia directamente a Adán, ellos nunca perdieron de vista la promesa hecha por Dios en el Jardín del Edén, a saber: que sería de su raza que el Salvador del mundo habría de venir. De ahí que entre ellos había una rivalidad casi santa por tener numerosos hijos. Los niños eran mirados como regalos especiales de Dios y nada era mirado con mayor espanto por una pareja de esposos que la esterilidad; ciertamente que los matrimonios sin fruto eran considerados malditos por el Todopoderoso. En sus primeros tiempos Abrahán exclama en medio de la amargura de su alma: "Yahvé, ¿qué me vas a dar, si me voy sin hijo, y el heredero de mi casa será este damasceno Eliéser?... No me has dado descendencia, y así es que un hombre de mi casa me ha de heredar" (Gén. 15, 2 s). En el mismo Libro del Génesis (30, 23), leemos de Raquel: "Concibió y dió a luz un hijo, y dijo: "Quitado ha Dios mi aprobio". Todo el primer capítulo de I Rey. está dedicado a una descripción patética de la tortura del alma sufrida por Ana antes del nacimiento de su hijo Samuel. Ella suplica febrilmente a Dios y concluye con el voto: "Yahvé... si te dignares mirar la aflicción de tu sierva y te acordares de mí, y no te olvidares de tu sierva, sino que dieres a tu sierva un hijo varón, le consagraré a Yahvé todos los días de mi vida, y no pasará navaja por su cabeza. Durante largo tiempo prolongaba ella su oración delante de Yahvé... hablaba dentro de su corazón" (I Rey. 1, 11 y 12). Aún Fenená, su rival, "la afligía de tal manera que lloraba y no comía" y "la afligía en extremo, a fin de exasperarla porque Yahvé le había negado hijos" (I Rey. 1, 6 ss.).

La vocación al estado matrimonial era lo común entre los judíos. En Juec. 11, 37 leemos el grito lastimoso de la hija de Jefté que va a ser sacrificada por su padre en cumplimiento de un voto. Ella dice a su padre: "Hágase conmigo esto: déjame libre por dos meses, e iré con mis compañeras por las montañas llorando mi virginidad (es decir, lamentando mi desgracia que yo deba morir sin matrimonio e hijos)".

Aunque el matrimonio era tan altamente mirado, el celibato no era rechazado, especialmente en los últimos tiempos de la antigua vida hebrea. De hecho vino a ser tenido en gran estima, aunque siempre se mantuvo como la vocación de unos

pocos elegidos. "Oh, cuán *bella* es la generación *casta* con claridad" (Sab. 4, 1). Sin embargo, para la mayoría la felicidad radica en el estado matrimonial: "Dichoso un hombre que halla consuelo en sus hijos... Dichoso el que vive con una mujer juiciosa" (Ecli. 25, 10 y 11).

Por las directivas dadas por Abrahán a su siervo podemos inferir que el pueblo del Antiguo Testamento creía que los matrimonios se hacían en el cielo: el Señor "enviará un ángel delante de ti, de modo que puedas traer de allí mujer para mi hijo" (Gén. 24, 8). El sentido sagrado de la unión conyugal es presentado hermosamente en Tob. 8, 4-7, cuando el joven Tobías dice a Sara: "Estas tres noches nos uniremos con Dios, y pasada la tercera noche haremos vida maridable; pues somos hijos de santos, y no podemos unirnos a la manera de los gentiles, que no conocen a Dios. Y levantándose juntos, oraban ambos a una, para que les fuese dada salud". Qué alentador que un movimiento similar se ha comenzado en el mundo moderno para hacer que las parejas jóvenes precedan su Misa Nupcial con un retiro de tres días. Bien pueden esos matrimonios aspirar al gozo de la misma bendita felicidad que acompañó a Tobías y Sara durante su vida.

Es interesante notar que los antiguos hebreos a menudo ganaron sus esposas por la fuerza y más a menudo por la compra. La historia de la adquisición de Rebeca por Isaac fué una combinación de ambos métodos. Adquirir esposa era una verdadera empresa comercial. El capítulo 34 del Génesis habla de Siquem que atentó por sí mismo negociar su parte para ganar la tan deseada Diná. Siquem dice al padre y hermanos de Diná: "Daré lo que me pidiereis. Exigidme mucha dote y muchos dones; yo daré cuanto me digáis; pero dadme a la joven por mujer" (Gén. 34, 11 y 12).

En el caso de Jacob, trabajo fué dado a cambio de su esposa. Jacob dice al padre de Raquel: "Te serviré siete años por Raquel, tu hija menor"... Sirvió, pues, Jacob por Raquel siete años, que le parecieron como unos pocos días, por el amor que le tenía" (Gén. 29, 18-20).

Debido a la posición exaltada del progenitor o patriarca de la familia, no sorprende encontrar que era costumbre de él elegir pareja para sus hijos, ni su elección era puesta en tela de juicio o denunciada. La relación conmovedora entre padres e hijos corre como un hilo de oro a través de todo el Antiguo Testamento. En la historia de José, hijo muy amado de Jacob, comprobamos cómo la vida del padre estaba ligada a la del hijo (Gén. cap. 37-49).

Qué confortante contraste con la desmedida independencia de la juventud presenta la hermosa historia de Rebeca, quien, después de haber recibido muchos cumplidos de un extranjero que venía con sus camellos a buscar esposa para su patrón, "se fué corriendo y contó en casa de su madre todas estas cosas" (Gén. 24, 28).

En forma similar, el joven Tobías dijo al ángel que el Señor había enviado para guiarle: "guárdame, te ruego, que voy a dar aviso de todo esto a mi padre" (Tob. 5, 9).

Esta armonía de familia tan acentuada entre los judíos de los tiempos antiguos era el fruto de la formación religiosa concienzuda que los padres de aquellos días ofrecían a sus hijos. Para el antiguo israelita cada hijo era un depósito sagrado confiado a él por el mismo Dios Todopoderoso, y a El debía ser restituído nuevamente — más grande, más puro y más santo que cuando dejó sus manos creadoras. No causa asombros que los padres retuvieran para sí sus derechos como educadores de sus hijos. No tenemos más que volvernos al Libro de los Proverbios para constatar este hecho. En cada uno de los treinta y un capítulos el gran Rey Salomón ofrece saludables instrucciones a sus hijos, y mediante ellos a toda la familia hebrea. Citamos aquí unos pocos pasajes: "Guarda, hijo mío, la doctrina de tu padre; y no desprecies la enseñanza de tu madre. Tenlas siempre atadas a tu corazón, enguirnalda con ellas tu cuello. Te guiarán en tu camino, velarán por ti cuando durmieres; y hablarán contigo al despertar. Porque el precepto es una antorcha, y la ley una luz, y senda de vida son las amonestaciones

dadas para corrección" (Prov. 6, 20-23). "Hijo mío, ten en cuenta mis palabras, guarda bien dentro de ti mis enseñanzas. Presta atención a mis preceptos, y vivirás; guarda mis mandamientos como la niña de tus ojos. Atalos a tus dedos, escríbelos en la tabla de tu corazón" (Prov. 7, 1-3). "Escucha, hijo mío, la instrucción de tu padre" (Prov. 1, 8): y no desechés las enseñanzas de tu madre". "Hijo mío, si recibes mis palabras, y guardas mis preceptos en tu corazón" (Prov. 2, 1)... "Oíd, hijos, las instrucciones de un padre" (Prov. 4, 1)...

Las instrucciones del anciano Tobías a su hijo, tal como lo establece el cap. 5 del libro de este nombre, bien podrían ser llamadas la "Suma Teológica" de los padres. Los padres de hoy podrían usar con provecho las mismas palabras al instruir a sus hijos: "Luego que Dios recibiere mi alma, entierra mi cuerpo y honrarás a tu madre todos los días de su vida... Da limosna de tus bienes... Usa de misericordia con todas tus fuerzas... Guárdate, hijo mío, de toda fornicación... A todo aquel que haya trabajado algo por ti, dale en seguida su jornal, y de ningún modo quede en tu poder el salario de tu jornalero... Pide siempre consejo al hombre sabio. Alaba al Señor en todo tiempo; y pídele que dirija tus pasos, para que todos tus propósitos tengan en El su fundamento" (Tob. 4, 3-23)...

Es de esperar de un pueblo tan dedicado a la educación de sus hijos que la disciplina no era descuidada en el proceso... "¿Tienes hijos? adoctrínalos, y dómalos desde su niñez. ¿Tienes hijas? guarda su honestidad..." (Eccli. 7, 25 y 26).

Puede ser que la expresión más clara y fuerte del valor que los antiguos padres hebreos atribuían a la corrección de su hijos es la siguiente: "Quien instruye a su hijo será honrado en él; y de él se gloriará con la gente de su casa... Por las almas de sus hijos vendará (el padre) las heridas de ellos... Un caballo no domado se hace intratable: así un hombre abandonado a sí mismo se hace insolente... No le des libertad en su juventud, y no disimules sus locuras... Instruye a tu hijo, y trabaja en formarle, para no ser cómplice en su deshonor" (Eccli. 30, 1-13).

El cuidado exitoso de tal educación es evidente en todas las Escrituras. Para comprender enteramente la reverencia y tremendo respeto con que los hijos miran a sus padres, uno debe ir a la historia de Esaú y Jacob (Gén. 27), y leer sobre la ingenuidad y aun intriga practicada por el hermano menor para obtener la tan ansiada bendición de su padre; a la conmovedora narración de Isaac, que, en perfecta obediencia a su padre Abrahán, cargó la leña para su propio sacrificio, y voluntariamente se dejó atar, y desnudó su pecho para recibir el golpe fatal a ser descargado por su propio padre... La perfección de obediencia filial es, quizá, mejor expresada en las palabras del joven Tobías a su padre: *"Padre, todo lo que me has mandado, lo haré"* (Tob. 5, 1).

(Continuará)

SISTER M. THEOPHANE, O. S. F.

Traducido del inglés por (Rev. P.) Aníbal Chalar

EL GENIO LITERARIO DE SAN PABLO

Pululan los estudios exegéticos e históricos sobre San Pablo, y no es de extrañar: nadie puede jactarse de abarcar plenamente el pensamiento multiforme de esta opulenta personalidad que con la misma soltura expone los insondables misterios de Cristo como restablece el orden durante los ágapes de Corinto.

Sin pretender restar méritos a obras de merecido prestigio, débese, sin embargo, reconocer que tales trabajos analizan sobre todo los efectos, la producción epistolar del gran Apóstol, pero no descubren su alma, o como se expresa el P. Brunot, "la psicología literaria" de San Pablo.

Precisamente el novel Doctor en Ciencias Bíblicas se propuso llenar modestamente ese vacío. Digo modestamente, pues, habida cuenta de la amplitud del tema que incluiría un triple estudio: la formación literaria, las facultades literarias y la técnica literaria, el P. B. se limitó a desarrollar la segunda parte a la que tituló: "El genio literario de San Pablo". Esta disertación fué el objeto de la tesis de Sagrada Escritura que con clasificación sobresaliente el P. Brunot defendió ante el jurado de la Comisión Bíblica, y ha sido editada formando parte de la colección "Lectio divina" de "Editions du Cerf" de París en 1955.

Si bien en la repartición general de las facultades humanas la obra no se aparta de la división clásica (inteligencia, voluntad, sensibilidad, imaginación), desde la primera página Brunot lleva al lector por caminos no trillados aún, hasta los más escondidos recovecos del alma de San Pablo. Sin albergar la pretensión de ofrecer un estudio exhaustivo, a todas luces el análisis es nuevo, atinado y profundo. Así, después de asentar que el Apóstol es un intuitivo, según se deduce de una rica serie de textos, el autor muestra cómo supo San Pablo exponer las verdades llegadas a su inteligencia en el fulgor de la revelación de Damasco y en otras ocasiones sucesivas. El Apóstol posee un sistema especial de composición: organiza sus ideas por pares antitéticos que giran como satélites en torno de un pensamiento central. Analizando las diversas Epístolas, Brunot hace desfilar los términos opuestos, tan variados, numerosos y originales: Fe y Ley; Bautismo y Circuncisión; Justicia y Cólera de Dios; Sepultura y Resurrección; dolor actual y gloria futura, etc. El novel Doctor en Ciencias Bíblicas hace notar atinadamente que los miembros de la antítesis son de valor desigual, uno sujeta y arrastra al otro; el primero define y aclara al segundo; así Adán y Cristo; la Vida y la Muerte; la carne y el espíritu, etc.

San Pablo, genio intuitivo, posee dialéctica vigorosa y sutil, pero, por ser oriental, o según propia confesión "hebreo, hijo de hebreo, y para más dato, fariseo", no se amolda a ningún método, siempre demasiado rígido para un habitante del desierto. El Padre Brunot muestra cómo en casi todas las Epístolas San Pablo expone, sustenta y defiende su posición mediante el método ternario A B A descubierto en 1910 por Juan Weiss: en primer lugar adelanta una idea, a la que opone otra; hecho esto, vuelve a retomar la primera, inundada ahora por las luces que fluyen de la segunda.

Es útil notar que aún aquí el Apóstol se revela semita, amigo de elasticidad, prendado de la libertad de sus movimientos, siempre de prisa, como toda alma devorada por el celo; y, por otra parte, resuelto a exponer una doctrina a menudo muy subida, procede por saltos. Véase Rom. 3, 20 y 5, 20 completado en 7; en la misma Ep. el cap. 3, 1 desarrollado en 9-11.

Oscuro por intuitivo, conciso por causa de su excesiva prisa, dialéctico vigoroso, San Pablo es un pensador profundo que obliga a reflexionar. El P. Brunot lo muestra en el análisis del YO humano (Rom. 6 y 7); la Ley; el misterio de Israel, etc. El Apóstol se interesa por todo, tanto por el esplendor de la liturgia jerosolimitana, como por los deportes del circo o las ventas del mercado, pero lo

sobrenaturaliza todo, a tal punto que el planteo de un problema culinario tan vulgar como el de la carne comprada en un templo le basta para elevarlo a consideraciones muy subidas en que campean la caridad y la prudencia.

Dice con razón el P. Brunot que San Pablo es un estupendo filósofo: leída una frase, un pensamiento escueto pero pletórico de doctrina, hay que arrodillarse y meditar. Los análisis amplios y profundos se condensan en máximas de fulgurante esplendor: "la Escritura lo encerró todo bajo el pecado" (Gál. III, 20); "todo contribuye al bien de los que aman a Dios" (Rom. VIII, 28); "reunirlo todo en Cristo" (Ef. I, 10), etc.

Original y tradicionalista a la vez, el Apóstol cristianizó sus orígenes y vocabulario judío, así como el acerbo cultural pagano. Además, hombre de raro buen sentido, San Pablo supo ajustarse a la realidad, adaptándose a la capacidad y modalidad de sus discípulos, a quienes enseñó a buscar y descubrir la realidad eterna de los menesteres humanos.

El capítulo 2, consagrado a la voluntad, encierra un fino análisis de los afectos del Apóstol incondicionalmente entregado al Amor de Cristo. El autor estudia el primer encuentro con ese Amor en el camino de Damasco, y luego sigue sus huellas a través de las mil peripecias de la vida de San Pablo, hace admirar su irradiación incontenible y acaba por comunicar al lector algo del fuego sagrado que consumía la vida del más preclaro ciudadano de Tarso.

Los capítulos ocupados por el análisis de la sensibilidad e imaginación completan muy felizmente el estudio de la inteligencia y de la voluntad. Con raro tino el novel Doctor describe la actividad de esas facultades, sin olvidar que en el hombre reina unidad substancial, con la consiguiente interferencia de potencias. Pero pese a la complejidad del carácter de San Pablo, en esta tesis reina la más perfecta armonía en la distribución de las partes: el autor sabe distinguir las facultades sin romper la unidad del hombre; al ensamblarlas, evita acertadamente la mezcla, confusión o la repetición inútil.

Esta tesis es, pues, un trabajo bien pensado, distribuído y redactado con esmero.

La obra se cierra con una bibliografía selecta y al día.

JUAN CARLOS CRAVIOTTI, S. C. J.

Villa Betharram.

LA CARTA COMUN A LAS SIETE IGLESIAS

Iniciación de la parte parenética del APOCALIPSIS

(Vea Nros. *80* (Abril-Junio) 82-90; *81* (Julio-Septiembre) 135-141) y *82* (Octubre-Diciembre de 1956) 198-203)

5. El reino y el sacerdocio común. "Y nos ha hecho un reino y sacerdotes de Dios, su Padre" (Nácar-Colunga)

El pago del rescate no sólo tuvo el efecto de librarnos de nuestros pecados sino que nos proporcionó un beneficio aun mayor y más sorprendente. "Hizo de nosotros un reino[33] y sacerdotes para el Dios, Padre suyo"[34].

San Juan vuelve de nuevo sus ojos al Antiguo Testamento para señalar el tercer, último y más excelente beneficio que nos trajo Cristo: La realeza y el sacerdocio de los fieles.

a) Los textos aludidos.

Al llegar los israelitas bajo Moisés al Monte Sinaí, el Señor, por intermedio de éste su siervo, dijo al pueblo en son de promesa: "Si oís y guardáis mi Alianza, vosotros seréis *mi propiedad* entre todos los pueblos, porque mía es la tierra; vosotros seréis para mí un *reino de sacerdotes* y una nación santa"[35].

En la restauración de Jerusalén Isaías acentúa sobre todo el sacerdocio del pueblo elegido: "Vosotros seréis llamados sacerdotes de Yavé y ministros de nuestro Dios" [36], y Daniel recalca, especialmente, el reino futuro "Los Santos del Altísimo" o sea el pueblo elegido, pese a la oposición de las 4 bestias recibirán el reino: "Los Santos del Altísimo recibirán el reino y tomarán posesión del mismo hasta la eternidad y por los siglos de los siglos"[37]. En estos textos, el Señor al parecer no promete sino un dominio más bien político que religioso diciendo que el pueblo elegido constituirá un reino y será para El un pueblo sacerdotal, dedicado a su culto y regido por un rey terrenal, si cumple su voluntad; y ese reino será interminable.

San Pedro aplicó el texto del éxodo, pero en su versión griega (Septuaginta) al pueblo de la Nueva Alianza, a los cristianos, diciendo de los fieles que son "un real sacerdocio"[83] o sea sacerdotes dotados con la dignidad de reyes. Juan en nuestro pasaje hace otro tanto, pero separa los dos conceptos, escribiendo que los fieles rescatados del pecado "son reyes (reino) y sacerdotes", idea que en forma más elevada y poética convertirá en un cántico de honor al Cordero: "(Los 24 ancianos) cantaron un cántico nuevo, que decía: Digno eres de tomar el libro y abrir sus sellos, porque fuiste degollado y con *tu sangre has comprado para Dios* hombres de toda tribu, lengua, pueblo y nación, y *los hiciste para nuestro Dios reino y sacerdotes que reinan sobre la tierra*"[39], y en armonía con el principio del libro el vate tornará al final a los mismos conceptos pero los pondrá a la inversa, primero a los sacerdotes y después a los reyes, diciendo: "Los siervos adorarán (Bover) [40],y "reinarán con El por los siglos de los siglos"[41].

b) El reino.

Nos debemos preguntar qué significa aquí "reino", pues viene en el texto sin adjetivo ni otra calificación.

"Reino" va no pocas veces sólo en sentido absoluto en el Nuevo Testamento. Así habla de la "palabra del reino" o "del Evangelio del reino"[42], de los "hijos del reino"[43],

(33) "Reino" es una expresión abstracta que se puso en lugar de "reyes". Así Allo. L'Apocalypse pág. 9.

(34) Traducción de Bover, más ceñida al texto griego que la de Nácar Colunga.

(35) Exodo 19, 5-6.

(36) Is. 61, 6.

(37) Dan. 7, 18.

(38) I Petr. 2, 9.

(39) Apoc. 5, 9-10.

(40) O sea rendirán culto al Cordero como sacerdotes.

(41) Apoc. 22, 3. 5.

(42) Mat. 4, 23; 9, 35.

(43) Mat. 8, 12; 13. 38.

"predicar el reino"[44] etc. Como se ve del contexto debe completarse en estos casos: "Reino de Dios".

Nuestro pasaje es el único caso del NT en que los fieles se identifican con el reino, ellos son "reino", son "reyes", naturalmente solo en cuanto participen de Cristo. El Apocalipsis habla de Dios y de su Cristo como "reyes" por toda la eternidad (11, 5); de su reino en el pasado y en el futuro (11, 17); con Cristo reinan los llamados por El (5, 10), reinarán con El por mil años (20, 4. 6). Pero "reino" tiene en el Apocalipsis todavía otro significado: es el reino terrenal, enemigo de Dios, perseguidor de los elegidos, es el Anticristo del Imperio Romano, el reino del demonio, del cual habla también Jesús a los fariseos[45].

Frente a ese reino de la mentira y de las tinieblas, de los obcecados y de los espíritus del mal está el reino de los elegidos.

El Antiguo Testamento que brinda la palabra no puede ilustrarnos mucho sobre su contenido. Es cierto que en Daniel aparece "el reino de los Santos" con colores escatológicos, dividido en un reino presente y futuro, pero aun entre los rabinos se empleaba poco este término. Sólo Jesús le dió la categoría eximia que tiene en los Evangelios. El Nuevo Testamento está dominado por el concepto "reino de Dios". El "reino" es toda la obra salvadora de Dios entre los hombres; es toda la enseñanza de Cristo y de los Apóstoles, todo el Evangelio, la doctrina nueva del perdón y del amor, de la gracia y de la gloria. Con Cristo "ha llegado", "apareció", "está cerca". El reino no es sólo el anuncio de la Buena Nueva sino también obra: predicar el reino es lanzar demonios y obrar prodigios[46]; es arrepentirse[47]; "justicia, paz y gozo" lo constituyen[48]. Después de la batalla de San Miguel con el dragón que es derrotado, "llega a los hombres la salvación, el poder, *el reino* de Nuestro Dios y la autoridad de su Cristo"[49].

El reino mesiánico tenía en las creencias populares un tinte muy terrenal y nacional: "era beber y comer" y "casarse"; el sueño de la grandeza político-religiosa turbaba y extasiaba las masas. Jesús rechazó el aspecto terrenal: "no es de este mundo"[50], no permitía pensar en el matrimonio, ni calcular el tiempo, es de los pobres y de los mansos, no es lo de acá, sino lo espiritual, lo supraterreno, es el "reino del Padre". Jesús se distancia, igualmente, de las exageraciones nacionales ni quiere privilegios para Israel; su reino, su verdad y gracia es para todos los pueblos, aunque haya cierta preferencia para los judíos, pero eso en virtud de su sangre y descendencia de Abrahán.

El reino de Dios viene de arriba, crece sólo, se espera en paciencia; no es del orden humano, se desenvuelve como la mostaza, rápido, incalculable, ampara y abarca a todos.

Es un don de Dios. Dios nos llama a él, "nos traslada al reino del Hijo de su amor[51], Cristo lo lega a los hombres como lo ha recibido en herencia[52]; en él entra el niño[53], y es acogido el buen ladrón"[54].

Debemos, sin embargo, empeñarnos por conseguirlo; debemos buscarlo, sufrir persecuciones por él, emplear violencia para arrebatarlo, renunciar a todo y a todos, arrancarnos los ojos para obtenerlo y permanecer en él.

Cristo mismo, el Mesías vendrá en su reino[55], su reino no tendrá fin[56]. Es escatológico, futuro, del fin del mundo y está en medio de nosotros.

Cristo mismo es el contenido del "reino", su persona es el principal objeto de la predicación y del amor. El es el Rey del verdadero Israel, los suyos son el "reino" que Cristo al final lo devolverá a su Padre y Dios que "será todo en todo"[57]. Justicia, paz y gozo, redención, renacimiento y gracia, camino, verdad y vida; ¡más! Cristo mismo, éste es "el reino de Dios" del Nuevo Testamento, y los hijos de este reino son los reyes.

A este reino y estos reyes se refiere Juan en nuestro pasaje.

En el *nuevo pueblo elegido* los cristianos todos son reyes y sacerdotes. No sin cierto orgullo señala el vate la diferencia entre la Antigua y la Nueva Alianza y el honor que distingue a los nuevos fieles. Antes había un pueblo elegido, gobernado por un rey de la tierra: ahora todos son reino o reyes y todos, sacerdotes, y

(44) Act. 10, 25.
(45) Mat. 12, 26.
(46) Mat. 12, 2-8.
(47) Mat. 4, 17.
(48) Rom. 14, 17.
(49) Apoc. 12, 10.
(50) Juan 18, 36.
(51) Col. 1, 13.
(52) Luc. 22, 29.
(53) Mc. 10, 15.
(54) Luc. 23, 42.
(55) Mat. 16, 28.
(56) Luc. 1, 33.
(57) I Cor. 15, 24.

su Rey es el Cordero, como Redentor, juez, e Hijo de Dios, honor muy superior pues al que poseía el pueblo de Israel.

Mas el reino no se ve ni se palpa aún; Cristo reina secretamente en los corazones y en los pueblos, pero un día aparecerá también la nueva comunidad sacerdotal de los fieles, para reinar con Cristo Rey también públicamente; hoy sois impotentes y perseguidos, pero en la parusía del Señor triunfaréis, gobernaréis el universo. He aquí el tema del Apocalipsis, el consuelo y estímulo de los afligidos.

El concepto del reino de los fieles, del reino de Dios se ha visto expuesto a una serie de interpretaciones contradictorias. *Algunos* opinan que cada vez que se habla del "reino" se piensa en la parusía, la segunda venida de Jesús que entonces se creía inminente, y aun afirman como Alberto Schweitzer que Jesús mismo estaba equivocadamente convencido de que el "reino de Dios", el fin del mundo y la manifestación de la gloria ya había llegado, como dice Mat. 10, 23: "En verdad, en verdad os digo que no acabaréis de recorrer las ciudades de Israel antes de que venga el Hijo del Hombre". *Otros,* como Dodd, consideran que en el Evangelio la venida del reino ya está realizada, conforme a la palabra del Señor en Mat. 12, 28: "Si yo arrojo a los demonios por virtud del Espíritu Santo *entonces ha llegado* a vosotros el reino de Dios". El reino está presente. Parece que Juan quiere decir lo mismo; pero ve en la presencia de ese reino ya su triunfo futuro. O. Cullmann ha precisado bastante bien el concepto completo del reino, de que aquí "habla Juan". El reinado de Cristo ya comenzó: "por su muerte y resurrección ha obtenido la victoria sobre las potestades que le fueron sometidas. Su principio efectivo está en la Ascensión; es entonces cuando se efectuó la toma de posesión del reino".

En el Nuevo Testamento se indica, además un acontecimiento futuro que iniciará la última fase del reino de Cristo: la vuelta de El en las nubes del cielo. "Estas dos fases del reino de Cristo constituyen un único reino"[58]. El acento para nosotros está en la primera venida de Cristo, pero el consuelo más fuerte nace de la segunda. En cuanto al tiempo de su advenimiento es, sí, incierta, pero será con toda seguridad victoriosa.

Esta parece ser la posición y perspectiva de Juan. Los que recibieron el perdón de sus pecados, dice Juan, se hallan elevados a la dignidad real; al lado de su Rey celestial; son reyes por la gracia. Todo lo demás no importa.

c) El sacerdocio

Mas el reinar está unido al servir, el honor cristiano de la filiación divina, ligada al deber de servir de sacerdotes. Como Melquisedec, como todo el sacerdocio real de la antigüedad son reyes pero han de ofrecer también sacrificios a Dios y suplicar por la salvación de los demás hombres como sacerdotes. El que dijo: "Soy Rey", dijo también: "No he venido a ser servido sino a servir", y subió a la Cruz por la humanidad. Cual el Maestro tal el discípulo. Por eso Juan añade "Sacerdotes" a la palabra "reyes".

Los protestantes, desde su aparición, han sobreacentuado el sacerdocio común de los fieles mirando en menos o suprimiendo del todo el sacerdocio sacramental, instituido por Jesucristo; los católicos, en cambio, ni pocas veces lo subestiman; casi vacian de sentido la grandiosa realidad del sacerdocio común. Olvidan o no ponderan suficientemente que recibieron de Jesús el sagrado cargo de desempeñar, bajo la autoridad de los superiores jerárquicos, la función sacerdotal, de "orar y *ofrecer sacrificios espirituales,* aceptos a Dios por Jesucristo..." y de "*pregonar el poder* del que los llamó de las tinieblas a su luz admirable"[59], de administrar los sacramentos del bautismo, cuando haya necesidad y del matrimonio cuando sea del caso. Especialmente se impone lo primero: interceder ante de Dios y suplicar por los hombres, por eso añade: "Sacerdotes para el Dios (de Cristo), y su Padre". En el Apocalipsis, Dios no se llama Padre "nuestro", Padre de los hombres sino sólo Padre de Jesucristo, con lo cual señala Juan sin largas exposiciones doc-

(58) O. Cullmann, La royauté du Christ et L'Eglise dans NT Paris, 1941 págs. 14 ss.

(59) I Petr. 2, 5. 9.

trinales la diferencia que hay entre Cristo y nosotros, entre sus relaciones con el Padre y las nuestras, naturalmente también entre la realeza y el sacerdocio de Cristo y el nuestro.

Después de cierto oscurecimiento que sufriera la doctrina del sacerdocio común y cierta reserva en su divulgación que la Iglesia juzgara prudente precisamente por las exageraciones con que los protestantes realzaban esa doctrina y por la hostilidad con que ellos trataban el sacerdocio de orden, hoy vuelve a brillar en la Iglesia, con nueva luz, el tercer beneficio que nombra Juan: el sacerdocio de todos los fieles.

La Edad Media estaba más preocupada de esa verdad que nosotros, y Santo Tomás se pregunta de dónde fluye prácticamente este beneficio y cuál es su base El se contesta que se halla en los caracteres sacramentales que convierten a los fieles en miembros del sacerdocio común, y sin elevarlos al sacerdocio sacramental los hace subir a una esfera superior a la que ocupan los no bautizados respecto de sus semejantes y les comunica, entroncado en el Sacerdocio eterno de Cristo, cierto sacerdocio espiritual con sus funciones específicas[60].

También la dignidad de reyes, como vimos, se deriva de Cristo. La predicación de Cristo giró esencialmente alrededor del establecimiento del reino de Dios, de su propio reino. Cristo no era simplemente el mensajero divino de un reino celestial sino el Rey mismo y la cabeza de los fieles. La entrada en el reino no nos hace únicamente súbditos de ese Rey y de su reino sino portadores del poder real y compañeros del trono del Cordero, pues haciéndonos hijos "y miembros de su cuerpo" nos comunica su realeza divina y nos sienta en su propio trono, como Juan dirá en la más hermosa de las 7 sentencias de vencedores, en la 7ª a Laodicea: "Al que venciere le daré que se siente conmigo en mi trono como Yo también vencí y me senté con mi Padre en su trono"[61].

La realeza y el sacerdocio de los fieles aparecerán con toda claridad en el juicio final cuando con los cuatro seres misteriosos y los 24 ancianos, con los ángeles y santos rendirán a Dios con liturgia celestial el culto de adoración eterna y se sentirán en el trono de majestad y poderío junto al Cordero que los elevó a tal dignidad, por gracia inmerecida.

Naturalmente, Juan, al hacer la loa de la persona de Cristo, no pensó en todos los detalles que acabamos de exponer, pero en su esencia está allí todo enunciado: el mensaje kerigmático del Evangelio, la predicación de la verdad en su vida pública ("testigo veraz"), su muerte y resurrección ("Primogénito de los muertos") y su gloria y triunfo ("Príncipe de los reyes"), y luego, los beneficios fundamentales de su nueva Religión: Amor divino, redención, sacerdocio universal y reinado de gracia e imperio. "Las palabras "erchómenos" (el que viene), "árchoon" (príncipe), "basiléía" (reino), "hieréus" (sacerdote) he aquí ya en el saludo las ideas generadoras de todo el libro (Bousset) y de toda nuestra fe.

II. LA DOXOLOGIA FINAL

En vista de los grandes beneficios enumerados y de los atributos de la persona del Salvador, el vate no puede menos de entonar un himno, aunque breve, de júbilo y alabanza. De su pluma extasiada fluye una aclamación de Cristo en términos con que, en el Antiguo Testamento exclusivamente y en el Nuevo casi siempre se ensalza sólo la majestad del mismo Dios[62], lo cual constituye una prueba clara de que

(60) Santo Tomás, Sum. Theol. III, q. 63 art. 3 in c. "Por el carácter exclusivamente bautismal cualquier fiel cristiano está propiamente destinado y encargado a recibir o a trasmitir a otros lo que pertenece al culto divino. Todo rito de la Religión cristiana se deriva del sacerdocio de Cristo... al cual se conforman y configuran los fieles según los caracteres sacramentales que reciben que no son sino cierta participación del sacerdocio de Cristo derivada del mismo Cristo" y más adelante en el artículo 5 in c. de la misma cuestión 63 dice: "El carácter sacramental es cierta participación de los fieles en el sacerdocio de Cristo, de modo que, como Cristo tiene la plena potestad del sacerdocio espiritual, así los fieles se conforman a El por cuanto se hacen partícipes de alguna potestad espiritual sobre los sacramentos y sobre lo que pertenece al culto divino".

(61) Apoc. 3, 21.

para Juan Dios y Cristo están unidos por su esencia, participando Jesús, por derecho propio, de los honores divinos del Padre.

1. "A El" (es decir, al amador, Redentor y Glorificador) sea la gloria y el poderío.

No solo Juan sino también Pedro y Pablo emplean en sus cartas doxologías solemnes(63). Juan intercala en el Apocalipsis nada menos que siete de ellas, el número sagrado de la perfección, de las cuales dos dan honor a Cristo y 5 al Padre. Ordinariamente, poseen las doxologías una mayor abundancia de términos que la presente la que sólo tiene dos miembros: *la gloria y el poderío* "la gloria" *interior* que posee Dios por ser Dios, pues ésa siendo infinita no puede aumentarse sino la gloria *exterior,* que crece por la sumisión gradual de los hombres y la adoración. El "poder" es el que se manifiesta en el mundo, que se impone en la lucha religiosa entablada y que aplasta a los enemigos, mientras protege, ampara, fortalece y estimula a los amigos y los hace triunfar de todas las adversidades y de todos los adversarios.

En las dos palabras "gloria" y "poderío" está resumido todo lo que el vate humildemente desea ver realizado y lo que suplica se manifieste en los destinatarios de la carta común.

2. "Por los siglos de los siglos".

El lenguaje religioso elevado, especialmente en las doxologías, para acentuar lo eterno, prefiere poner acción en plural. Para realzar aun más el concepto de la eternidad se duplica en singular o aun en el solemnísimo plural de ambos términos ("por los siglos de los siglos"), expresión, que por las oraciones litúrgicas que frecuentemente rezamos nos suena muy familiar sin dejar de ser extraño. Esta fórmula larga se encuentra pocas veces en el Antiguo Testamento(64)

En el Nuevo Testamento aparece 21 veces. Si exceptuamos Hebr. 1, 8 y 1 Pet. 4, 11, y 5, 11, el empleo de la fórmula larga en plural constituye una característica de las cartas paulinas y del Apocalipsis(65).

Juan, como se ve en la larga lista de pasajes, convierte esa fórmula con bastante frecuencia en el término técnico de "eternidad" cuando al tender su mirada sobre el porvenir quiere dar digno remate a pensamientos elevados o severos, deseando que los juicios y castigos de Dios, y más aún, su honor y gloria permanezcan inalterables, "por los siglos de los siglos".

3 Amén.

Aunque esta forma hebrea servía normalmente al pueblo, como en la Liturgia nuestra y la oración privada, para responder a las promesas de Dios y para confirmar las preces elevadas a su trono, y estaba por consiguiente, en cierto modo, separada del texto del himno o de la oración, sin embargo, por la costumbre se ha unido tan estrechamente a "por los siglos de los siglos" que no pocas veces el "Amén" de la confirmación y aclamación del pueblo, se escapa a la pluma del autor sagrado cuando acentúa la eternidad.

En el "Amén" espontáneo resume aquí Juan todos los fervorosos deseos que acababa de manifestar respecto del Señor: A El sea la gloria y el poderío por siempre jamás.

P. Federico Hoyos, S. V. D.

---

(62) Dejando de lado 2 Tim. 4, 18; Hebr. 13, 21 y I Petr. 4, 11 que no se pueden comparar bien con nuestra doxología, tenemos, fuera de ésta, sólo en Apoc. 5, 12. 13; 7, 10; y II Petr. 3, 18 otros ejemplos donde se glorifica a Cristo en términos que parecían reservados a Dios Padre.

(63) Rom. 9. 5; 2 Tim. 4, 18; Hebr. 13, 21; I Petr. 4, 11; II Petr. 3, 18.

(64) Ps. 83, 5; Tob. 14, 15 y (4 Macab. 18, 24).

(65) Apoc. 1, 6; 1, 18; 4, 9; 5, 13; 7, 12; 11, 15; 15, 7; 19, 3; 20, 10; 22, 5; Gal. 1, 5; Fil. 4, 20; I Tim. 1, 17.

LA SAGRADA ESCRITURA EN LA CONVERSION DE ALGUNOS SANTOS

Escribe muy acertadamente S. Juan Crisóstomo en su comentario al Salmo 49: "La Sagrada Escritura justifica al pecador, rodea al justo con su muro de protección, arranca el mal que está arraigado en el hombre, ahuyenta la malicia, hace retornar el alma a la virtud, esparce la semilla de la piedad y hace madurar los frutos de ella".

La vida de los santos es una ilustración clarísima de estas palabras del santo doctor. Todos buscaron y encontraron en ella la luz y sabiduría que orientaba su vida hacia Dios y la virtud y fortaleza que les inspiró amor generoso y abnegado a Dios y al prójimo, que es el sello auténtico de toda santidad.

Para muchos, el contacto con la palabra divina, la lectura atenta y providencial de un pasaje bíblico, el haber escuchado en Liturgia un texto escriturístico era decisivo y dió a su vida nuevo rumbo.

1. — Para *San Antonio,* el padre del monacato cristiano eran las palabras de Ntro. Señor al Joven rico que decidieron y transformaron radicalmente su vida posterior. Después de la muerte prematura de sus padres, que le legaron una fortuna muy grande, se dedicó al cuidado de su hermana y de sus bienes, llevando una vida virtuosa y cómoda hasta que un dia el Señor lo sacudió en su tranquilidad. Asistiendo un domingo como de costumbre a la liturgia oyó en el Evangelio las palabras del Señor: "Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo, y vuelto acá sígueme". (Mat. 19, 21) Sin duda no era la primera vez que Antonio oyese estas palabras. Pero esta vez le parecia que estaban dirigidas a él personalmente. Oyó a través de estas palabras la voz del maestro quien lo llamaba suave pero al mismo tiempo irresistiblemente a su seguimiento. Y Antonio fué, vendió sus bienes y distribuyó el dinero entre los pobres, reservándose para su uso y necesidades personales una modesta suma. Volviendo a asistir a la función litúrgica dominical, oyó la palabra del Señor: "No os preocupéis por el día de mañana (Mat. 6, 34). Este aviso del Señor le bastaba para vender también lo poco que se había reservado y libre ya de todas preocupaciones y bienes temporales se marchó al desierto para servir a Cristo. Unicamente unas palabras de la Sagrada Escritura acabaron de darle un nuevo rumbo y orientación a su vida, de hacerle trocar una vida holgada por la vida pobre de Cristo, de infundirle el propósito de amar y servir al Salvador, hasta la Inmolación de cuanto tenía. Sólo Dios sabe cuantos bienes y gracias trajo a la Iglesia la vida de este monje cimentada sobre la Palabra de Dios. La fama de sus virtudes reunió en torno suyo todo un ejército de almas piadosas.

2. — La importancia de la lectura bíblica en la conversación de *San Agustín* es recalcada por el mismo santo en sus inmortales "Confesiones" (1, 8; c 12): "Mas apenas una alta consideración sacó del profundo de su secreto y amontonó toda mi miseria a la vista de mi corazón, estalló en mi alma una tormenta enorme, que encerraba en sí copiosa lluvia de lágrimas. Y para descargarla toda con sus truenos correspondientes, me levanté de junto Alipio —pues me pareció que para llorar era más a propósito la soledad— y me retiré lo más remotamente que pude, para que su presencia no me fuese estorbo. Tal era el estado en que me hallaba, del cual se dió cuenta él, pues no sé qué fué lo que dije al levantarme, que ya el tono de mi voz parecia cargado de lágrimas.

Quedóse él en el lugar en que estábamos sentados sumamente estupefacto; mas yo, tirándome debajo de una higuera, no sé cómo, solté la rienda a mis lágrimas, brotando dos rios de mis ojos, sacrificio tuyo aceptable. Y aunque no con estas palabras, pero sí con el mismo sentido, te dije muchas cosas como estas:

¡Y tú, Señor, hasta cuándo! ¡Hasta cuándo, Señor, has de estar irritado! No quieras más acordarte de nuestras iniquidades antiguas. Sentíame aún cautivo de ellas y lanzaba voces lastimeras: "¿Hasta cuándo, hasta cuándo ¡mañana, ¡mañana!? ¿Por qué no hoy? ¿Por qué no poner fin a mis torpezas en esta misma hora"?

Decía estas cosas y lloraba con amarguísima contricción de mi corazón. Mas he aquí que oigo de la casa vecina una voz, como de niño o niña, que decía cantando y repetía muchas veces: "Toma y lee, toma y lee".

De repente, cambiando de semblante, me puse con toda atención a considerar si por ventura había alguna especie de juego en que los niños soliesen cantar algo parecido, pero no recordaba haber oído jamás cosa semejante; y así, reprimiendo el ímpetu de las lágrimas, me levanté, interpretando esto como una orden divina de que abriese el códice y leyese el primer capítulo que hallase.

Porque había oído decir de Antonio que, advertido por una lectura del Evangelio, a la cual había llegado por casualidad, y tomando como dicho para sí lo que se leía: Vete, vende todas las cosas que tienes, dalas a los pobres y tendrás un tesoro en los cielos, y después ven y sígueme", se había al punto convertido a ti con tal oráculo.

Así, que, apresurado volví al lugar donde estaba sentado Alipio y yo había dejado el códice del Apóstol al levantarme de allí. Tomélo, pues: abríle y leí en silencio el primer capítulo que se me vino a los ojos, y decía: No en comilonas y embriagueces, no en lechos y liviandades, no en contiendas y emulaciones, sino revestíos de nuestro Señor Jesucristo y no cuidéis de la carne con demasiados deseos.

No quise leer más, ni era necesario tampoco, pues al punto que di fin a la sentencia, como si se hubiera infiltrado en mi corazón una luz de seguridad, se disiparon todas las tinieblas de mis dudas".

Los incalculables beneficios que emanan en la Iglesia católica y fuera de ella de esta gran personalidad, de este genio y de este santo, puede afirmarse, traen su origen en esta lectura atenta y providencial del Libro de los Libros.

3. — Como último ejemplo de la virtud transformadora de la palabra divina traemos un episodio de la vida de *San Francisco* de Asís. Ya había abandonado definitivamente a su familia para verificar el ideal del total desprendimiento; pero aún no veía con la claridad y precisión que descaba el camino a tomar. El 24 de Febrero de 1209 Francisco asistió a los servicios religiosos que se celebraban en la humilde iglesita, por él tan querida, llamada "Portiúncula". Durante la lectura del Evangelio escuchó las palabras con que Nuestro Señor envió a sus Apóstoles a predicar la buena nueva. Luego de terminada la misa consultó al sacerdote pidiendo una explicación más detallada. Este le enseñó que el discípulo de Cristo no debe llevar consigo ni oro, ni plata, ni alforja, ni bastón para el camino, ni dos túnicas, ni zapatos (Mt. 10, 9 s). Al oír estas palabras exclamó lleno de júbilo el santo: "Esto es lo que quiero; esto es lo que busco; esto anhelo con todo mi corazón". Ni un solo minuto tardó en llevar a la práctica las palabras que acababa de escuchar. Unas semanas más tarde, cuando se le juntaron los primeros compañeros se repitió por tres veces esa misma experiencia. Vió en esto un aviso de la providencia divina y dijo a sus compañeros: "Esta es nuestra vida y nuestra regla. Id y cumplid las palabras que acabáis de oir. "Nunca en su vida dudó de que mediante esta experiencia bíblica el Señor le había señalado el sendero que tanto él como sus compañeros debían tomar y seguir. Sabemos cuantos beneficios acarreó esta experiencia bíblica a la Iglesia y al mundo entero. Hizo que se repitiesen los días de fervor comunitario de la Iglesia primitiva, y que merced a ella no se apaga el deseo de reformar la vida cristiana conforme al espíritu del Evangelio.

La Palabra divina no ha perdido hoy nada de su virtud y eficacia transformadoras. Como antes así hoy es capaz de formar santos, de orientar la vida y

existencia cristianas hacia el ideal de la santidad. Si no produce estos efectos, la culpa no es de ella, sino de nosotros que no sabemos producir en nuestra alma aquel silencio que es indispensable para que las ondas de la voz divina sean percibidas. Nos falta la sensibilidad. Llegan y entran en el interior de nuestra alma tantas voces, y voces tan poderosas que no logramos acallar de manera que los sentidos interiores se vuelven cada vez más embotados. La radio que chilla desde la mañana hasta la noche, los diarios y las revistas devoradas ávidamente y sin distinción, las conversaciones sin medida y criterio, las diversiones ruidosas, los vaivenes del trabajo no son adecuados para formar en nuestro interior aquella atmósfera de paz y silencio en que se percibe la voz divina. Debemos aprender a acallar nuestros sentidos, a atar nuestra fantasía y someterla a la razón, leyendo pausadamente, reflexionando, meditando, rumiando. Entonces es posible que la Palabra Divina produzca en nuestra vida los saludables cambios y efectos que podemos observar en la vida de los santos.

B. OTTE, S. V. D.

Habla San Pío X Sobre la lectura de libros

El 4 de Agosto de 1908 dirigió San Pío X una carta al clero. En una de sus partes encarece el Sumo Pontífice de santa memoria a los sacerdotes la lectura: primero la lectura de la Biblia, haciendo suyas las palabras que un día escribiera San Jerónimo a Nepociano: "Nunca caiga de tus manos la lectura sagrada".

Y luego encomia el Santo Papa la lectura en general, diciendo:

"¿Quién ignora la gran fuerza que tiene sobre el corazón de un amigo la voz del amigo que le advierte sinceramente y le ayuda con su consejo, le reprende, le anima y le aparta del error? «Dichoso aquel, dice el Sabio en las Escrituras, que encuentra un amigo verdadero; el que lo ha encontrado ha hallado un tesoro».

"En el número, pues, de amigos verdaderamente fieles, hemos de contar los libros piadosos.

"Ellos con gravedad nos inculcan nuestros deberes y las prescripciones de la legítima disciplina: despiertan en nuestros corazones las voces celestiales adormecidas; reprenden el abandono de nuestros buenos propósitos; perturban nuestra engañosa tranquilidad; censuran nuestras afecciones desordenadas y disimuladas y nos descubren los peligros a que a menudo se exponen los incautos.

"Y todos estos servicios nos prestan los libros con benevolencia tan discreta que en ello se manifiestan ya no sólo como amigos sino como los mejores amigos. Los tenemos a mano, cerca de nosotros, cuando nos place, a toda hora, dispuestos a socorrernos en nuestras más íntimas necesidades; su voz jamás se vuelve amarga, sus advertencias jamás son interesadas, su palabra nunca suena tímida ni falaz.

"Numerosos e insignes ejemplos, añade San Pío X, demuestran la eficacia provechosa de los buenos libros; pero entre todos sobresale indudablemente el ejemplo de San Agustín. Los eximios méritos que prestó a la Iglesia tomaron su origen en aquella voz misteriosa que escuchó en el jardín; decía: «Toma y lee; toma y lee».

"San Agustín escribe en sus «Confesiones» (libro VIII, 12): «Yo tomé rápido las Epístolas de San Pablo (que estaban en una mesa), las abrí y leí en silencio...

DOS NUEVOS ATLAS DE LA BIBLIA

"Existen una "historia bíblica" y un "país bíblico" cuyo conocimiento es indispensable para la inteligencia de la Sagrada Escritura" (R. de Vaux). La revelación divina es un hecho histórico y como tal se desenvolvió, como todo hecho histórico, en un lugar concreto de nuestro globo y en un momento determinado de su historia. La revelación se dirigió a un pueblo determinado, en una época determinada de su historia, y se acomodó al carácter particular de este pueblo y las circunstancias concretas de su existencia histórica. Los pueblos, como los individuos, son, en parte, producto del ambiente material y espiritual en que les toca vivir. Para comprender, pues, el mensaje de la revelación, para percibir hasta sus últimos repliegues, es imprescindible conocer el pueblo al que se dirigió y el ambiente en que éste cumplió su misión histórica, vale decir es preciso conocer el país que sirvió de escenario al pueblo elegido y también los países de sus vecinos.

Proporcionar al lector de la Sagrada Escritura estos conocimientos indispensables sobre la arqueología y geografía de los países bíblicos es el fin de los atlas bíblicos que merced a los adelantos de la técnica fotográfica y cartográfica y los resultados de las investigaciones y excavaciones modernos, alcanzan una importancia y perfección cada vez más grande.

Entre los más recientes y más modernos cuentan dos publicaciones católicas que honran grandemente, tanto a los doctos autores, cuanto a las casas editoriales que no escatimaron sacrificios y gastos para poner en manos de los estudiosos de la Biblia una obra que descuella por la abundancia de los materiales, tanto de textos como de mapas e ilustraciones, por la perfecta presentación y la solidez de la información; y que cumple perfectamente con la misión de familiarizar al lector con los últimos adelantos de las ciencias arqueológica, histórica y geográfica.

Nos referimos al **"Atlas de la Bible"** (Atlas de la Biblia), preparado, en holandés, por el **P. Luc H. Grollenberg, O. P.**, traducido al francés por el P. René Beaupère, O. P. (y prologado por el P. Roland de Vaux, O. P., director de la escuela bíblica de Jerusalén) y editado por **Elsevier**, París-Bruxelles, 1955[1]; y al **"Atlante Storico della Bibbia"** (Atlas histórico de la Biblia), preparado por los Padres **Paulin Lemaire** y **Donato Baldi**, profesores del "Estudio Bíblico Franciscano" de Jerusalén y publicado por **Marietti**, Italia, 1955[2].

Ambas ediciones constan de **tres elementos esenciales** destinados a proporcionar al lector los datos necesarios para familiarizarse con los dos componentes de la historia de la revelación, el lugar y el tiempo.

El **primer** elemento es el texto de la historia bíblica que luego es ilustrado por los otros dos: los mapas y las láminas. La exposición de la historia bíblica comienza con la edad de los patriarcas y nos lleva hasta la destrucción de Jerusalén (70 d. C.) y se basa tanto en el texto sagrado como en documentos profanos, especialmente en las excavaciones. Los primeros capítulos brindan una introducción bastante amplia a los métodos y resultados de la investigación arqueológica moderna, ilustrada con fotografías y dibujos.

El texto del atlas de Grollenberg es más breve, pero claro y preciso; mientras el de Lemaire-Baldi es más completo. En la recensión de este último, un autor tan competente como el P. de Vaux (que publicó una extensa y muy apreciada historia de Israel en D. B. Suppl. IV. 729-777) no vacila en afirmar que "es actual y fácilmente la mejor "Historia Bíblica", escrita por católicos" (R. B 1956, 427). Muy útiles resultan los resúmenes de las diferentes épocas en forma de 16 tablas genealógicas y cronológicas que Lemaire-Baldi insertaron acerta-

(1) Luc. H. Grollenberg, *Atlas de la Bible*. Traduit et adapté du néerlandais par René Beaupère, O. P. Préface de Roland de Vaux, O. P. - Editorial Elsevier, París-Bruxelles, 1955. - Págs. 158 de 35 por 26 ctms. - 37 mapas geográficos en 8 colores y 408 ilustraciones fotográficas. - 3.500 fr.

(2) *Atlante Storico della Bibbia*, a cura dei Padri Paulin Lemaire e Donato Baldi. - Editorial Marietti, Torino, 1955. - Págs. 322 de 34 por 24.5 ctm. - 394 ilustraciones fotográficas, 12 plantas de ciudades, 56 mapas dentro del texto y 13 fuera del mismo. - L. it. 12.000.

damente en su texto. Huelga decir que los dos textos llevan el sello de las dos escuelas a las que pertenecen sus respectivos autores.

El **segundo** elemento son los mapas. Por el número de ellos, el atlas de los franciscanos aventaja al de los dominicos, pues, mientras el último contiene sólo 37, pero más completos, el primero trae 56 mapas dentro del texto, 11 fuera del mismo, 2 grandes fuera del libro y 12 plantas de ciudades. Muy oportuno es el segundo mapa (Palestina) del Atlas de Grollenberg, en donde, junto al nombre de los lugares, se encuentra una cifra que remite a las correspondientes ilustraciones fotográficas y la dirección en que éstas fueron tomadas, dando así al conjunto de mapas y cuadros gran unidad. Otra ventaja de la obra de Grollenberg es que: en los diferentes mapas se hallan impresos, en color rojo, breve y precisamente, junto a los diferentes lugares, los hechos más memorables que en éstos se desarrollaron. No es de extrañar si se tiene en cuenta que a muchos problemas la ciencia e investigación modernas no han encontrado aún soluciones definitivas sino probables solamente, que haya diferencias en la identificación de tal o cual sitio por los autores de los dos atlas. Así p. ej. Grollenberg localiza el pretorio de Pilatos en el palacio real de Herodes (p. 155; mapa 33), mientras que según Lemaire-Baldi se halló probablemente en la fortaleza Antonia (cf. mapa p. 238 y texto p. 239).

Llegamos al **último** elemento: las ilustraciones fotográficas. En ambas ediciones sorprende y causa admiración el notable acopio de fotografías ilustrativas: 394 en la de Lemaire-Baldi y 408 en la de Grollenberg. La elección ha sido, en general, muy acertada. Bajo el punto de vista de la nitidez, plasticidad y visibilidad las del atlas de Grollenberg son muy superiores a las de su congénere.

Completan las obras amplios índices onomásticos de personas y lugares que facilitan la consulta sobre cualquier tópico y aumentan enormemente el valor de los dos atlas. Especialmente extensos y especificados son los del atlas bíblico de Lemaire-Baldi que trae primero una lista completa de todos los nombres de los países, regiones y lugares mencionados en la Biblia, con la referencia bíblica, la localización general según se desprende de los datos bíblicos, la identificación exacta en cuanto es posible y la referencia a los mapas del atlas. Esta lista por sí sola constituye un instrumento de trabajo de sumo valor. Siguen a ella un índice analítico completo de toda la obra, otro de las ilustraciones y un tercero que señala los lugares marcados en los mapas. Todos estos elementos aumentan extraordinariamente el valor de la obra.

No nos resta sino felicitar y agradecer muy vivamente tanto a los sabios autores como a las prestigiosas editoriales por haber emprendido con valor y desinterés una obra tan trascendente y tan benéfica y por no haber escatimado esfuerzos ni sacrificios para llevarla a feliz término, brindando a los estudiosos y amantes de la Biblia un instrumento sumamente eficaz que los capacita a captar y comprender mejor el mensaje de las Sagradas Escrituras. Autores y editores han realizado una obra genuinamente apostólica que contribuirá poderosamente a que la Palabra de Dios sea más ardientemente amada y más profundamente entendida, y que honra igualmente a la ciencia católica y la prensa católica. La conciencia de haber prestado a la Iglesia y al apostolado de la Biblia un servicio de primer orden y de valor imperecedero será la mejor recompensa. No vacilamos en afirmar que las dos ediciones constituyen una piedra miliaria en la historia de la exégesis moderna y una obra que tan pronto y tan fácilmente no será superada.

Formulamos votos que ambas publicaciones encuentren la acogida benévola que merecen, y que alcancen la más amplia difusión. Según comunicado de la editorial Marietti, esta prestigiosa editorial está preparando una edición y adaptación castellana del atlas bíblico de Lemaire-Baldi. Esperamos que muy pronto podremos anunciar a nuestros lectores de habla española la traducción a su idioma de la excelente obra de los dos eruditos franciscanos.

B. Otte, S. V. D.

CRONICA

ARGENTINA **Sociedad Argentina de Profesores de Sagr. Escr.**

En su reunión anual del 10 al 12 de diciembre de 1956 resolvieron los profesores presentes unánimemente la formación de una Sociedad de Profesores de Sagrada Escritura con el título "SOCIEDAD ARGENTINA DE PROFESORES DE SAGRADA ESCRITURA". La finalidad de esta asociación es atender mejor los intereses comunes de los profesores de exégesis en los seminarios del país. Se nombró una comisión con el encargo de elaborar los estatutos de dicha sociedad. Quedó constituida por los RR. PP. Federico Löcher, S.V.D., Jorge Mejía y José Ign. Vicentini, S. J. El secretariado general de la nueva agrupación se confirió al R. P. Eugenio Lákatos, S.V.D., profesor del Seminario Regional de Catamarca. Como lugar y fecha de la próxima reunión anual se fijaron la ciudad de La Plata y los días 15 a 20 de diciembre de 1957. Las conferencias versarán sobre los diferentes problemas que plantean los manuscritos de Qumrán.

Noche del Evangelio en Mercedes

La ciudad mercedaria de Corrientes vivió días de máximo entusiasmo religioso al predicarse en ella las santas misiones. Una noche de la misión fué elegida para realizar la solemne bendición de los evangelios (Sábado 3 de noviembre de 1956). Las Hermanas Hijas de San Pablo recorrieron la ciudad casa por casa ofreciendo Biblias y Evangelios. Se hizo propaganda intensa y continua en la iglesia parroquial. Varios jóvenes de ambos sexos acudieron a los lugares de mayor concurrencia distribuyendo la Palabra de Dios a la gente de buena voluntad. Triste es decirlo, pero existe mucha ignorancia, pues no faltó quien se negara a adquirir un ejemplar del evangelio creyéndolo libro protestante. Nosotros no somos evangelios, decían. Yo no quiero ese libro, Hermana, porque soy católica. Costó, pues, mucho borrar de las mentes la errónea idea que han logrado sembrar los hermanos disidentes. A pesar de todo se logró distribuir varios centenares de ejemplares del Libro Santo.

El sábado 3 de noviembre era la noche del evangelio. Cada persona trajo su Biblia o su Evangelio a la Iglesia que estaba repleta de gente. Se colocó una mesita con Biblias y Evangelios en el presbiterio junto a una cruz escoltada de luces. En un atril aparecía una hermosa Biblia de Torres Amat. El misionero habló de la Biblia y de la obligación que todos tenemos de amarla y de leerla. Luego se procedió a la solemne bendición de los sacerdotes presentes el Magníficat, que es uno de los cánticos que mejor resume la Sagrada Biblia. Luego todos levantaron en alto sus Biblias y Evangelios desde sus sitios y el sacerdote pasó banco por banco rociándolos con agua bendita. A continuación varios hombres y jóvenes encabezaron una procesión por el interior del templo llevando en alto Biblias abiertas. Mientras tanto se cantaba el himno de las jornadas del Evangelio. Cada familia, más o menos, se puede decir que ya tiene su Evangelio y cada día se ha comprometido a leer alguna página de la Palabra de Dios. La ceremonia fué en verdad conmovedora, sobre todo, cuando grandes y pequeños alzaban sus Biblias y Evangelios para recibir la bendición del ministro de Dios. Ojalá que se pudieran llevar a cabo muchas jornadas como éstas para enseñar a los católicos las riquezas contenidas en la Biblia y contrarrestar así el influjo protestante.

Las Hermanas paulinas siguen en su incansable propaganda por estas regiones y se preparan nuevas "noches del Evangelio" en los barrios de la ciudad y en el pueblo de Yofre (Corrientes).

P. Elías Clemente Dell'Oca, C.SS.R.
Mercedes (Corrientes).

POLONIA **Congreso bíblico**

Del 21 al 23 de agosto de 1956 se llevó a cabo un triduo bíblico en Lublin (Polonia) organizado por la universidad del lugar. La participación del clero era muy activa pues concurrieron 600 sacerdotes de todas las regiones de Polonia. Presidieron el congreso Mons. Kowalski, el obispo de Cholm y el arzobispo de Lublin. Se inauguró con una misa solemne en la iglesia de la universidad, durante la cual Mons. Kowalski pronunció un sermón sobre el misterio de la Palabra de Dios en la Iglesia de Cristo. En la primera sesión disertó el rector de la universidad, Dr. Iwanicki, sobre el tema: La Sagrada Escritura en la enseñanza.

Las conferencias de las jornadas tenían como centro dos temas: el movimiento bíblico en el mundo entero y el empleo de la Sagrada Escritura en el ministerio pastoral. Prof. Iwanicki hizo una interesante exposición sobre la historia de la Biblia en Polonia. Han pasado exactamente 400 años desde la primera edición de la Biblia polaca impresa. Salió en la imprenta de Nicolás Scharffenberger en Varsovia. La redacción es obra probablemente de dos autores, de un traductor medieval en el siglo XV y de un redactor que retocó la obra del anterior. La edición publicada por Scharffenberger es fiel aunque muy servil, y ha ejercido gran influencia hasta el día de hoy.

Stimmen der Zeit, 1956/57, p. 301.

BIBLIOGRAFIA

R. Hentschke: Die Stellung der vorexilischen Schriftpropheten zum Kultus (La posición de los profetas escritores anteriores al destierro frente al culto). - Beihefte zur Zeitschrift für die Alttestamentliche Wissenschaft 75. - Ed. Alfred Töpelmann, Berlín, 1957. - 176 págs., DM. 20.

La obra de R. Hentschke replantea uno de los problemas más discutidos de la historia y teología del Antiguo Testamento. En la introducción el autor pasa revista a la historia de la cuestión y define el alcance exacto del concepto de culto en el contexto de su estudio. Este concepto debe extraerse de la tradición cultual del A. T. y de las palabras de los profetas. Es ilícito aplicar al estudio del presente problema un concepto sacado de otro campo científico (historia comparativa de las religiones). El problema no consiste en saber si los profetas pretendieron o no pretendieron introducir una religión sin determinadas formas de prácticas y ritos religiosos comunitarios, sino en investigar si trabajaron por la reforma de las usanzas y prácticas cultuales ya existentes, proponiendo una nueva interpretación de ellas, o si reprobaron y condenaron sin más las ceremonias y ritos existentes como inadecuados para la religión yavística.

A continuación sigue una descripción del culto israelita tal como se practicaba en la edad de los profetas escritores de los siglos VIII a VI. El autor trata de señalar sus elementos premosaicos y el influjo que la fe en Yahvé y el contacto con el culto cananeo, culto de las fuerzas de la naturaleza personificadas en las divinidades, con sus usanzas y su ideología ejercieron sobre el culto israelita y especialmente sobre la idea de la alianza. Hentschke cree poder demostrar que, por el contacto con las divinidades cananeas, Yahvé perdió su carácter de Dios personal y ético, transformándose en una divinidad naturalista, representativa de fuerzas naturales. Como consecuencia lógica, también la idea de la alianza, de la relación entre Yahvé y su pueblo, pierde su carácter ético y universal, limitándose a la esfera de lo cultual y nacional. El culto no tiene otra finalidad sino la de apoderarse, por medio de la práctica de determinados ritos y ceremonias de las fuerzas ocultas y misteriosas de la divinidad / naturaleza. Es precisamente este cambio en la concepción de las relaciones entre Yahvé y su pueblo el que provocó la lucha denodada de los profetas contra el culto.

El capítulo siguiente examina el influjo de la ideología del carácter sacral y divino de la realeza, tan ampliamente difundida en el Antiguo Oriente, sobre la religión y el culto israelitas. El autor llega a la conclusión de que, si bien en tiempos del florecimiento de la monarquía apuntaron algunas tendencias en este sentido, la ideología mencionada no logró prosperar ni alcanzó mayor repercusión en la religión de Israel, merced principalmente a la actividad de los profetas que, en general, emitieron un juicio bastante desfavorable sobre la institución de la realeza por el peligro que entraña de sustituir y desplazar el reinado absoluto de Yahvé.

En los capítulos centrales, el docto investigador recoge y examina uno por uno y muy concienzudamente todos los textos donde los profetas, de alguna manera, se refieren a los lugares y objetos del culto como a su ceremonial y personal cultuales. No creemos que el autor, en la exégesis de los correspondientes textos bíblicos, haya traído nuevos elementos que den a su interpretación carácter de definitiva. Además, nos parece que no siempre ha tomado en cuenta debidamente el tono retórico, la tendencia polémica y el carácter fragmentario de las palabras de los profetas referentes al culto y su valor. El amplio y profundo estudio de H. Kruse sobre "La negación dialéctica como idiotismo semita" (V. T. 4-1954-385 a 400) lastimosamente no ha sido aprovechado por el autor.

Hentschke llega a la conclusión de que los profetas no sólo condenaron uno que otro abuso en las prácticas cultuales, sino que se dirigieron directamente contra el culto mismo, tal como se practicaba en su tiempo, como medio de defender y asegurar su existencia por las solas fuerzas humanas propias. Como mensajeros del reinado de Yahvé que está por inaugurarse, los profetas exigieron entrega incondicional de todo el hombre como única posición y actitud lógica frente a Yahvé. El culto israelita, según opinión de los profetas, no era apto para expresar esta actitud de entrega incondicional porque el pueblo lo interpretaba en sentido mágico. Este mal entendimiento fué provocado por el origen y la índole propia del culto israelita cuya patria espiritual es, en último término, el mundo de las religiones naturalistas del Antiguo Oriente. Los profetas no creyeron en la posibilidad de una purificación del culto, pues nunca presentan un programa de reforma cultual.

Estas conclusiones, si bien contienen un fondo de verdad, van más allá de lo que

las premisas permiten. El autor nos parece exagerar el influjo del culto cananeo en la formación del israelita. Si el culto de Israel es tan antiguo como el mismo pueblo, como concede Hentschke, y si la infiltración de elementos heterodoxos y la interpretación equivocada comenzó con la entrada de Israel en Canaán, es de suponer que los profetas que no se presentan como innovadores sino custodios de la religión y tradición religiosa y por ende también cultual, no propugnaron y exigieron sino la eliminación de los elementos heterodoxos y la corrección de la interpretación equivocada y perniciosa del culto.

Agradecemos muy sinceramente al autor por habernos brindado el presente estudio que por su diligencia y amplitud contribuirá no poco a dilucidar y aclarar una de las instituciones centrales de la religión israelita.

B. Otte, S. V. D.

B. Orchard, E. F. Sutcliffe, R. C. Fuller y R. Russell: Verbum Dei - Comentario a la Sagrada Escritura. - Tomo segundo: Esdras a Macabeos. - Herder, Barcelona, 1956. - XV más 890 págs.

El segundo tomo del Comentario Bíblico "Verbum Dei", editado por la benemérita Editorial Herder de Barcelona, ostenta las mismas características y altas cualidades que distinguen el primero (véase *Revista Bíblica* Nº 80, 1956, págs. 101 y s.). Comprende la exégesis de los libros históricos que se refieren a la época posterior al destierro, de los libros sapienciales y de los proféticos. Los últimos dos grupos van precedidos de sendas introducciones densas y ricas a la literatura poética y sapiencial y a la profética. La interpretación exegética sigue el texto sagrado, que es reproducido, versículo por versículo. Si bien los autores se vieron en la necesidad de restringirse a brindar a sus lectores los elementos más indispensables, puede afirmarse que la exégesis es suficientemente amplia y detallada para captar plenamente y comprender cabalmente el mensaje divino y para extraer del texto sagrado todo su rico contenido teológico y kerigmático. La información es sólida, pues los autores, como conviene en comentarios de esta índole, proponen en general la doctrina tradicional y común en las escuelas teológicas. Sin embargo, no se contentan con una mera reproducción sino que tienen en cuenta el carácter vital y por ende progresista de la tradición católica. Concienzudamente señalan las dificultades de las interpretaciones y soluciones tradicionales como también los nuevos problemas que presentan los resultados de las investigaciones modernas. Enfocan y estudian las cuestiones a la luz de las indagaciones más recientes y no vacilan en apartarse de la tradición si así parecen exigirlo las conclusiones de las ciencias.

Así, p. ej., M. Leahy hace suya la opinión del P. A. Miller, O. S. B., sobre el género literario de Judit: "El autor tomó como base de su obra un acontecimiento histórico, pero embelleció la narración de tal hecho. Con lo cual quiso indicar que se debía entender su obra como una narración *libre* de lo pasado" (n. 308 g. j.). En la cuestión de las 70 semanas de Daniel, P. P. Saydon opta muy prudentemente por tomar una solución media entre la interpretación puramente macabea y la puramente mesiánica. Sólo "la combinación de los dos sistemas dará una solución más satisfactoria" (n. 508 b.).

Los traductores se contentan con poner al día la obra (aparecida en febrero de 1953), agregando 14 notas de apenas una página y complementando la bibliografía.

De mucho provecho resulta el apéndice sobre los manuscritos de Qumrán, preparado especialmente para la edición española por el P. Franc. Caubet Iturbi, SS.CC. En 38 páginas brinda una síntesis sucinta y completa de todas las cuestiones relacionadas con los sensacionales hallazgos del desierto de Judá.

Auguramos al comentario "Verbum Dei" la más amplia difusión, convencidos de que abrirá a cuantos lo estudian atentamente los inagotables tesoros de las Sagradas Escrituras.

B. O.

H. Schlier: Die Zeit der Kirche (El tiempo de la Iglesia). - Disertaciones y conferencias exegéticas. - Herder, Freiburg, 1956. - 314 págs. en tela: DM. 22.

El presente libro contiene 21 disertaciones y conferencias que aparecieron en diversas revistas, entre los años 1932 y 1955. Aunque traten de asuntos diferentes y sean oriundas de diferentes épocas, giran sin embargo alrededor de un tema central que es la Iglesia "en la cual vive el mundo desde la muerte y resurrección de Cristo", pues, "el tiempo actual es el tiempo de la Iglesia" (314).

Por dos motivos merece la obra de H. Schlier nuestra atención especial. El primero es la actualidad del tema: la Iglesia. En el mundo de hoy, convulsionado por dos guerras apocalípticas y desgarrado por odios implacables, los mejores espíritus dirigen sus ojos hacia la Iglesia de Cristo, única arca de salvación. ¿En qué consiste la esencia íntima de la Iglesia? A esta pregunta que interesa a todos, sean cristianos

o no lo sean, H. Schlier da una contestación clara y sólida, basada en un estudio profundo y concienzudo del Nuevo Testamento, v. d. en las palabras de Cristo, fundador de la Iglesia y de sus apóstoles.

El otro motivo es la personalidad del autor, exégeta de competencia indiscutida, alumno de Barth, Bultmann y Heidegger, ex-profesor de exégesis neotestamentaria en la facultad protestante de la universidad de Bonn que luego se convirtió al catolicismo. Todos los artículos arriba mencionados, menos uno, datan de la época anterior a su conversión que fué la culminación de sus estudios exegéticos, hechos con la sinceridad y objetividad propias de un investigador auténtico e imparcial. Por esta circunstancia, el libro tiene una importancia no común. El autor estudió el Nuevo Testamento cual teólogo protestante, pero sincero, libre de "ideas católicas preconcebidas" y de "prejuicios dogmáticos". Se dedicó al estudio pertrechado con todos los recursos de la crítica moderna. De la amplitud de su erudición, de la solidez de su exégesis y de la imparcialidad nada sospechosa en su investigación da testimonio el hecho de que a él se encargara la preparación de la décima y undécima edición del comentario a los Gálatas en una serie de comentarios tan crítica y liberal como el "Comentario crítico-exegético al Nuevo Testamento", fundado por H. A. W. Meyer. Si Schlier, en el curso de sus estudios llegó a la interpretación católica del Nuevo Testamento, esta conclusión tiene su peso; pues, tiene como premisas sólo la preparación científica del investigador y la sincera voluntad que únicamente va en busca de la verdad. "El Nuevo Testamento es católico" y "los principios católicos son los apostólicos" (308). A esta conclusión llega todo investigador sincero. En este testimonio consiste uno de los grandes valores del libro de H. Schlier.

B. O.

Ph. Seidensticker, O. F. M.: Lebendiges Opfer. - Ed. Aschendorfsche Buchhandlung, p. 329.

A la elaboración exegética-teológica de la palabra "culto racional", Rom. 12, 1 dedica Seidenticker su docto libro. Comienza el autor por estudiar la piedad griega en relación con sus ideas de culto, en la segunda parte la religión ético-cultual israelita y la así llamada "piedad profética" para dedicar la tercera y más amplia parte al concepto cultual en San Pablo y casi podemos decir, por las necesarias referencias, de todo el N. Testamento. Así se estudia en esta parte: Jesús y el culto a Dios, la enseñanza al respecto de San Pablo para finalizar con una interpretación cultual de la Iglesia de los últimos tiempos, según el Apocalipsis.

Llega el autor así, con una interpretación exegética limpia y segura, como asimismo con un trabajo de reflexión y extensión teológica, a elaborar una verdadera teología bíblica respecto a la idea "culto" en la doctrina de San Pablo. Verdadero sacrificio, por lo tanto verdadero culto a Dios, ofreció Cristo principalmente en su muerte de cruz, y verdadero culto ofrece el cristiano a Dios, al unirse no solamente moralmente, sino también ontológicamente en el bautismo, con este acto cultual a Dios. Llega el autor también así, a señalar al hombre cristiano un fin sublime a toda su vida, un sentido a su existencia.

G. S.

G. Fohrer: Ezechiel. - Handbuch zum Alten Testament 13. - J. C. B. Mohr, Tübingen, 1955. - XXXV más 264 págs., DM. 20,80 / 23,50.

Varias investigaciones especializadas acerca de los problemas inherentes al libro profético de Ezequiel habían capacitado a G. Fohrer a brindarnos una biografía plástica del gran profeta y una interpretación profunda de su mensaje.

En la introducción llama la atención la gran moderación y prudencia con que el erudito autor discute y trata de solucionar las cuestiones sobre el origen y la historia del libro y la personalidad del profeta, distanciándose expresamente de las soluciones extremas en boga entre muchos exégetas de tendencias harto liberales y acercándose a las doctrinas tradicionales. Es sumamente probable que la mayor parte del libro sea auténtica (p. X) y que el profeta dejó por escrito sus palabras y sus relatos que redactores posteriores recogieron, clasificaron, pusieron en orden y retocaron (XI). El profeta mismo no tiene que ver nada con el orden actual de su libro que se divide en tres partes: amenazas contra Judá y Jerusalén (cc. 1-24); amenazas contra otros pueblos (25-32)y promesas para Israel (33-48) mientras que la predicación del profeta sigue el siguiente esquema: vocación - predicación incondicional de desgracias (1er. período) - predicación condicional de salud (2º período) - predicación incondicional de salud (3er. período) (XI s. XXI s. 1-4). Muchas razones exigen tener por exactos los datos de la tradición según la cual Ezequiel fué deportado a Babilonia en 598 y en 593 llamado al cargo profético (XIII). Su misión se limita exclusivamente a los desterrados aunque no se halle desprovista de toda relación (indirecta) con Jerusalén (XVIII). Sumamente interesantes e instructivas resultan las páginas sobre la personalidad del profeta y el mensaje de

su libro. También en éstas se nota el vuelco hacia la tradición y cierta rehabilitación de Ezequiel por parte de la crítica moderna. Ezequiel es un profeta auténtico, no un epígono ni una figura híbrida de profeta y sacerdote. Sin razón alguna se lo considera como el padre del judaísmo y el primero de los apocalípticos (XXIV). Ezequiel era hombre sano y normal, serio y enérgico, dotado de una fantasía muy viva y productiva, de una clara inteligencia y de una sensibilidad extraordinaria (XXIV s.). Las fuentes de su predicación son el medio ambiente en que vivè, la tradición a la cual pertenece, y principalmente la experiencia de su unión con Dios (XXII-XXIV). El resumen que nos presenta Fohrer de la fe y teología del profeta, revela gran familiaridad y penetración del libro (XXVI-XXX). Tanto más lamentamos que el docto comentarista, tanto en la introducción como en el comentario, excluya de la teología de Ezequiel toda idea e interpretación mesiánica. Los capítulos 40-48 contienen un fondo que pertenece a Ezequiel (219) pero no incluyen ningunas esperanzas mesiánicas (220). 17, 22-24, interpretación mesiánicas. Los capítulos 40-48 cede, con suma probabilidad, no es —según Fohrer— palabra de Ezequiel (97). Textos como 21, 32; 34, 23 s. y 37, 24-28 no deben interpretarse en sentido mesiánico. La restauración que promete y espera el profeta no es la mesiánica; y el restaurador no es sino el rey cautivo de la dinastía davídica, Joaquín/Jeconías (125 s. 196. 211 s.). Tal interpretación supone que el profeta desconociera por completo la tradición mesiánica de sus antecesores lo que sería un portento de ignorancia religiosa en él.

Los cc. 40,1 - 42,20 y el pasaje 43, 10-27 donde se describe el nuevo templo, fueron interpretados por K. Galling, afamado especialista en cuestiones de arqueología bíblica.

B. Otte, S. V. D.

M. Dibelius: Die Pastoralbriefe (Las cartas pastorales) - Handbuch zum Neuen Testament (Lietzmann / Bornkamm) 13. - J. C. B. Mohr, Tübingen, 3. edición preparada por H. Conzelmann, 1955. - 118 págs. - DM. 7,20 / 9,60.

El autor de este comentario, muy apreciado a causa de la exactitud y diligencia en el estudio filológico del texto sagrado y de su ambientación histórico-religiosa, no pudo ver más la publicación de su tercera edición. Apareció después de su muerte, acaecida en 1947, preparada por Hans Conzelmann, quien por una parte trató de conservar el carácter propio que M. Dibelius había infundido a su obra y por otra parte puso el comentario a la altura de la investigación reciente. Para conseguir este fin, no se contentó con completar las noticias bibliográficas sino que se vió en la necesidad de retocar el mismo texto. Resultó de esta manera una refundición completa de la edición anterior.

La introducción consta de tres partes: autenticidad, carácter literario, carácter teológico de las cartas pastorales. Los argumentos en favor y en contra de la autenticidad son estudiados y discutidos de nuevo. Conzelmann se inclina a considerar no auténticas las cartas que comenta. La situación espiritual de la generación a la cual pertenece el autor no es la de aquella a la cual pertenece San Pablo. Conzelmann se basa ampliamente en los estudios recientes de Campenhausen, quien investigó las etapas de organización jerárquica en la Iglesia primitiva. Mas, como por una parte no puede demostrarse que la Iglesia antes de la muerte de San Pablo no haya alcanzado aun aquella forma jerárquica de gobierno que suponen las cartas pastorales (jurisdicción y delegación de ella se remontan hasta los primeros años) y por otra parte éstas contienen tantas noticias autobiográficas difíciles de interpretar en caso de no ser las cartas auténticas, es preferible seguir sosteniendo la doctrina tradicional del origen paulino. De acuerdo con la tesis del origen no paulino y tardío de las cartas, Conzelmann busca una interpretación teológica independiente de la doctrina de Pablo y en harmonía con la época posterior y su mentalidad más bien "burguesa". La norma de la vida es la tradición, en sentido objetivo, que es inculcada, pero no interpretada y desarrollada en el sentido de la tradición "viva" de la Iglesia católica. No se encuentra en las cartas pastorales una teología homogénea y harmónica. La tardanza de la parusía no presenta más ningún problema inquietante. El cristianismo comienza a acomodarse en este mundo. La exactitud de tal interpretación depende naturalmente de la exactitud de las suposiciones que hace el autor y que no tienen en las cartas una base suficientemente firme y sólida.

Hechas estas reservas, el comentario de Dibelius, también en la forma nueva de Conzelmann, sigue siendo un instrumento de trabajo de primera categoría para el especialista, principalmente por la abundancia de materiales de toda índole que aporta para la recta interpretación del texto sagrado.

B. O.

The Background of the New Testament and its Eschatology (El fondo del Nuevo Testamento y su escatología),

Studies in honour of Charles Harold Dodd, edited by W. D. Davies and D. Daube, Cambridge: University Press 1956, págs. XX y 555 - 70/ - net.

Las 26 contribuciones (4 en francés, 5 en alemán y las restantes 17 en inglés) que constituyen el homenaje que, en este tomo, sus amigos franceses, alemanes, norteamericanos y especialmente ingleses le rinden al Prof. Dodd, se agrupan alrededor de dos temas que, tomados en forma amplia, se indican en el título: "Fondo y raíces del Nuevo Testamento" (1ª parte con 10 contribuciones) "y la escatología del N. T." (2ª parte con 16 contribuciones). Siendo un homenaje al Prof. Dodd es natural que los diferentes articulos vayan precedidos por los datos biográficos del homenajeado y una lista de 89 trabajos (libros, artículos y conferencias) del Prof. Dodd, confeccionada por él mismo hasta 1954 con los escritos que él juzgaba dignos de mencionarse.

Si quisiéramos señalar un rasgo común muy importante de casi todas las contribuciones, diríamos que se caracterizan por un decidido distanciamiento del criticismo liberal del siglo pasado y sus pronunciamientos "dogmáticos" y un abierto y científico acercamiento a la posición tradicional. Los autores reconocen paladinamente los grandes méritos de investigación que "la crítica" puede reclamar para sí, pero señalan también sus fundamentales fallas que consistían en no ver o no querer ver el aspecto religioso e histórico de los acontecimientos.

Veámoslo más detenidamente. *Blackman* (en "El cometido de la exégesis") aboga por una interpretación cristocéntrica de la Biblia (pág. 25). "Podría decirse a este respecto que Cristo es el sentido espiritual de la Biblia" (22). "Cuando el sentido original (literal) de un pasaje se ha establecido, la tarea del expositor es doble: primera, debe referirlo a Cristo y a la doctrina bíblica central de la salvación y segunda, a la situación de nuestros días" (26). *Casey* ("Gnosis, gnosticismo y el N. T.") dice que el gnosticismo y la gnosis no ejercían influjo sobre el N. T. sino que el cristianismo se basaba principalmente en el judaísmo y sus libros sagrados (55). "En el N. T. no hay huellas de la mitologización gnóstica" (79). *Riesenfeld* ("El fondo mitológico del N. T.") afirma que la base sólida es "que los escritos del N. T. atestiguan claramente que el Cristianismo primitivo estaba unido al A. T., a la historia religiosa de Israel y el judaísmo palestinense" y que no hace falta recurrir a las mitologías de otros pueblos (81). *Albright* ("Los recientes descubrimientos en Palestina y el Evangelio de San Juan") rechaza el influjo del mandeanismo sobre Juan y el N. T. (153) y afirma que el fondo de Juan es arameo (154), que la gnosis no influyó sobre Juan ni Pablo (170) y que la doctrina de Juan, "pese a todas las superficiales semejanzas" se halla "separada de las doctrinas de los Esenios" (170).

En el primer estudio de la segunda parte dice *Manson* ("La vida de Jesús: algunas tendencias en la investigación actual"), que Alberto Schweitzer puso sobre la Exégesis (protestante) del siglo XIX el título: Absoluto escepticismo y absoluta escatología (211); después de examinar el "criticismo de formas" afirma que lo que en la vida de Jesús importa no es realmente la teoría escatológica sino su ministerio práctico... en una palabra, lo más significativo acerca del Jesús de la "teoría escatológica... es el elemento no escatológico y aun el antiescatológico". Cita luego afirmativamente a Feine que ya en 1914 decía: "Podemos considerar como resultado de las más recientes investigaciones... que una línea ideológica recta y firme corre desde la predicación sinóptica de Jesús hasta Pablo y Juan, la cual, precisamente, no tiene carácter escatológico. Es la doctrina que por la persona de Jesús ya se disfruta de la salvación como cosa presente, expresado de otra manera, que el "reino de Dios" no es un valor meramente escatológico" (217). *Feuillet* ("El significado de la palabra "Parusía" en el Evangelio de Mateo") trata de probar que la palabra "parusía" no tiene en Mateo el significado que otros escritores bíblicos le dan (261) sino que significa más bien "juicio histórico sobre el pueblo judío" (278). *Stauffer* ("La escatología del 4º Evangelio") expone en el análisis de Mc. 8, 27; Lc. 19, 11; y Act. 1, 6 que "tal vez Cristo no era un apocalíptico en el sentido muy acentuadamente escatológico" como en algunos círculos se solía pensar (282). "Los sinópticos hablan de la histórica humildad y la gloria escatológica de Jesús. El Evangelio de Juan es el Evangelio de la oculta gloria del Cristo histórico" (298). *Cadbury* ("Los Hechos y la escatología") "Los dos aspectos de la parusía que se discuten en el N. T. son su *realidad y* su grado de *proximidad*. Los dos no están totalmente disociados pero baste decir que la actitud de Lucas en el Evangelio no alienta una escatología demasiado próxima" (316). "El elemento escatológico en los "Hechos", tomado en sí, parece muchas veces muy débil (310). *Barret* (en "La escatología en la Epístola a los Hebreos") escribe: El autor recalca "la proximidad del mundo invisible sin insistir en la de la parusía; creyó en realidad que la parusía estaba cerca pero no pone énfasis en su convicción" (391). *Selwyn* concluye su estudio ("Escatología en I Pedro") que la Primera carta de Pedro está encla-

vada en la tradición central del N. T. en que la escatología es en gran parte escatología realizada" (399). *Cullmann* ("Escatología y las Misiones en el N. T.") señala que escatología se hermana muy bien con la propagación de la fe. *E. Schweizer* ("La presencia del Espíritu y la esperanza escatológica") resume su estudio que lo lleva a través de todo el N. T. en la frase que la única obra escatológica decisiva de Dios en el mundo es la "realizada en Jesús de Nazaret", y en el Espíritu llega a tener realidad el nuevo mundo (508).

Esta serie de citas, que ni de lejos pretenden reflejar la gran riqueza de ideas y datos, sin tratar de hacer violencia a los artículos, ponen de manifiesto ciertas tendencias que se encaminan hacia la superación firme y prudente del criticismo exagerado y poco sano que había hecho estragos en el campo exegético, más en el protestante que en el católico. Sin desconocer los méritos no pequeños de investigación que la tendencia liberal ha tenido, nos alegramos que poco a poco se están eliminando sus demasías y congratulamos al homenajeado y a los editores de esta obra casi más por la contribución a este respecto que por el acervo de datos e ideas que presentan.

P. Hoyos

Dr. Heinz Schürmann: **Der Einsetzungsbericht Luc. 22, 19-20** (El relato de la Institución). Tomo XX, cuaderno 4º de "Neutestamentliche Abhandlungen". - Editorial Eschendorff, Münster, 1955. - 1 vol., 16,5 x 25 ctms.; 153 págs.

Como parte segunda de su investigación crítica de las fuentes de la narración evangélica de San Lucas sobre la Ultima Cena (Luc. 22, 7-38) —véase nuestro comentario sobre la primera parte, en R. B., 16 (1954), pág. 35— el autor, profesor de exégesis neotestamentaria en el Studium Filosófico y Teológico de Erfurt, nos entrega ahora el tomo que se refiere al relato de la Institución (Luc. 22, 19-20). Sólo dos versículos, sin embargo relatan uno de los acontecimientos más trascendentales de la historia de la salud: La Institución de la Eucaristía. De los cuatro relatos de la Institución que nos han legado los escritos del Nuevo Testamento, el de Lucas fué tenido, generalmente, en poca estima por los exégetas. Una parte notable de la crítica, especialmente, no-católica lo rechaza aun en nuestros días, considerándolo poco seguro en vista de los muchos problemas sin solución que parecen presentarse con respecto a su forma primitiva. Pero en la actualidad se impone cada vez más la opinión de que el relato extenso de Lucas (22, 19b-20) constituye la tradición textual primitiva. Partiendo de esta tesis, que se considera segura, el autor estudia, en esta parte de su investigación, la relación del texto de Lucas con los relatos de Marcos (Mateo) y Pablo. Es sabido que el relato de la Institución ha venido a nosotros en dos formas distintas, a saber en la versión de Marcos (14, 22-24) y, dependiendo de ella, la de Mateo (26, 26-28), por una parte, y la de San Pablo (1 Cor. 11, 23b-25), que a su vez, se remonta a una fuente prepaulina, por la otra. El texto de Lucas, en cambio, ocupa una posición intermedia entre las dos formas de redacción independientes (las de Marcos y de San Pablo).

Ahora bien, el autor, a través de su minucioso y erudito estudio, llega a la conclusión de que el relato de Lucas (22-19-20) no puede explicarse como resultado de una fusión o recopilación del texto paulino (1 Cor. 11, 23b-25) y la versión de Marcos (14, 22-24), sino que se trata de una variante original, independiente de Pablo, la cual se remonta a un relato escrito anterior a ambos y el que a ambos, Lucas y Pablo, les ha servido de fuente, siendo la reproducción de Lucas más fiel a la composición primitiva que la de Pablo.

En resumen: El texto de Lucas, si bien, literariamente, es el más reciente de los cuatro relatos de la Institución, constituye una versión completamente independiente de los restantes relatos, y conserva fielmente parte de una composición —probablemente aramea— (relativamente) más primitiva y temprana, anterior a los sinópticos, la cual representa la más antigua tradición neotestamentaria.

El estudio del prof. Schürmann, llevado con un método científico original, trae nuevas luces no sólo sobre el discutido relato de Lucas acerca de la Institución, sino, más allá de este problema particular, sobre la historia de la tradición de los relatos eucarísticos del Nuevo Testamento, en general, como asimismo sobre la tradición literaria del Evangelio de Lucas, en conjunto. Entendemos que en la tercera parte del estudio —que aparecerá próximamente— se ampliarán y ratificarán los resultados obtenidos hasta ahora, a la vez que se nos dirá algo más acerca del alcance de aquella supuesta composición preevangélica, de la cual el Evangelio de Lucas, último de los sinópticos nos ha conservado la versión, relativamente, más primitiva del relato de la Institución.

Agustín Born.

Dr. Heinz Schürmann: **Worte des Herrn** (Palabras del Señor). - Editó: St. Benno Verlag, Lipsia, 1955. - Un tomo enc. en tela, 9,5 x 15 ctms.; 411 págs.

Un libro que es una joya, tanto por su presentación gráfica, como por el valor intrínseco de su contenido: Las palabras

de Jesús. Cristo no difundía su divino mensaje en una serie, lógicamente desarrollada, de sermones o discursos, sino en forma de sentencias, parábolas y ejemplos o bien lo revelaba conversando, sobre todo con sus discípulos, y discutiendo con sus adversarios. Al lado de estas "palabras del Señor", celosamente conservadas en la memoria de sus discípulos y trasmitidas por ellos, fielmente, a las primeras generaciones cristianas, los mismos testigos oculares narraban los "Hechos del Señor", relatos de los principales acontecimientos de la vida y de la acción pública de Jesús. Los evangelistas, a su vez, se sirvieron de esta tradición para la composición de sus evangelios, cada uno según su propio temperamento. tradición que entre tanto había tomado formas fijas.

Pues bien, el profesor Schürmann presenta en este trabajo aquella tradición sinóptica que desde los tiempos de Papías se designa como "Palabras del Señor" (esto es, sin las palabras de Jesús contenidas en los pasajes narrativos de los sinópticos y las del cuarto evangelio). Llegando así a 261 unidades, las agrupa en 25 capítulos que presentan otros tantos temas fundamentales del mensaje central de Jesús acerca de la Realeza y Reino de Dios.

Si bien el propósito de esta colección es de orden práctico, o sea, de servir como libro de lectura y meditación, el trabajo supone una extraordinaria labor científica que penetra de lleno en el campo del llamado "problema sinóptico". Así, cuando pretende transcribir en cada caso la tradición o versión, relativamente, más antigua de los textos, haciendo notar, al mismo tiempo. la relación de dependencia literaria entre los tres sinópticos. Cada página trae una sola "Palabra del Señor", que es brevemente comentada al pie de la misma. A cada uno de los 25 capítulos procede una introducción que señala, en apretada síntesis, la conexión intrínseca de los textos siguientes dentro del sucesivo desarrollo del tema central de la Realeza de Dios.

Como decíamos, la obra se presta, maravillosamente, como libro de lectura y meditación, distribuidas a lo largo del año eclesiástico. Su manuable formato de bolsillo, sólidamente encuadernado en tela, hace de él un precioso "vademecum". No menos útil resultará su uso en reuniones parroquiales y círculos bíblicos. También el predicador y el catequista se servirán de él con gran provecho. En fin, una publicación —como hay pocas— que es capaz de hacer saborear las Palabras del Señor y llevar a la inteligencia de la Buena Nueva del Reino de Dios, médula del mensaje del Divino Maestro.

Agustín Born

Jesús Díaz: Enquiridión Bíblico Bilingüe. - Edit. AFEBE, año 1954. - Págs 559.

Tenemos hoy el placer de poder ofrecer a nuestros lectores una "herramienta" preciosa para el trabajo exegético. Tanto el profesor de Sagrada Escritura como el estudiante encontrarán en el presente Enquiridión una verdadera ayuda en sus tareas, pues nos ofrece todos los documentos al respecto desde el siglo II, el Fragmento Muratoriano, hasta las últimas respuestas de la Comisión Bíblica. La versión castellana de los textos y documentos hacen posible que también nuestros laicos, evidentemente siempre más interesados en los estudios bíblicos, tengan a mano la enseñanza auténtica de la Iglesia en cuanto a las cuestiones más difíciles y delicadas de la Sagrada Escritura. Muy oportuna es también en este sentido la "Introducción" sobre el valor doctrinal y la historia de los documentos y libros sagrados.

No podemos menos de felicitar y agradecer a la "Asociación para el Fomento de los estudios bíblicos en España" como asimismo al docto autor por esta magnífica aportación hecha a los afanes por un mejor y más profundo estudio exegético. Tenemos la esperanza de ver pronto en las manos de muchos estudiosos esta obra.

G. S.

P. Jesús Bujanda, S. J.: El origen del hombre y la teología católica. - Edit. Razón y Fe, Madrid, 1953. - Págs. 330.

Ciertamente ya no es ningún desconocido el P. Bujanda, por sus varios libritos de teología que ha brindado a los países de habla española. El autor quiere ofrecer a la persona no versada en las disciplinas teológicas, un texto adaptado a sus posibilidades, para abrirle las riquezas del dogma y moral católica, como asimismo prepararla para un ambiente hostil a la visión cristiana-católica del mundo. Así también este libro, trata de uno de los problemas más interesantes y debatidos para el hombre moderno. Comienza la obra con el planteo de la cuestión para seguir estudiando el transformismo en general y en su aplicación al hombre, su relación con la teología. En dos capítulos sigue la investigación acerca del poligenismo en su aspecto científico y en su relación con la doctrina católica. En un último capítulo, diríamos como apéndice, porque está prácticamente fuera del tema, se estudia el problema de la posibilidad de vida en otros astros. Vemos por esta enumeración que son actuales y debatidos los tópicos que el P. Bujanda estudia en esta su obra. A la altura de las investiaciones científicas

a que nos encontramos valen las palabras del Sumo Pontífice, que para una firme y absoluta adhesión al transformismo hay que esperar todavía datos más exactos de las ciencias.

G. S.

Jean Lasserre: Der Krieg und das Evangelium (La guerra y el Evangelio). - Chr. Kaiser Verlag, München 1956, págs. 319.

El presente libro es la traducción alemana de: "La guerre et l'Evangile" del pastor protestante francés Lasserre, ligeramente abreviado en algunas partes.

Nosotros en el hemisferio Sur, lejos de las guerras, los destrozos y muertes que produce no sentimos la candente actualidad del problema "pacifista". En Europa y aun más entre los protestantes que entre los católicos arde y quema el problema. El autor es antimilitarista y antibelicista; con seriedad y honradez trata de probar su tesis con el Evangelio en la mano. No se cierra a las tremendas realidades que significa una Iglesia bajo el yugo comunista y ateo militante. Lo sabe y con ojos abiertos dice que preferiría subir a ese Calvario a tomar las armas y renegar así del espíritu del Evangelio. Resume su posición con estas palabras: "Se nos dirá que la tesis antimilitarista lleva la Iglesia a la crucifixión. Sin duda alguna, ése sería el resultado. Pero ese sería, precisamente también, la gloria de la Iglesia. Mientras hoy con su Evangelio falsificado ella misma se despoja de la cruz y de la gloria".

Los textos interpretados por el autor y el espíritu general del cristianismo no autorizan, ciertamente, al autor a hablar de un "Evangelio falsificado" que, según él, poseerían y defenderían los que creen que una guerra defensiva es lícita cuando protege y ampara los valores más sagrados de la humanidad y del cristianismo. Es fácil escribir como lo hace el autor cuando no se vive en Hungría. También los judíos de los tiempos Macabeos aprendieron a defenderse contra los atacantes el día Sábado.

En el fondo, sin embargo, estamos con el autor condenando las guerras en general, pero no creemos que el Evangelio y Cristo prohiba la autodefensa que un individuo o una nación practique al ser injustamente atacados. Pío XII señaló la obligación de defender vida y Patria en casos extremos de defensa.

P. Hoyos.

Juan von Campenhausen: Die griechischen Kirchenväter (Los Padres Griegos). - Editorial W. Kohlhammer / Stuttgart, 1955. - 172 págs. - DM. 3,60.

En un tomito de 172 páginas de la serie de ediciones científicas de bolsillo condensa y presenta von Campenhausen la vida, obra y doctrina de 12 "Padres" de la Iglesia Oriental que por su rica personalidad y la irradiación de su espíritu merecen una atención especial: Justino, Ireneo, Clemente Alejandrino, Orígenes, Eusebio de Cesárea, Atanasio, Basilio, Gregorio de Naciano y de Nisa, Synesios de Cirene, Juan Crisóstomo y Cirilo de Alejandría. Como se ve de este catálogo, el autor toma el nombre "Padre" en sentido amplio de escritor eclesiástico o teólogo escritor de la Iglesia antigua.

No se trata en esta obra de una breve "Historia del dogma", sino su fin es proyectar a los Padres sobre el fondo histórico de su época, delinear con trazos breves y acertados su personalidad y, de modo especial, destacar su importancia para la Iglesia de sus días. Un ejemplo nos puede ilustrar lo antedicho: Basilo, el estadista eclesiástico, monje y teólogo, difunde por toda la Capadocia la doctrina de San Atanasio, la lleva a su triunfo, poniendo así un sólido fundamento a la Iglesia, muy atribulada por los disturbios arrianos. Asimismo por la lectura de tal libro, llegamos a comprender mejor el "pensar" oriental, que hoy día nos es tan extraño. Digno de mención es la abundante literatura que encontramos al fin de cada sección, de mucha utilidad para un estudio más amplio.

Sería muy de desear, que también de los demás Padres Griegos se elaborara tales ensayos históricos-personales, los cuales, aunque no de tanta importancia, ciertamente han cooperado, a formar y caracterizar a la Iglesia de su tiempo.

H. Schulte, S. V. D.

SECCION LITURGICA

La Pastoral, clave de la historia de la Liturgia

Cristo el Señor enseñó a Su Iglesia y le dió los Sacramentos, sobre todo la Eucaristía, un tesoro precioso que la Iglesia lleva con reverencia a través de los siglos. Pero la Iglesia no sólo ha conservado y cuidado este tesoro, sino que también ha desarrollado, y rodeado de ricas formas, creando en el curso de las centurias lo que llamamos la Liturgia de la Iglesia.

La Liturgia tiene una larga historia, una historia casi tan llena de eventos como la de la propia Iglesia, Esta historia fué objeto de numerosos estudios en los últimos siglos, empezando por las primeras tentativas en la época del Concilio Tridentino, pasando por los grandes volúmenes de los Maurinos y continuando hasta los doctos trabajos de nuestro siglo. En un principio, estos estudios debían contentarse con constatar hechos, poner de relieve conexiones y evoluciones y destacar los factores de tales evoluciones, factores que muchas veces tenían su raíz en circunstancias exteriores, culturales, políticas, así como en corrientes generales, espirituales e intelectuales del respectivo tiempo.

Pero cuanto más iban madurando los frutos de este trabajo de investigación, tanto más se llegaba a descubrir la acción de las fuerzas *secretas* que obraban en la Liturgia desde adentro. La Liturgia es como un árbol: si bien fué creciendo en medio del cambiante clima de la historia del mundo con sus tiempos de tempestad y de florecimiento, sin embargo su crecimiento viene desde adentro, de las fuerzas vitales mismas que le han dado su origen. La Liturgia es la vida de la Iglesia con su rostro vuelto hacia Dios, de la Iglesia que es comunidad de todos aquellos que mediante el bautismo han llegado a ser miembros de Cristo y se congregaban cada domingo para celebrar la memoria del Señor, conducidos por el ministerio de los sacerdotes.

Decíamos: conducidos por el ministerio de los sacerdotes. El oficio sacerdotal tenía en todos los tiempos por su principal misión el realizar el culto divino al frente de la comunidad reunida. Una misión especial le incumbía, además, en aquella época en la que las formas del culto se encontraban todavía en evolución, a saber: crear formas y determinar su orden. Pues bien, ¿cuáles eran los puntos de vista según los cuales se creaban esas formas? ¿Dónde hallamos la llave que nos revele el secreto de esas formas de la palabra, tan variadas y, para nosotros hoy, muchas veces inexplicables; de ese alternar entre lecturas bíblicas, canto y oración; esa riqueza de los movimientos y ceremonias? ¿Por qué, en fin, esa multiplicidad de formas?

Encontramos la respuesta en la solicitud del ministerio eclesiástico por la Iglesia, por la Iglesia como totalidad de los fieles, por la Iglesia cual "plebs sancta" que bajo la dirección de sus pastores ha de ofrecer a Dios, ya en esta existencia terrenal, un digno culto de oración y sacrificio, y santificarse de esta manera. Esta solicitud pastoral ha sido decisiva en la determinación de las formas del culto divino; ella comprende varios aspectos.

I

Lo primero que había de conseguirse —lo cual se halla realmente cumplido en la Liturgia— es esto: Por medio de la Liturgia *debía ser congregada la Iglesia.* El Señor instituyó su fundación como un banquete común. En efecto, vemos como los fieles de la primera generación celebraban la Fracción del Pan *"per domos"*, en pequeñas comunidades, de casa en casa. Las comunidades se tornan luego más

grandes: se levantan iglesias, basílicas y maravillosas catedrales. Pero siempre se conserva la conciencia de que la Iglesia por la cual Dios debe ser glorificado no consiste, al fin y al cabo, en el edificio de piedra levantado por manos humanas, por más grandioso que sea, sino siempre y en primer lugar en aquella morada que el mismo Dios se ha preparado *ex vivis et electis lapidibus* (de piedras vivas y escogidas), esto es, por lo tanto, no sólo en los ministros consagrados que están junto al altar, sino en la totalidad de los fieles, a quienes aquéllos están llamados a dirigir. Por eso vemos como la Liturgia se empeña en establecer y hacer visible a esa comunidad de los fieles en el espacio de esta tierra. El pueblo de Dios había de ponerse de manifiesto y en realidad se le ve y oye en mil y mil lugares. Los fieles se congregan en torno al hombre consagrado y revestido de poder sacerdotal, y así se eleva su común oración a Dios.

Las más antiguas formas de la Liturgia muestran ya claramente que no se pretendía un culto en que el obispo o sacerdote pronunciase, para sí solo, formulas misteriosas, en tanto los fieles estuviesen presentes únicamente como testigos mudos. Por el contrario, pronuncia oraciones en nombre de los fieles, en voz alta e inteligiblemente, y las dice en plural: *nosotros* oramos, damos gracias, ofrecemos *nosotros* alabamos y glorificamos. Más aún: al comenzar su oración los invita a unirse a él activamente: *Gratias agamus,* celebremos *nosotros* el sacrificio de alabanza: *Oremus.* oremos *nosotros.* Y a fin de hacer todavía más urgente su invitación, primero dirige un *saludo* a la asamblea; *Dominus vobiscum,* un saludo que exige una *respuesta: Et cum spiritu tuo.* Sólo entonces pronunciaba la oración, la oración de todo el pueblo de Dios que se halla reunido en torno a él: *populus tuus, Ecclesia tua, plebs tua sancta* (tu pueblo, tu Iglesia, tu pueblo santo). Y después de haber pronunciado la oración, espera de parte de la asamblea un nuevo asentimiento por medio de la palabra *Amén,* que es, por así decirlo con San Agustín, la firma con que el pueblo ha de rubricar su oración: *"Amen dicere subscribe est"* (Serm. Denis 6, 3).

Desde los tiempos más primitivos se le daba especial importancia a este *Amen,* cuya primera Apología se encuentra en el relato más antiguo sobre la celebración eucarística de la Iglesia, y un relato doble habla sólo brevemente de la entrega de las ofrendas y de la oración de gracias que el "presidente" eleva al Padre del universo, pero las dos veces menciona ese *Amen,* y lo hace con visible orgullo—subrayando que era pronunciado por todo el pueblo y explicando, expresamente, a sus lectores paganos el significado de aquel vocablo hebreo que significa: Así sea.

Es este orden del orar litúrgico, que no sólo se encuentra en la liturgia romana sino en todas las liturgias cristianas, la voz de la Iglesia Primitiva, la voz de las primeras generaciones. Aquí nos hallamos ante la más antigua y venerable tradición de la Iglesia en el campo del culto. Porque no sólo en el *Amén* percibimos todavía hoy día la voz de los Apóstoles y del propio Señor nuestro, sino que el mismo saludo y su respuesta hacen notar aun claramente las características del idioma de entonces. En verdad, no se podía expresar más nítidamente el que la joven Iglesia quería que se entendiese su culto como un asunto de toda la comunidad.

La joven Iglesia traspasa la frontera de la tierra de la Biblia y se extiende por el mundo de la cultura helénica y de los pueblos de habla griega. Y lleva a ellos su tradición, no sólo la tradición de su doctrina sino también la de su liturgia, esa tradición litúrgica de la que acabamos de hablar, o sea, el principio de que el culto divino debía ser un asunto de toda la comunidad. El culto conserva entonces todas las características de su país de origen, pero para la oración y la lectura la Iglesia ya no retiene el arameo o hebreo, sino que adopta la lengua de las nuevas naciones, aunque no los dialectos de las distintas tribus del Asia Menor o de Iliria, pero sí la lengua de la literatura y de la comunicación escrita, el *griego,* que se entendía, más o menos, en todas partes. Y más tarde, cuando la comunidad cristiana de Roma misma rompe el círculo de la colonia griega, llegando a tener preponderancia la población latina, se realiza en el tercer siglo una nueva transformación de la lengua cultural: el paso de la griega a la latina. Desde entonces se

ha ido formando la liturgia latina de Roma, la liturgia de aquella lengua que entre los pueblos de Occidente continuaba siendo por más de un milenio no sólo la lengua de la literatura sino también la de la clase ilustrada y, por supuesto, la de todas las reuniones eclesiásticas. Por eso mismo podía continuar siendo la lengua de la Liturgia.

Si, por una parte, se impuso una ley de constancia, haciendo que el latín llegase a ser una lengua sagrada, observamos, por otra, precisamente en Roma y hasta los principios de la Edad Media, una sorprendente flexibilidad de las formas litúrgicas hasta tal punto que puede hablarse, en cierto sentido, de una pastoral litúrgica. En efecto, observamos como la Liturgia no sólo toma en cuenta el carácter nacional del pueblo en conjunto, sino que, incluso, hace caso al sentimiento localista de los fieles en tal o cual *ciudad* concreta y hasta en un determinado *barrio*. En la liturgia estacional sucede muchas veces que las lecturas están elegidas de modo que tienen relación con el respectivo santuario o sus alrededores. En Sexagésima, la estación es *ad Sanctum Paulum;* con este motivo se le hace narrar a San Pablo la historia de su vida. Otro día, la estación es la Iglesia de los Santos Cosme y Damián, un lugar de peregrinación muy frecuentado; de ahí que la lectura aluda al entusiasmo de los peregrinos, previniéndoles, con las palabras del profeta, a que no digan con presuntuosa confianza: *templum Domini, templum Domini*. O viceversa: otra vez se traslada la celebración estacional a la iglesia de un cementerio, en San Eusebio, para aludir al bautismo leyendo el pasaje de la resurrección de los muertos.

Ahora bien, precisamente por acomodarse la liturgia a la idiosincrasia del pueblo y del lugar de la época de origen de las formas litúrgicas, al trasladarse estas formas a otros lugares y otros pueblos, necesariamente se originaban tensiones desfavorables. Porque la Liturgia, en efecto, no podía crearse cada vez de nuevo, sino que debía conservarse y trasmitirse por lo menos en su sustancia. No sólo se exigía adaptación, sino también —en cuanto fuera posible— piadosa conservación y fiel transmisión. Pues Liturgia es una palabra sagrada; Liturgia tiende a evitar el cambio inquieto, queriendo participar, en algún modo, de la quietud de Dios y comunicar así a los fieles algo de la paz de Dios.

Al trasladarse las formas litúrgicas de país en país, surgía esta pregunta: ¿Hasta qué punto debían adaptarse y hasta qué punto habían de mantener la tradición? ¿En qué medida debía tomarse en cuenta el respectivo carácter nacional y las necesidades de cada lugar y época? Aquí había *distintas soluciones* posibles, según las circunstancias del tiempo.

Un elemento del culto, a saber, la predicación, se adaptaba siempre a cada pueblo y a las necesidades de los que *hinc et nunc* (en un lugar y momento concretos) se hallaban reunidos. La Iglesia ha defendido siempre este derecho, aun cuando se trataba de minorías étnicas y grupos pequeños. Y donde la predicación y la catequesis ya no podían desarrollarse debido a circunstancias políticas desfavorables —como sucedía durante siglos en algunos pueblos de Oriente— la Iglesia daba el paso a las lenguas nacionales en general o por lo menos para aquellas partes del culto que más de cerca afectaban a los fieles. Así, por ejemplo, hacía uso de las nuevas lenguas especialmente del árabe, para las lecturas y las letanías que el diácono había de pronunciar junto con el pueblo.

Otras veces, como en nuestros tiempos, permitía el paso a la lengua vulgar por lo menos en la administración de los sacramentos y las demás funciones del ritual. Las ceremonias de la celebración del matrimonio y las oraciones del entierro habían de ser efectuadas de tal modo que los asistentes, también mediante la palabra, pudiesen captar la trascendencia de la hora a la luz de las grandes verdades y fuesen capaces de elevar su mente a Dios en la oración común. Hasta para el culto dominical, al menos en cuanto éste se realice sobre la base de la Misa rezada, queda abierto un amplio campo para la oración y el canto colectivos de acuerdo con las formas de la Liturgia.

II

En todos los tiempos, la liturgia tenía el propósito de congregar a los fieles a fin de que puedan estar delante de Dios como Iglesia, como pueblo de Dios. Pero la Liturgia se proponía también *llevar a los fieles a un cristianismo consciente.*

En el curso de su historia, la Liturgia ha ido creando una abundancia de formas (sobre todo, formas de la oración), de la cual nos es familiar hoy día sólo una parte pequeña.

La Iglesia jamás se contentó con ejecutar solamente los signos sacramentales que le fueran ordenados por su Fundador. No se conformaba con derramar agua sobre la cabeza del catecúmeno, sino que, ya en el siglo III, bendecía el agua baustimal con una solemne oración y llevaba al bautizando por varias etapas al sacramento de la regeneración. No se contentaba nunca con trasmitir el poder sacerdotal sólo por medio de una simple imposición de manos, sino que, desde temprano, rodeaba este acto con significativos ritos y oraciones. No se contenta tampoco con pronunciar las sagradas palabras sobre el pan y el vino, sino que va conduciendo, como por una escala ascendente, grada por grada, hacia la cumbre de la acción sacramental.

Ahora bien, ¿qué objeto tiene esa riqueza y ese derroche de formas, particularmente de formas de la palabra? ¿Por qué esa determinada estructura de las oraciones? ¿por qué ese desenvolvimiento de las ideas de la fe durante el curso del año litúrgico? En la encíclica *Mediator Dei,* el Papa Pío XII, hablando del conocido axioma: *Lex orandi est lex credendi* (la ley de la oración es ley de la fe), pone en su contraste el orden invertido de las palabras de esa fórmula: *Lex credendi est lex orandi* (la ley de la fe es la ley de la oración). No cabe duda: con motivo de las funciones sagradas, la Iglesia ha procurado siempre expresar en la oración la conciencia de su fe con toda sencillez delante de Dios, pero también, al mismo tiempo, delante del pueblo fiel. De esta manera, el mundo sobrenatural en que vivimos como redimidos, había de revivir cada vez que la Iglesia se reunía en oración, y los fieles serían llevados así a un cristianismo consciente, y conservados en él. Así como los mosaicos de los ápsides de las antiguas basílicas romanas hacen surgir ante los ojos del que entra en el templo, la Jerusalem celestial a la que estamos llamados, y al Cristo triunfante que es nuestra esperanza, y los torrentes del paraiso que nacen al pie de la cruz del Señor, cual torrentes de vida, de la misma manera la palabra de la oración y de la lectura han de volver a nuestra conciencia las grandes verdades de la fe.

Con razón se ha dicho que las versiones más antiguas de la oración principal de la Misa, la Gran Oración Eucarística, tiene mucha similitud con la formulación del Credo. De ahí que al prefacio, a veces, se le daba nombres que con la misma razón podrían aplicarse al Credo. Por ejemplo, cuando se le llama *praedicatio o* simplemente *exomologesis* (profesión de fe). En verdad, en esa "profesión" de fe orante encontramos a cada paso, sobre todo en las fórmulas más antiguas, precisamente aquellos pensamientos de la fe que son fundamentales para el cristiano. La oración litúrgica era al mismo tiempo un catecismo de la doctrina cristiana. Ciertamente, no un catecismo con muchísimos puntos doctrinales detallados, con distinciones sutiles y múltiples enumeraciones, pero sí un catecismo en el que los pensamientos decisivos de la fe están resumidos de una manera fácil y atractiva, especialmente aquellos pensamientos que son motivos de alegría.

La principal oración de la Misa está concebida, desde el principio, como oración de acción de gracias. Se nos llama a dar gracias con la invitación: *Gratias agamus.* En verdad, desde que se cumplió aquello que Dios "nos arrebató del poder de las tinieblas y nos trasladó al reino del Hijo de Su amor" (Col. 1, 13 s), ya no podemos hacer nada más ni dar a Dios otra respuesta que la acción de gracias: *semper et ubique gratias agere,* porque la obra de Dios en nosotros era pura gracia, absolutamente gratuita y sobreabundante. Cuán importante es que

esta idea llegue a ser el sentimiento fundamental del cristianismo creyente: Cristianismo no es una carga ni un deber molesto, sino gracia suprema. En verdad, la liturgia tiende a llevar a un cristianismo consciente.

Ahora bien, en el lenguaje de oración de las liturgias cristianas más antiguas y todavía en la de la liturgia romana actual, hay además esta característica: cada oración, cada colecta, etc., cada prefacio y, sobre todo, el final de la Oración Eucarística está construído de modo que asciende a Dios *"per Christum Dominum nostrum"*, *"per Dominum nostrum Jesum Christum"*, *per Ipsum et cum Ipso"*. Esto también se remonta a la época más temprana de la Liturgia. Escuchando estas palabras, cada vez de nuevo, y respondiendo a ellas con su *Amen*, los fieles no podían menos de recordar constantemente que nos es dado presentarnos delante de Dios sólo porque Cristo nos precedió, siendo nuestra Cabeza y Señor nuestro, el Resucitado que pasando por la muerte adquirió la vida para nosotros. Esta sola palabra repetida siempre de nuevo debía de ser suficiente para hacer entender a los fieles que el cristianismo no era cualquier colección de enseñanzas y mandamientos, sino la Buena Nueva de Cristo quien quiere volvernos al Divino Padre; que el cristianismo era, en su esencia, unión y vida con Cristo.

Pero esta palabra acerca del único Señor en quien encontramos la salud, desde el principio también era desarrollada y expuesta. Se explaya en las lecturas. Y la última de las lecturas era siempre, ya en la antigüedad cristiana, aquella en la que el mismo Cristo aparecía hablando y obrando: el Evangelio. Por eso, cuando se anuncia esta lectura, saludamos todavía hoy al Señor como estando presente: *Gloria tibi, Domine.* Estas lecturas estaban destinadas para los oídos de los fieles: por eso se leían desde el ambón y de cara al pueblo; y muchas veces les precedía una voz de atención: próschomen, que quiere decir: Prestad atención: Y nuevamente es desarrollada y expuesta esta palabra por la serie de festividades que la Iglesia celebra desde tiempos antiguos. Todas las solemnidades que celebramos en el curso del año eclesiástico no son sino, de alguna manera, festividades del Señor: la solemnidad de su nacimiento y su epifanía, la memoria de su pasión redentora y de su triunfo pascual, de su ascensión a los cielos y del envío de Su Espíritu; y, otro tanto, las festividades de Su Madre, de Sus Apóstoles y fieles amigos. Y, finalmente, semana por semana, el día de Su memoria, el domingo, Dominica: el día del *Dominus noster;* o como se llama en griego: *kyriaké,* el día de nuestro *kyrios,* porque es el día en que completó, mediante Su victoria pascual, la obra de la redención.

Cuando de esta manesa la figura y la obra del Señor se presenta ante los ojos espirituales de los fieles, semana por semana y año por año, ellos debían tomar conciencia de lo que significaba ser cristiano. Mientras los fieles entendían este lenguaje y quedaban impresionados por él, no podían caer en error, aun cuando sus demás conocimientos eran modestos, aunque no conocieron las sutiles distinciones de los teólogos. Así se comprende que durante muchos siglos podía existir una pastoral eclesiástica en la que no se conocía una catequesis sistemática; en la que se predicaba sólo o casi solamente por boca del obispo; en la que aún no existía la múltiple instrucción por medio de la prensa. Y, sin embargo, vivía un cristianismo floreciente, porque las grandes verdades del cristianismo se mantenían vivas por medio de la Liturgia.

Si la Iglesia no se cansaba de presentarse, vivamente, a los fieles la figura y obra del Señor, no hacía otra cosa que lo que el mismo Señor le había ordenado en sus últimas horas diciendo: "Haced esto en memoria mía". Si bien en estas palabras se expresaba en primer lugar la misión de realizar el misterio sacramental, implicaban también la exhortación a Su Iglesia de hacerlo de tal modo que sus fieles no se olvidaran de El; que no se olvidaran de lo que significa para ellos el hecho de que El es el camino, la verdad y la vida de los suyos. En efecto, la Liturgia lleva a un cristianismo consciente.

JOSEF A. JUNGMANN.

La Reforma del Breviario

Dentro de los límites impuestos por su objetivo, el Decreto (de simplificación de rúbricas) parece establecer premisas seguras para el divino oficio del futuro: premisas que yo resumiría de esta manera: 1) una *rehabilitación del "temporal"*, con la consiguiente reducción del número y del rito de las fiestas del "santoral"; 2) una *rehabilitación de las estaciones litúrgicas privilegiadas,* particularmente de la Cuaresma, que la reducción de los oficios de los santos desde simples a meras conmemoraciones nos permite contemplar; 3) una *rehabilitación del salterio* como elemento fundamental del oficio, con el regreso a la mayor fidelidad en su recitación periódica; 4) una *rehabilitación de las lecciones* y de su fin didáctico y formativo; y 5) *eliminación de los elementos adventicios* y restablecimiento de una estructura más sencilla y más lógica de cada una de las horas.

¿Se limitará la reforma a esto o alcanzará problemas más graves y esenciales, y, por lo tanto, se propondrá modificaciones de mayor alcance? — problemas que, dentro del marco que se ha impuesto, el presente Decreto no tenía intenciones de tocar y que quizás deliberadamente excluyó, durante una consideración decisiva de ellos en vista de una determinación final.

Mientras aguardamos con serena confianza y plenitud de devota atención a la obra de la maternal solicitud de la Iglesia, nos parecería sumamente irreal el ignorar estos problemas, que —tocados o emprendidos seriamente (a veces sin preparación y con una presuntuosa impetuosidad) en los escritos que desde medio siglo han tratado de la reforma del breviario— reflejan condiciones y esperanzas y deseos que no sería prudente ni justo pasar en silencio.

Me parece que hay el deber de considerar los problemas que la presente simplificación no toca, pero a los que el espíritu pastoral parece colocar ante la atención de nosotros, que sentimos que el breviario no significa una carga en la vida del clero —el *onus diei* que se lleva pasivamente y sin voluntad y que tendemos a sacudir como un peso indeseado—, sino más bien un medio de edificación personal y pastoral, una tarea privilegiada, el *opus Dei.*

El primer problema es éste: ¿debe el oficio del clero secular continuar siendo modelado sobre las líneas del oficio monástico?

Porque —y no hay duda en ello— históricamente, el clero secular tenía su oración independientemente de la del monasterio; y es fácil observar que los tres nocturnos y algunas de las Horas —el *Officium capituli* en Prima, Completas, Tercia, Sexta y Nona— responden a las exigencias y sobre todo a las posibilidades de una comunidad religiosa que consagra su tiempo entre la oración y el trabajo; pero con dificultad los nocturnos y las horas menores pueden insertarse como oración en la vida del clero secular y del pueblo. En realidad, solamente por un largo y lento proceso las horas menores pasaron del monasterio al clérigo. Además, si no en el marco general de las horas, al menos en su disposición interior, el breviario del clero difiere del monástico.

El problema se hace más agudo si pensamos en el oficio donde participa el pueblo. La difusión de traducciones del breviario, la costumbre que ha arraigado entre ciertos grupos escogidos de rezar alguna hora particular del oficio divino (Prima, por ejemplo, o Completas) ha llegado en nuestros tiempos a revelar en los seglares una estima y gusto del breviario que puede decirse que contrapesa la impaciencia mostrada aquí y allí entre los eclesiásticos.

En realidad el pueblo cristiano ha tomado siempre una parte, una parte propia suya, en la *laus perennis* — en los antiguos días una parte en las solemnes Laudes y Vísperas; y esa costumbre todavía está ampliamente extendida en lo tocante a las Vísperas festivas.

¿Debe el oficio a que el pueblo es invitado, ser, como sucede al presente el mismo del clero El problema no toca aquí la inclusión o exclusión de horas específicas, como en la pregunta anterior, sino la estructura de aquellas horas a que el pueblo es invitado.

Hay también el problema de la estructura del oficio divino o de sus partes, un problema que se presenta como uno de los primeros de la reforma.

Es evidente que hoy el oficio tiene siempre una estructura coral y supone una recitación coral. La recitación privada —que es ahora normal para la gran mayoría de los obligados al oficio, ya del clero secular o ya de casi todas las congregaciones religiosas— debe adaptarse a reducir el constante diálogo a un monólogo; una adaptación que la costumbre hace fácil y como inadvertida; pero que fracasa porque es intrínsecamente ilógica.

Por otro lado, es verdad que, aun rezado privadamente, el oficio es siempre una oración pública, y la forma coral parece a algunos que refleja más claramente ese carácter de oración pública.

Pero de estos dos aspectos ¿cuál favorecerá mejor la adhesión de la mente y será de uso más práctico para la oración? Una simplificación del oficio en el sentido de eliminar todo lo estrictamente coral llevaría a la supresión en el rezo privado de los himnos y los invitatorios, pero no necesariamente los versículos, los responsorios y todavía menos las antífonas — que pueden servir para indicar el significado de los salmos y también la razón para su uso en el momento litúrgico particular. Además, esta supresión, aun la más radical, no significaría que la Iglesia tuviera que abandonar o engavetar el patrimonio musical de sus antifonarios gregorianos. La forma coral permanecería siempre en su estructura natural, pero solamente para uso del coro monástico o capitular — allí sería lógica; y solamente en el coro es donde este precioso patrimonio melódico todavía se conserva vivo y puede seguir siéndolo.

Un segundo problema, que es más que nunca de tipo pastoral, debe ahora atraer nuestra atención.

Desde los tiempos del Renacimiento en particular, algunas prácticas de piedad individual han encontrado su camino en la organización de la vida ascética, las que, primero la costumbre y luego el derecho canónico, han hecho, al menos indirectamente, obligatorias para el clérigo: la meditación, las visitas al Santísimo Sacramento, el rosario, el examen de conciencia, a las que pueden añadirse la lectura espiritual.

Como resultado de ello, hay en la vida de un sacerdote dos series de actos casi paralelos, que la inteligente ascética de los santos y maestros de la vida espiritual (cito por ejemplo al abad Chautard y al abad Marmión) ha tratado de ligar; pero que en la carrera normal "non contuntur", no tienen "pacífica coexistencia", de suerte que, en la concurrencia, una u otra es sacrificada.

No puede negarse que hoy Maitines, Laudes y Prima de una parte, meditación y santa Misa y la acción de gracias de otra, forman una carga muy pesada en la primera mañana del sacerdoe, que no se reconcilia fácilmene con los deberes de su ministerio — el confesonario, la predicación, la catequesis, etc.

La anticipación del oficio nocturno (incluso Laudes) a la tarde del día precedente puede aliviar el peso; de hecho se recomienda por todos los que tienen cuidado espiritual del clero. Pero en conjunto no puede mirarse como solución ideal, aunque se preste poca atención —para los Laudes en particular— a los textos litúrgicos. Ha parecido por largo tiempo que las más imposibles contradicciones habían sido admitidas en la liturgia, cuyos textos acabaron por convertirse en nada más que documentos de una edad irremisiblemente ida.

Ahora, sin embargo, la Semana Santa restaurada nos ha devuelto la esperanza de ver todavía al sol de la mañana levantarse y oír el canto del gallo a la aurora.

Volviendo al problema, nos preguntamos si no debe tomarse seriamente en consideración la dificultad que sacerdotes de virtud ordinaria encuentran en desempeñar dos corrientes de obligación: el oficio divino y la prácticas piadosas prescritas por el código. Como muchos expertos en la dirección espiritual del clero lamentan la facilidad con que la meditación y otras piadosas prácticas se descuidan y finalmente se abandonan, mientras no pocos testigos, en modo alguno sospechosos, declaran que hoy el breviario es abandonado en todo o en parte,

o, generalmente, se dice en una manera formalística, ciertamente con un sentido laudable del deber, pero sin comunicar inspiración y alimento a la vida espiritual.

Evidentemente, cualquier solución del problema debe tener en cuenta el hecho de que en la vida cristiana la oración individual no puede faltar: "Cuando orares, ve a tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre en secreto". Por otra parte, la Iglesia no puede prescindir de la oración pública.

Pero esto no quiere decir que la una no pueda alimentar a la otra; que las lecciones de Maitines, por ejemplo, no puedan suministrar pábulo a la meditación y los salmos de Laudes no puedan dar los afectos que la concluyen.

Creo que existiendo, y, podría decir, con urgencia, el problema, es claro que la unidad de la vida espiritual tiene que ganar de todos modos con una unión que simplificara y redujera las cargas, mientras revitalizara la actividad ascética del sacerdote.

Juntamente con estos problemas de naturaleza general, dependientes de ellos y relacionados con ellos, hay otros de un orden más particular, que se refieren a la estructura interna del oficio divino.

El primero concierne al salterio.

No pienso que hay fundamento para la objeción que aparece aquí y allí contra el carácter religioso de ciertos salmos (los salmos imprecatorios, por ejemplo, y los que exaltan una santidad formal y legal), como si los sentimientos inspirados por el Espíritu Santo no pudieran encontrar lugar en la dirección del alma cristiana. El Nuevo Testamento no los ha rechazado, y a veces —como en la referencia en Act. 2 al Salmo 108— ha apuntado una auténtica interpretación, válida también para nosotros. Y sin embargo no parecería inadmisible que ciertos salmos, más ajenos y difíciles para nuestra espiritualidad, fueran usados como lecturas.

El salterio todo, por tanto, según la mejor tradición, debe continuar siendo parte del breviario; los salmos como oraciones serán distribuídos dentro de un período más corto o más largo, según un criterio pastoral que asegure al sacerdote el alimento espiritual que necesita y a la Iglesia una continua oración; mientras deje a la obra del apostolado el tiempo necesario y el descanso necesario: "pero nosotros nos entregaremos a la oración y al ministerio de la palabra" (Act. 6, 4).

También habrá que tener en cuenta el desarrollo eventual que la reforma podría reservar para las otras partes de ciertas Horas —Completas, Tercia, Sexta y Nona—, se espera que tengan siempre los mismos salmos.

Para resumir, parecería menos conveniente que los salmos se distribuyeran *per hebdomadam;* una distribución quincenal, antiguamente usada en el breviario ambrosiano, significaría por cierto una notable aligeración. Sin embargo, no parece que se excluya una distribución *per mensem;* o para cuatro semanas con un suplemento; particularmente si las Horas menores arriba mencionadas fueran a repetir los mismos salmos cada día.

La repetición periódica es tradicional en la liturgia de alabanza; por esa razón nos parece preferible a una distribución del salterio según las estaciones del año litúrgico, apropiando ciertos salmos a Cuaresma o Pasión, otros al Adviento, otros al Tiempo Pascual, etc.

La apropiación de salmos a circunstancias particulares parece más bien algo que debe reservarse a las grandes solemnidades: el presente Decreto apunta ya ese camino.

De la mayor importancia es el problema de las lecciones, dado el lugar que tienen en todo el oficio, especialísimamente en los nocturnos. El Decreto que trata de la simplificación de rúbricas, como ya lo hemos indicado, muestra su intención de restaurar su plena función didáctica y ascética a las lecciones. Si en la deseable conexión de la oración litúrgica con las formas de piedad privada, los Maitines abren el camino a la meditación, las lecciones se convertirán entonces en la *lectio divina,* que era el primer peldaño en la escalera de la oración medieval. De todos modos, no pueden estar presentes como asunto de forma.

Elección, número, distribución, longitud —estos son problemas para cada clase de lecciones. Las sugerencias hechas estos últimos años son muchas y variadas— van desde lecturas bíblicas y patrísticas hasta la lectura directa del texto por un tiempo fijo; o a una selección de extractos particularmente interesantes que se reúnan en una antología (reservando una edición especial para viajes). Ciertamente una mejor selección, ante todo para las lecciones del Antiguo Testamento y de los escritos de los Padres, es algo que debe esperarse, y es deseo general que el pasaje tenga un sentido completo en sí mismo. En lo tocante a las lecciones históricas, la actitud crítica y a veces hipercrítica de hace unos diez años ha cedido lugar a un enfoque distinto, que tiende a mantener la sencillez de la leyenda y la saluda como traducción imaginativa de una idea ascética: lo que sugeriría un cauto progreso en la necesaria revisión del legendario.

Ciertamente que el reformador tendrá que vérselas con más de una selección, pero ahora sabemos que un criterio *pastoral* dará su espíritu práctico a su trabajo. Las lecturas sin duda serán eficaces en el plano de la instrucción dogmática y en él de la formación ascética, y no tendrán un papel meramente formal.

Lo dicho en particular de las lecciones de Maitines puede razonablemente aplicarse a los "capítulos breves" de las otras Horas, cuyo carácter formalístico ha reducido ahora la lección a una sombra.

Nos parece que en Laudes y en Vísperas, o al menos en Vísperas, que es a hora con que el pueblo cristiano participa de la *laus perennis,* el capítulo podría fácilmente ser una lección, si no larga, al menos de moderada extensión, y posiblemente en Vísperas para el pueblo, en lengua vernácula —escogida oportunamente para la instrucción y la formación del pueblo de Dios. Nada parece atravesarse en el camino del capítulo para que así tome el lugar de lectura espiritual.

En las Horas menores, al menos en Tercia, Sexta y Nona (de nuevo breves momentos de elevación a Dios), el capítulo pudiera muy bien suprimirse.

Entre los rasgos corales del oficio, venerable por su antigüedad, hermoso por su sentido poético y su movimiento melódico, está el himno. En realidad, no hay razón para que sea eliminado, ni siquiera en el rezo privado del oficio. En vez de ello, si hay algún acuerdo entre los que han buscado en años recientes la reforma del breviario, es para la renovación de la primitiva forma de los himnos latinizados bajo Urbano VIII, con la consiguiente eliminación de los seudoclásicos himnos introducidos más tarde; y ya la edición típica del libro de canto da el *Vexilla regis* y el *Veni Creator* en su forma primitiva.

He aludido a las *preces* como han sido dispuestas por el presente Decreto simplificador. No era posible, dentro de los límites que se me han impuesto, hacer más. Si queda todavía algún deseo, me parece ser que, sobre todo, se vea el *Pater* (bien suprimido como preparación al comienzo de las Horas) tomar su puesto central en todas las Horas y no solamente en Laudes y Vísperas; que se oiga decirlo en voz alta por el hebdomadario; y cerca del Pater, al menos en alguna de las Horas, el Credo apostólico, que no figura ahora en ninguna parte del oficio. Es verdad que el Credo tenía su propio lugar en el rito del bautismo, pero no parece inadecuado que se repitiera cada día por la voz de la oración oficial de la Iglesia.

Las *orationes,* ya reducidas en número por el presente Decreto y eliminadas de las Primeras Vísperas, concluyen cada una de las Horas con una fórmula, dignificada y solemne en su simplicidad. Podríamos también desear que volvieran al característico estilo de las colectas de los antiguos sacramentarios algunas de las más recientes oraciones, con demasiada frecuencia ansiosas de sintetizar pesadamente la vida del santo; o a veces defectuosas en lenguaje, que con frecuencia carece del ritmo e ignora el *cursus.*

Para llegar a alguna conclusión, me parece, con toda humildad, que en esta ansiada reforma, con el aligeramiento del calendario en el santoral, con las estaciones litúrgicas en su propio lugar (y ante todo las estaciones de Adviento, Navidad, Pascua y de modo particular Cuaresma), el oficio del clero secular puede ahora distinguirse del monástico; y una cierta diferenciación se ha establecido entre el oficio coral y el rezado individualmente.

Algunas Horas que son típicamente monásticas, como el Officium Capituli de Prima, Tercia, Sexta y Nona, podrían ser dejadas a libre elección, dejando Completas obligatoria, ya que tiene su parte en la vida ascética.

Uniendo Maitines y Laudes con la meditación, y Completas (siempre con los presentes salmos tradicionales del domingo) con el examen de conciencia, se podría tal vez dividir convenientemente el *tempus utile* para el cumplimiento de la obligación entre la puesta del sol de un día y el mediodía del siguiente para Maitines, Laudes y Prima, y la tarde hasta la medianoche para Vísperas y Completas. Se reduciría así la tentación de un cumplimiento formalista de la propia obligación y de una cargosa e inadecuada recitación de todo el oficio de una vez.

Acortadas las Horas menores (el himno, un breve salmo, el Pater, la oración) y los mismos salmos usados siempre o casi siempre (y así fácilmente entregados a la memoria), podrían de esa suerte servir como una breve "pausa" en el trabajo del ministerio, cualquiera que éste sea, para un beneficioso levantar del alma a Dios. El oficio sería así juntamente la santificación de todo el día y la laus perennis de la Iglesia a su Esposo y con El, en El y por El, al Padre.

Concedida la distribución del salterio durante el curso de un mes y la eliminación de elementos estrictamente corales, no sería una tarea larga y gravosa, aunque las lecciones se alargaran un tanto.

¿Se conservarían los tres Nocturnos para los Maitines del domingo y de las fiestas? Parece difícil abandonar una tradición que tiene tantos puntos en su favor: los domingos y fiestas pueden conservar el esquema tradicional, salvo que, en la recitación privada, las tres lecciones del Nocturno podrían unirse en una sola. Las fiestas, muy simplificadas, y las ferias, podrían en cambio tener solamente tres salmos y tres lecciones unidas en una para el rezo privado.

Las otras Horas conservarían el acostumbrado esquema; salvo el desarrollo del Capítulo en Laudes y Vísperas, la eliminación de algunos elementos corales en el rezo privado, quizás la reducción en número de los salmos de Vísperas en el oficio con el pueblo.

Una observación ha salido a veces a la superficie en los comentarios al Decreto General: una observación acompañada de pena por la supresión del *Ave María* al principio de las Horas y la limitación de la antífona mariana al fin de todo el oficio. En realidad, como bien se ha notado, el culto litúrgico de la Virgen Madre de Dios ha sido, al través del decreto, bien marcada por un aumento: sobre todo, hay más días en que puede decirse el oficio de Santa María en sábado.

Pienso, sin embargo, que la reforma, en un período de fervor mariano como es felizmente el nuestro, podría bien dar mayor lugar a su memoria, si no en cada Hora, al menos en lo que podemos llamar el oficio de la mañana, como ya se ha hecho en el de la tarde.

No he expresado mis propios pensamientos. He recogido de tantas voces, algunas de ellas discordantes, lo que me ha parecido la mejor respuesta a las necesidades espirituales y pastorales del clero y lo que al mismo tiempo está mejor en consonancia con el espíritu y el significado de la liturgia.

GIÁCOMO CARDENAL LERCARO

---

(1) Parte de la conferencia del Cardenal Lercaro "sobre la simplificación de las rúbricas y la reforma del breviario", pronunciada en el I Congreso Internacional de Pastoral Litúrgica, en Asís. En la parte anterior el Cardenal analiza las grandes líneas del Decreto que dispone la simplificación de las rúbricas, señalándolas como principios básicos para una futura reforma general. El contenido de esta parte de la conferencia está resumido en el primer párrafo de la siguiente publicación, sacada de la revista *Worship* (30 [1956], 10. págs. 622-632) en traducción castellana que debemos a nuestro amigo y colaborador R. P. Gustavo Amigó Jansen, S. J.

Principios, caracteres y límites de la participación del pueblo en la Santa Misa

(Continuación)

Si volvemos a los principios que antes hemos recordado, parece que esta unión se verifica sobre tres planos:

a) Antes que nada, **unión con Jesucristo.** El sacrificio es todo Suyo, en sentido absoluto. El es el oferente principal, el Sacerdote esencial, la Víctima infinitamente preciosa.

Cumplida su divina oblación durante toda su vida terrena y consumada sobre el altar de la Cruz en la inmolación cruenta, Jesús rindió a la augusta Trinidad el homenaje que corresponde de modo perfecto al derecho de Dios y al deber fundamental de todas las creaturas. Pero el sacerdocio de Cristo —dice la encíclica **Mediator Dei**— está siempre en acto en la sucesión de los tiempos. Porque el deber de la humanidad no cesa jamás.

Y si en acto primario el divino Sacerdote ha ofrecido Su sacrificio en oblación vicaria, en la cual virtualmente estaba representada toda la humanidad, en acto derivado continúa místicamente la oblación, para que las generaciones humanas que se suceden en el tiempo sólo en El y por El, Sacerdote y Víctima, puedan tener el medio digno de su religión.

En efecto, El no cesa de ser "el único mediador entre Dios y los hombres". La encíclica **Mediator Dei** nos enseña todavía esto: "Dios quiere la continuación de este Sacrificio «de la salida hasta la puesta del sol» para que no cese jamás el himno de glorificación y de agradecimiento que los hombres deben al Creador"

Por lo tanto, unión de los fieles con Jesús Sacerdote, unión de pensamiento, de devoción, de sentimientos, en el ejercicio del acto religioso por excelencia, que no se puede cumplir sino en El y por El, único camino para llegar al Padre: "Por El y con El y en El es a Dios Padre ... en la unidad del Espíritu Santo toda honra y gloria".

En consecuencia, la consciente y digna participación en el Santo Sacrificio tiene este elemento esencial: la religiosidad sincera, la identificación con los sentimientos religiosos de Cristo hacia el Padre, sentimientos de adoración, de alabanza, de obediencia hasta la muerte, de apasionado celo por la voluntad y la gloria divinas, según la exhortación de San Pablo: "Tened los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús".

b) Hemos dicho: unión con Jesucristo. Debemos por eso reflexionar en la realidad sobrenatural deseada y creada por Cristo Redentor; y esta realidad es la Iglesia que Cristo deseó como la forma práctica y concreta de su religión y a la que, como necesaria expresión religiosa y como medio perenne de distribución de los méritos de Su inmolación, confió Su Sacrificio, para que continuase ritualmente en el curso de los tiempos. Pues, según la divina voluntad, la unión con Cristo, la incorporación de las almas a El, sarmiento vital, con todas las consecuencias, no se realiza sino por medio de la Iglesia.

El Bautismo, en el mismo momento en que nos une a Jesucristo, nos constituye parte de esta realidad social: la Iglesia, el Cuerpo Místico de Cristo, en continuo crecimiento y en continua formación hasta el cumplimiento de su perfección: "hasta que todos lleguemos a la perfecta madurez viril, a la plenitud total de la edad de Cristo" (Ef. 4, 13).

El Redentor, Sacerdote y Víctima, se ha dado a Su Iglesia para que perpetúe Su Sacrificio. Y ella lo perpetúa por medio de sus sagrados ministros, habilitados

para la sublime función por el carácter sagrado de la Ordenación sacerdotal que los configura con Cristo y les comunica el poder divino.

Si el Sacrificio es primaria y esencialmente de Cristo, derivadamente es de la Iglesia, y no llega a ser de los fieles sino a través del ministerio de los sacerdotes. El medio instrumental por el cual se perpetúa el Sacrificio es el Sacerdocio jerárquico. Con la institución del sacerdocio sacramental, que se diferencia radicalmente del sacerdocio de casta de la religión hebrea, el Redentor ha provisto no sólo a la continuación de Su Sacrificio ("Haced esto en memoria mía"), sino también a la continuación de Su Sacerdocio de representación de su pueblo, que por medio de ellos se efectúa de modo sensible en el ejercicio oficial del culto.

Es clara sobre este punto la enseñanza de la encíclica **Mediator Dei:** "Recordaos que el sacerdote hace las veces del pueblo porque representa la persona de nuestro Señor Jesucristo, en cuanto El es la Cabeza de todos los miembros y se ofrece a Sí mismo por ellos; por eso va al altar como ministro de Cristo, inferior a El pero superior al pueblo. El pueblo, en cambio, no representando por ningún título la persona del divino Redentor ni siendo mediador entre sí y Dios, no puede de ningún modo gozar de poderes sacerdotales".

Ministro de Cristo, esto es, ejecutor de Su oración y de Su oblación, el sacerdote llega a ser mediador con El, único Mediador; cuando obra en el altar, está con Cristo interpuesto entre el pueblo y Dios, para continuar y realizar, de modo sensible, en los siglos la gran mediación del Calvario. Es en cierto sentido el **sacramentum** del sacerdocio de Cristo.

En virtud de la representación jurídica de los fieles, el sacerdote celebrando no cumple nunca una acción exclusivamente suya, sino de todo el pueblo, como atestigua toda la liturgia de la Misa: "Te suplicamos, Señor, que aceptes propicio esta oblación de tus siervos y de toda tu familia".

De esta consideración podemos concluir, verdaderamente, que la participación de los fieles en la acción sagrada del altar no sucede en realidad porque el pueblo "cumpla" la acción, sino porque allí es asociado y allí participa en calidad de **representado.**

A menudo esta unión a la Iglesia por medio del sacerdocio operante no es advertida por los fieles, sin embargo es sumamente importante que ellos tengan conciencia y sientan con gozo que la Iglesia los une a Cristo; que la oración de la Iglesia es su oración; que la Iglesia recibe de Jesús sus divinos poderes; que animada por el Espíritu Santo vibra con aquellos sentimientos que hay en el corazón de Cristo y es su intérprete competente y autorizada; y que, por eso, no se puede hacer nada mejor que entrar de lleno en la corriente de su gran piedad, para participar en su apasionado amor a Cristo y llegar a ser, con una adhesión fervorosa al espíritu de ella, verdaderamente "nación santa, linaje escogido, el pueblo adquirido", de que habla el apóstol San Pedro (1 Pedr. 2, 9).

Un acto de oblación, por lo menos en parte, vale lo que valgan los oferentes. Por eso sería bien mezquina y humillante una oblación puramente nuestra, humana, desvalorizada por tantas miserias nuestras. Pero la Misa es la **oblación de la santa Iglesia,** porque el oferente es la Iglesia. De aquí la incomparable excelencia que en definitiva proviene del hecho de que Cristo mismo, como Jefe de Su Iglesia, no obra aisladamente sino que es oferente con y en la Iglesia, la que El ha purificado para hacerla santa y perfecta oferente.

Todo esto denota en los fieles aquel **"sensus Ecclesiæ"** que los hace deseosos de penetrar en su pensamiento, atentos en obedecer a sus prescripciones, fieles a sus invitaciones, persuadidos de que la expresión de su piedad constituye, a la vez, la devoción más auténtica y sustancial y el más preciado título de valor de la ofrenda común.

e) Unión con Cristo Sacerdote y Cabeza del Cuerpo Místico — unión con ı Iglesia que al unísono con su divina Cabeza ejerce su función por medio del oder ministerial de sus sacerdotes. En consecuencia: **unión con los hermanos ristianos,** miembros del mismo Cuerpo Místico, hijos de la misma Iglesia y ıvientes de su vida.

Ya he acentuado el carácter eminentemente social y comunitario de la Misa. :s la sagrada acción de la comunidad cristiana; es el acto hacia el cual converge ›da la religión y al que deben asociarse todos los cristianos. No se puede con- ebir una consciente y concienzuda participación en la Santa Misa que se sus- raiga a ese carácter comunitario, porque todo es común en la sagrada acción: e todos y para todos.

Es hermosa la expresión de San Alberto Magno, comentando la oración de ı ofrenda: "Diciendo «ofrecemos» se quiere poner en evidencia la unidad del uerpo Místico que en toda la multitud de los fieles y en la servidumbre de ›do el clero ofrece la Hostia salutífera". La unidad del altar (el cual, aunque ıultiplicado en millares de piedras aras, es siempre uno, porque el altar es :risto) — la unidad de la ofrenda en la que los fieles participan, la unidad de ı sagrada mesa a la que todos se acercan, son sin duda elementos de unifica- ión de los cristianos.

Pero es sobre todo aquel fundirse en Cristo, aquel sentirse miembro del ıismo Cuerpo, voces del mismo canto, palpitaciones del mismo sentimiento, ue hace verdaderamente de los cristianos una unidad viviente, y quita los in- ividualismos egoístas, excluye los aislamientos orgullosos y hace sentir a cada no ser una pequeña parte de una grandiosa unidad, que es la Iglesia, una célula onsciente en el inmenso cuerpo de la cristiandad.

Desde el punto de vista práctico, es fácil ver cuán oportuno es habituar a ›s fieles a este concepto de unión con sus hermanos, para que sientan gozosa- ıente la realidad del gran dogma de la Comunión de los Santos. Ningún otro ıomento como aquel de la Misa es tan apto para efectuar esta grandiosa con- unción de las almas por medio de la convergencia en Cristo, hermano de todos, en Su Sacrificio, que es el vínculo y la razón eficiente de la más perfecta nidad; ninguna acción es tan capaz para hacer sentir el flujo y reflujo de las iquezas espirituales en la solidaridad cristiana.

Cada uno trae no sólo consigo una suma de miserias y de mediocridad, de leficiencia y de culpa, sino también algún valor positivo para contribuir con él ı la comunidad; cada uno encuentra una gran riqueza de méritos y de valores le almas santas que se unen a los valores infinitos del Sacrificio de Cristo.

¡Qué reconfortante resulta, en el conocimiento de nuestra deficiencia, el ›oderse apoyar confiadamente en los méritos de nuestros hermanos mayores, 'para que seamos ayudados por los méritos de aquellos que te agradaron, ya que no tenemos confianza en nuestra propia justicia", como decimos en una ıermosa Secreta del Común de los mártires.

Y nuestra visión católica se ensancha al saber que la ofrenda de los indi- 'iduos favorece a todos, como decimos en otra Secreta (Domingo V después de Pentecostés): "Señor, atiende propicio nuestras súplicas y acepta benigno estas ›frendas de tus siervos y siervas, para que lo que cada uno ha ofrecido en honor le tu nombre, redunde en salud de todos".

Demasiado claras, como para comentarlas, son las expresiones de la **Didajé,** londe la unión de los fieles de toda la tierra se ve simbolizada y realizada en l Pan Eucarístico: "Así como este Pan fraccionado estuvo disperso por sobre as colinas y fué recogido para formar un todo, así también de todos los confines le la tierra sea tu Iglesia reunida para el Reino Tuyo".

MONS. CARLOS ROSSI

(Continuará)

Aclaración de la S.C.R. acerca de las funciones del Triduo Sacro [1]

1. Las ceremonias del Domingo II de Pasión, del Jueves y Viernes Santo y de la Vigilia Pascual pueden celebrarse en forma solemne *(instructio,* 4) en todas las iglesias y oratorios públicos y semipúblicos donde haya suficiente número de ministros sagrados.

2. En las iglesias y oratorios públicos y semipúblicos, donde falten ministros sagrados, puede emplearse el rito simple. Sin embargo, se exige que haya suficiente número de "ayudantes", ya sean clérigos, ya niños, esto es, por lo menos tres para el Domingo de Ramos y el Jueves Santo, y cuatro, por lo menos, para la función litúrgica del Viernes Santo y la Vigilia Pascual. Esos ayudantes deben ser instruidos cuidadosamente acerca de lo que han de hacer *(Instructio,* 3). Por lo tanto, se exige el cumplimiento de dos condiciones: suficiente número de ayudantes y su adecuada preparación. Los Ordinarios deben velar porque se cumpla esta doble condición.

3. Donde se realice el traslado y la reposición del Smo. Sacramento después de la Misa del Jueves Santo, aunque se celebre en forma simple, se exige estrictamente que en la misma iglesia u oratorio se efectúe también la acción litúrgica vespertina de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor.

4. Si por cualquier causa la Misa del Jueves Santo no pudiera celebrarse ni siquiera con rito simple, el Ordinario, por razones pastorales, podrá permitir dos Misas rezadas en las iglesias y oratorios públicos y una sola en los oratorios semipúblicos *(Instructio,* 17), observándose el Decreto 7 en cuanto al horario de celebración.

5. La Vigilia Pascual podrá celebrarse también en aquellas iglesias y oratorios donde no hubieran tenido lugar las funciones del Jueves y Viernes Santos, como asimismo podrá omitirse en las iglesias y oratorios en que aquéllas fueren celebradas.

6. Los sacerdotes que deben atender dos o más parroquias, el Ordinario podrá permitirles la binación de la Misa del Jueves Santo, de la acción litúrgica del Viernes Santo y de la Vigilia Pascual; pero no en la misma parroquia y observando siempre lo establecido acerca del tiempo de celebración *(Instructio.* 7)

---

(1) La presente *Declaratio* de la S. Congregación de Ritos aclara dudas acerca del empleo del rito simple previsto por el nuevo *Ordo* de la Semana Santa y la correspondiente *Instructio* del 16 de noviembre de 1955. El documento, de fecha 15 de marzo de 1956, lleva la firma del Cardenal Cicognianio, prefecto de la S. C. R., y fué publicado en *Acta Ap. Sedis,* 48 (1956), págs. 153-154 (cf. *Eph. Lit.,* 70 [1956], 4, págs. 253-255).

JORNADAS Y CONGRESOS LITURGICOS

III Congreso Litúrgico de Irlanda

Durante la semana de Pascua de 1956, monasterio benedictino de Glenstal fué de del III Congreso Litúrgico de Irlanda. l clero secular predominaba por su número, pero la participación de las diversas dens religiosas era más intensa que en s congresos anteriores; señal de que el ovimiento toma extensión. La atmósfera eada por la nueva Semana Santa, celeada en la semana que precedía al conceso, contribuyó a darle un gran empuje. mo en los años anteriores, los oficios onásticos alternaban con las conferenas, las discusiones y presentación de peculas y de discos y las proyecciones recionadas con la pastoral litúrgica, amén e una exposición de arte y arquitectura ligiosa, la primera de su género en Irnda.

El congreso tuvo por tema el bautismo mo "nuestro renacimiento en Cristo". El r. D. Mc Ivor, de la arquidiócesis de rmagh, hizo un análisis del modo actual e administrar el bautismo, destacando las ificultades de orden pastoral que surgen el ritual y de las situaciones parroquiales oncretas, las que hacen olvidar, muchas eces, los aspectos más positivos de este acramento: la incorporación a Cristo, la ifusión de la gracia y de los dones del spíritu Santo. El problema, si lo hay aquí, s de orden psicológico: sería necesario eshacerse de la obsesión del rito esencial saber considerar el valor positivo de lo ue, con relación a aquél, es "accidental".

En cuanto a los ritos y ceremonias del itual, Dom J. Dowdall, del monasterio e Glenstal, versó sobre la base teológica e los mismos e hizo un comentario de os textos.

El uso de la lengua vulgar fué objeto de na ponencia de M. Harty, decano del *Maynooth College*. Partiendo de datos hisóricos, mostró que la actitud del Concilio Tridentino debe ser interpretada por el ontexto, donde se ve que quería hacer espetar el valor del *ex opere operato* de os sacramentos, independiente del hecho le que las palabras sean comprendidas or el sujeto o no. Esta actitud fué, sobre odo, la defensa de la tradición, la reivinicación de que la Iglesia no ha errado al dministrar los sacramentos en latín, la reprobación de los que querían únicamente a lengua vulgar. Las condiciones pueden volucionar, y la jerarquía actual reconoce, or su parte el hecho — al punto de extender considerablemente a diversos países el uso de rituales en lengua vulgar.

El Sr. Mc Garry, profesor de pastoral en el *Maynooth College* y editor de la revista *The Furrow*, examinó las tendencias de la pastoral moderna que son consecuencias de las nuevas condiciones de la vida religiosa y social como de ciertas renovaciones, como la Comunión frecuente y el movimiento bíblico.

El prior de Glenstal, Dom P. Murray, presentando las conclusiones del congreso, subrayó la necesidad de tener en cuenta el carácter irlandés poco demostrativo, y de evitar así, a la vez, el intelectualismo de ciertas formas del movimiento en el continente, y los métodos populares y "dramáticos" que se ven en el Nuevo Mundo. En las discusiones se consideraron en común las experiencias de todos y las sugerencias útiles. Se insistió, especialmente, en la valorización que ha de hacerse de la vigilia pascual por medio de la pastoral del bautismo, y en la urgencia de una verdadera predicación litúrgica en Irlanda.

El acontecimiento de este Congreso constituye una prenda de éxito para el movimiento litúrgico en Irlanda.

Dom B. LYNCH, O.S.B.

Quest. Lit. et Par.

Primera Semana Nacional de Pastoral Litúrgica, en Bolivia

El Episcopado Boliviano había invitado a los sacerdotes del país a una Semana Nacional de Pastoral Litúrgica, a celebrarse del 12 al 18 de noviembre. De casi todas las diócesis y vicariatos apostólicos concurrieron, pues, a Oruro, una ciudad minera del altiplano y sede episcopal, para estudiar los problemas pastorales relacionados con la sagrada liturgia y buscar nuevas orientaciones inspiradas en los principios de la renovación litúrgica. Con anterioridad se habían celebrado distintos congresos diocesanos a fin de ir preparando la gran Semana Nacional de Oruro. Durante un año se llevó a cabo una serie de encuestas en las parroquias de todas las zonas de la república, recogiendo los datos necesarios para conocer el verdadero panorama litúrgico-pastoral del país. Los resultados de las mismas habían de servir de base para el temario del congreso y los cuestionarios de las comisiones de estudio. Así, despertadas las conciencias y dispuestos los ánimos, las jornadas de Oruro no podían menos de tener un éxito rotundo. Nos ha edificado, profundamente

la fraternal caridad y unión que reinaba en todo momento entre los sacerdotes asistentes, el clero nacional y los religiosos, en su mayoría extranjeros. Y no menos, la admirable armonía y comprensión mutua entre los representantes de la jerarquía y los sacerdotes. Y luego, la objetividad y absoluta franqueza con que se hablaba y discutía acerca de los variados problemas litúrgicos y pastorales. Tenemos la impresión, sino la seguridad, de que este Congreso marcará una nueva etapa de renovación de la vida religiosa de Bolivia, puesto que será el punto de partida para una labor pastoral más profunda e intensa.

Asistieron al Congreso el Excmo. Sr. Nuncio Apostólico, Mons. Dr. Humberto Mozzeni, y seis prelados, entre ellos el arzobispo de La Paz, Mons. Dr. Abel J. Antezana, y el obispo electo de Oruro, Mons. D. Jorge Manrique. Ejerció la presidencia el obispo-coadjutor de Potosí, Mons. Bernardo Fey. Fué muy lamentada la ausencia de Mons. Luis Rodríguez Pardo, hasta ahora obispo de Oruro, nombrado entre tanto coadjutor de Cochabamba, quien presidía el comité organizador; se hallaba en el Canadá y no pudo llegar a tiempo. Entre el centenar de congresistas se notaban varios provinciales y superiores regionales.

Saludada la concurrencia por el vicario general de Oruro, Mons. Dr. Luis Villarocl, fué inaugurada la Semana por el presidente de la misma. La primera relación estuvo a cargo del P. Alejandro O. M. I., vice-asesor de la Acción Católica Boliviana, a cuyo dinámico celo y experiencia organizadora se debe en gran parte el éxito de las jornadas. Esbozó, con gran riqueza de material documental, el estado de la renovación litúrgica en el mundo y el respectivo panorama boliviano. De esta manera dió el fondo, con sus luces y sombras, sobre el cual se desarrollaría el temario del congreso. Base y centro de la renovación litúrgica es la "Parroquia, comunidad cristiana alrededor del altar", tema que trató con gran competencia el Pbro. Dr. Adrián Cáceres (Sucre). En tanto que el P. Juan Schubnel, C. Ss. R. (Potosí) hizo una profunda exposición sobre el concepto integral de la liturgia y el verdadero sentido de la pastoral. A estas disertaciones fundamentales siguieron luego las relaciones referentes a los distintos elementos y funciones de la liturgia pastoral. "La palabra de Dios como vehículo para la iniciación de los fieles en la vida litúrgica", por Mons. Bernardo Fey, quien hizo ver la estrecha vinculación y compenetración entre la Palabra de Dios y la Liturgia, y dió orientaciones concretas acerca de la predicación, especialmente la homilía y la predicación litúrgica. A su vez, el P. Luis Ofner, O. F. M., delegado general de los PP. Franciscanos en Bolivia, hizo una interesante reseña de las fiestas y novenas populares, su uso y abuso, tal como se vienen realizando tradicionalmente en las distintas regiones bolivianas. Sus sugerencias de reforma se caracterizaban por una gran prudencia pastoral. El P. Juan Gallagher, superior regional de los PP. de Maryknoll, en su reseña pastoral-litúrgica del rito del Bautismo, fundamentó con acostumbrada convicción los principios de la restauración de una genuina piedad bautismal. Completando el tema, el Pbro. Rafael Bozo A. (Cochabamba), abundó en detalles concretos acerca de los aspectos pastorales de este sacramento inicial de la vida cristiana.

El no menos importante tema de las "Confirmaciones y Primeras Comuniones" fué abordado por el canciller de la diócesis de Santa Cruz, Mons. Carlos Gericke cuyas valiosas sugestiones encontraron mucho eco en el auditorio. Los difíciles problemas pastorales relacionados con los "Funerales", los velorios, entierros, misas y "vigilias" de difuntos hallaron un poniente valiente y autorizado en el P. Miguel A. Vetter, C. Ss. R. (Potosí). El P. Agustín Born, director de la sección litúrgica de *Revista Bíblica,* en una extensa conferencia sobre "La participación activa de los fieles en el Santo Sacrificio", luego de precisar los fundamentos teológicos (el carácter comunitario de la Misa y el sacerdocio común de los fieles), expuso los principios fundamentales y las normas litúrgico-pastorales de la Misa comunitaria y de sus diversas formas de celebración, particularmente las de las Misas dirigida y dialogada. El Sacramento del Matrimonio y sus aspectos jurídicos y pastorales en la realidad boliviana fueron tratados, con erudición y acierto, por el Cgo. Walter Rosales (Cochabamba) y el P. Amado A. Martínez, C. P. (Corocoro), respectivamente. El penúltimo día se dedicó a la "Música en la Liturgia" tema que desarrolló con entusiasmo y elocuencia, Mons. Dr. Luis Villarocl. Le siguió el P. Valeriano Gaudet, O. M. I., vicario provincial de los PP. Oblatos (Oruro), con una relación intitulada: "Hacia la Misa cantada por el pueblo", muy práctica y en jundiosa, fruto de su celosa experiencia que hemos observado, personalmente, con admiración.

El último día se inició con un solemne Pontifical en la catedral de Oruro, celebrado por el Sr. Nuncio Apostólico, quien pronunció también las palabras finales en la sesión de clausura, explayándose sobre los principios de la renovación litúrgica especialmente a la luz de la reciente alocución pontificia a los congresistas de Asís. Se resolvió celebrar la segunda Semana Nacional de Pastoral Litúrgica en 1958, en la ciudad de Cochabamba, sobre el tema general: "Parroquia y Misa".

Entre las numerosas conclusiones aprobadas por el Congreso, merecen destacarse, en resumen, las siguientes:

1. Inmediata creación de una *Comisión* Nacional de Pastoral Litúrgica.

2. Unánime deseo de obtener de la Santa Sede la autorización para el uso de un ritual bilingüe latino-castellano; próxima preparación de los correspondientes rituales para las lenguas nativas de quechua y de aymara.

3. Suprimir las varias clases de Bautismo; administrar el sacramento, en ciertas ocasiones, en forma comunitaria; instruir al pueblo, frecuentemente, acerca de la dignidad y las maravillas del Bautismo; desterrar los abusos relacionados con los padrinazgos y los festejos profanos del Bautismo.

4. Insistir en el cumplimiento de las normas dadas por la Santa Sede en lo referente a la edad de los confirmandos, por lo menos en las ciudades, previa instrucción intensa.

5. Intensificar la debida preparación a la primera Comunión; elaborar un manual catequístico apropiado para la primera Comunión: celeración bde la Primera Comunión: Misa dialogada, ofrenda de las hostias, renovación de las promesas bautismales.

6. Recristianizar las costumbres concernientes a las prácticas funerarias; aplicar pastoralmente las leyes litúrgicas acerca de las exequias.

7. Publicar un manual para las Misas dirigida y dialogada; introducir en todos los templos la celebración comunitaria de la Misa, por lo menos los domingos; encarecer, en ciertas ocasiones y en ambientes debidamente preparados, la Misa de cara al pueblo; practicar en una forma fácil la ofrenda de las hostias; insistir en la Comunión dentro de la Misa.

8. Instituir cursillos preparatorios para novios; restablecer la promesa matrimonial canónica; fomentar el casamiento con Misa de bodas.

9. Fomentar el canto gregoriano y los cantos litúrgicos populares; llegar al ideal de la Misa dominical cantada por el pueblo.

AGUSTIN BORN

Congreso Litúrgico de Barcelona

Durante los días 28 de abril al 6 de mayo de 1956, se ha tenido en Barcelona un Congreso Litúrgico Diocesano preparado y oficialmente convocado por una exhortación pastoral del arzobispo-obispo Dr. Modrego. Tarea y finalidad principal del congreso ha sido la Santa Misa en su aspecto pastoral, considerado a través de las dos encíclicas *Mediator Dei* y *Musicae sacrae* disciplina. Previamente se hizo público un "cuestionario sobre la Santa Misa y la participación del pueblo fiel en ella", invitándose a todos los sacerdotes diocesanos, de uno y otro clero, a contestarlo por escrito; y fué respondido con sumo interás por la mayor parte del clero. A juzgar igualmente por las intervenciones o "conversaciones sacerdotales" que en cinco prolongadas sesiones de estudio se tuvieron durante la semana del congreso, hubo en las antedichas respuestas 'moral unanimidad" en los puntos más vitales que se proponían en el cuestionario y se recogieron por las respectivas ponencias de cada una de las cinco sesiones. Apuntaremos tan solo algunos.

. Unanimidad en pro de un "Cantoral", que se habrá de publicar con selección de melodías gregorianas y cantos populares, dispuestos según el orden del año litúrgico, para uso de los fieles en las diversas funciones litúrgicas. Se sugirió la conveniencia de prepararlo en tal forma que pudiese ser aceptado por todas las diócesis de Cataluña.

2. Unanimidad en la creación de una agrupación o sociedad diocesana de "escolanes", a fin de preparar niños servidores del culto, conscientes y capacitados lo más posible para su nobilísimo oficio de "ángeles del altar". Se sintió aquí la necesidad de "escuelas parroquiales, donde pudieran recibir una completa instrucción los niños mancomunados en calidad de "escolanes" y también de "schola cantorum".

3. Unanimidad en fomentar por todos los medios la "participación activa de los fieles en la misa", siendo éste el tema que mereció mayor atención e interés en las diversas sesiones de estudio. Se manifestó la opinión contra los obstáculos que impiden o dificultan tal suspirada activa participación de los fieles. Se manifestó igualmente la opinión en pro de "lectores" o dirigentes —a ser posible clérigos— que facilitaran e hicieran efectiva la activa participación de los fieles, señalando las actitudes externas que se deben guardar, leyendo en lengua vulgar las partes de la misa que se creyeran más convenientes para la instrucción y piedad de los fieles, a tenor de un "Directorio" que se habrá de preparar por una comisión especialmente creada.

Unanimidad al "cien por cien", diríamos, en la conveniencia de ampliar la concesión de "misas vespertinas", a fin de facilitar el cumplimiento del precepto a toda clase de gentes —de la ciudad y del campo— y hacer más holgado, con fines también pastorales, el ministerio de sacerdotes encar-

gados de varias parroquias, que a veces han de celebrar, incluso, tres misas en diversos lugares.

Huelga decir que se ratificó por toda la asamblea el "decretum laudis" del misal a uso de los fieles, sintiéndose la necesidad o conveniencia de preparar misalitos más adaptados a la gente sencilla del campo etc.

Plácenos igualmente consignar que en el congreso hubo una verdadera exaltación de la llamada "misa dialogada", considerándose como la mejor forma, en las misas rezadas, de expresar la activa participación de los fieles en la Divina Acción del altar. Se afirmó al propio tiempo la conveniencia en estas misas de cantos religiosos, gregorianos o populares, oportunamente intercalados sin perjuicio del "diálogo litúrgico".

4. Unanimidad hubo también en la conveniencia de promover la "Comunión dentro de la Misa". como práctica eficazmente educadora de la piedad eucarística de los fieles, que en la Comunión han de ver una sacramental percepción de los frutos del Santo Sacrificio que ellos, juntamente con el sacerdote —si bien a él subordinados y de él dependientes ha ofrecido a Dios Padre por Cristo en unidad del Divino Espíritu.

5. Se proclamó la misa parroquial cantada cual "suprema aspiración" de la comunidad cristiana o feligresía, que en la parroquia ha de ver su verdadero hogar espiritual.

A través del prisma de la litúrgica pastoral se discutió en la última sesión todo lo conserniente a la Primera Comunión de los niños, misa de Velaciones y Exequial, señalándose los abusos en tales circunstancias en las diversas regiones de la diócesis, que conviene a toda costa evitar, manifestando el Rvdmo. Prelado estar dispuesto a ratificar y sancionar normas ya dadas acerca del particular o emanar otra nuevas, pidiendo a todos su eficaz colaboración para llevarlas a la práctica.

Hubo igualmente particulares "sesiones" de estudio y conversación para seglares", por cierto muy concurridas y animadas. Tampoco las Religiosas pudieron evadir la benéfica influencia litúrgica de este Congreso, toda vez que especiales conferencias se tuvieron para ellas por el señor Obispo de Vich, Dr. Masnou, con el tema "consideraciones sobre el influjo de la liturgia en la vida y acción de las Religiosas".

Brillantes sobremanera fueron los actos o "sesiones académicas", tenidas cada día de la semana por ilustres conferenciantes, sobre diversos temas muy interesantes relacionados con la misa, como son: "la Santa Misa y la Escritura"; "la Santa Misa y el Canto Gregoriano"; la polifonía y el canto popular en la misa, a partir de los últimos documentos pontificios"; "orientaciones litúrgicas sobre el altar"; y "Pastoral litúrgica de la Santa Misa".

Digna de notarse es también la "exposición artística y bibliográfica sobre la Santa Misa", abierta al público en el antiguo hospital de la Santa Cruz. Ni faltó lo que podríamos llamar el aspecto "folklórico" de la liturgia. En el grande y suntuoso sacro, consistentes en dos dramas litúrgicos, uno procedente de un tropario de Vich (copia del siglo XII), titulado "Las tres Marías", y otro del siglo XIV, titulado "Las diez Vírgenes", a más del auto sacramental de Calderón de la Barca "Los Misterios de la Misa".

El solemne acto de clausura tuvo lugar en el magno teatro barcelonés "Comedia", en el que se dió lectura a las conclusiones y pronunció el discurso final el Excmo. Sr. Nuncio Apostólico, leyendo al terminar el siguiente mensaje recibido del Romano Pontífice: "Al celebrar en esa ciudad de Barcelona el Congreso Diocesano, para promover la participación de los fieles en la santa misa, con el espíritu que quiere la Iglesia, exhortamos a esos amados hijos a estudiar y meditar la grandeza e infinito valor del Santo Sacrificio, para realizar individual y colectivamente la significación del misterio Eucarístico que sacramento de piedad, signo de unidad y vínculo de caridad; de tal forma que hermanos todos —poderosos y necesitados, empresarios y obreros, dirigentes y súbditos— por la virtud del Pan de la vida, puedan glorificar al Señor dignamente con buenas obras y el culto litúrgico, atrayendo sobre sus almas los tesoros de la redención y gracias encerrados en tan sagrada acción. Pidiendo a Dios sean muy copiosos los frutos de esa Asamblea, damos de corazón a Vuestra Excelencia, Prelados asistentes, autoridades, clero y pueblo fiel, Nuestra paternal Bendición Apostólica. Pío Papa XII. Del Vaticano, 30 de abril de 1956".

Agustín M. FORCADELL, O. Carm.)

Liturgia

BIBLIOGRAFIA

Don Silvio Riva: **Il metodo Educativo Eucarístico nella Formazione dell' Adolescente** (El método educativo eucarístico en la formación del adolescente). Editó: Opera della Regalit'a, Milán Roma, 1956, - Un tomito, 12 x 17 ctms.; 54 págs..; Liras 200.

El librito de Don Silvio Riva agradará mucho a los que tienen a su cargo la educación y formación espiritual de la juventud. Escrito con ardiente corazón sacerdotal y con gran sentido pedagógico, el estudio, que se inspira en el "método educativo eucarístico" del P. E. Poppe, se propone enseñar a los educadores a "servirse de la Eucaristía como fuente, centro y síntesis de medios para una educación cristiana completa que no se limita a la formación religiosa, propiamente dicha, sino que abarca los aspectos característicos de la formación física, intelectual, moral, religiosa y social". Destacamos, especialmente, los capítulos que tratan de la pedagogía de la Misa.

A. B.

Johannes B. Lotz S. J.: **Von der Einsamkeit des Menschen** (De la soledad del hombre). - Editó: Verlag Josef Knecht, Francfort sobre el Meno, 1955 Un tomo, 11 x 16,5 ctms.; 147 págs., enc. en tela.

Este libro del Jesuíta Johannes B. Lotz, profesor de filosofía en el colegio de Pullach, traza un cuadro, vivo y real, de la situación espiritual del hombre moderno que en la época de la técnica y del vertiginoso progreso ha perdido la experiencia del poder vivificador de la verdadera soledad, padeciendo, por eso mismo, el tremendo tormento de una existencia "solitaria", desconectada de las fuerzas vitales que emanan de la genuina relación con la naturaleza y de la sociedad humana y del íntimo contacto con Dios,. El autor analiza, con admirable clarividencia, las causas de este fenómeno sus manifestaciones en la vida del hombre y en la organización de la sociedad, y sus expresiones en la cultura, la filosofía, la literatura y el arte. Luego se propone señalar al hombre atormentado el camino de retorno, de esa situación de aislamiento espiritual a la soledad creadora, única capaz de volver a abrirle la poderosa fuente de vida que, en último término, está en Dios. "La total curación no se halla sino en el encuentro con Dios por medio de la oración, encuentro que hace resucitar el amor en su más profunda raíz y lo proyecta hacia todas las latitudes de la vida. Por lo tanto, el remedio que más necesita nuestra época es el amor que es esencialmente oración. Sanar la "situación solitaria" por medio de la soledad significa, pues, redimir el amor muerto mediante el amor cumplido". El precioso libro da una respuesta valiente a muchas preguntas del hombre moderno, desquiciado y enfermo en su raíz, que por sí solo no encuentra salida de su intrincada situación espiritual.

Mons. Emilio Guerry: **La Santa Messa** (La Santa Misa). - Editó: Opera della Regalia, Milán-Roma, 1956. - Un folleto, 13,5 x 18 ctms.; 70 págs.; Liras 200.

Se trata de la traducción italiana de *Directives sur le saint Sacrifice de la Messe*". (Apostolat Liturgique, Abbaye de St. Aniré, Brujas), cuyo autor es Mons. Emile Guerry, arzobispo de Cambrai, quien presidía a la comisión episcopal que tuvo a su cargo la elaboración del famoso Directorio de los Sacramentos (véase nuestro comentario en RB, nº). El presente documento sobrepasa los límites de un simple directorio práctico, pues toda una parte (pág. 13-35) está dedicada a exponer los principios doctrinales de la Santa Misa: renovación de la Ultima Cena, representación viva y actual de la inmolación de la Cruz, sacrificio de la Iglesia, sacrificio indivisible del Cristo Total. Igualmente la segunda parte, más bien de práctica pastoral, contiene conceptos profundos acerca de la participación de los fieles. El autor distingue cinco modos de participación activa que conduce, gradualmente, a la participación perfecta: en los ritos y gestos del celebrante, en la oración, en el canto, en la comunión, en el mismo misterio de Cristo. El folleto ha sido escrito para los sacerdotes. Hallarán en él una guía segura, doctrinal y práctica, para llevar al "santo pueblo de Dios" a la realización de aquel ideal trazado por Pío XII: "que los fieles asistan al Santo Sacrificio no como espectadores mudos y como inertes, sino acompañando la acción sagrada con la mente y la voz, uniendo su propia devoción con la oración lel sacerdote" *Musicae sacrae disciplina).* La publicación prestará, asimismo, gran utilidad para la programación temática de jornadas litúrgicas sobre la Santa Misa.

Agustín Born

Card. Giácomo Lercaro: **A Messa, figlioli:** (A Misa, Hijos). Directorio litúrgico para la participación activa de los fieles en la Santa Misa rezada. - Editó: Ufficio Tecnico Organizzativo Arcivescovile, Bolonia, 1956. - Un vol., 11,5 x 17 ctms,. 217 págs.; Liras 600. (Tercera edición).

El arzobispo de Bolonia, Cardenal Giacomo Lercaro, decidido renovador de los métodos de acción social y apostólica en Italia, nos ha sorprendido con una iniciativa no menos decidida en el campo de la renovación litúrgica, en forma de un Directorio para la participación activa de los fieles en la Misa rezada. Prueba del inusitado eco que halló esta publicación, no sólo en su propia arquidiócesis, para la cual estaba destinada en un principio, sino en muchísimas partes de la península itálica donde entre tanto ha sido adoptada, es el hecho de que en pocos meses ha visto ya tres largas ediciones.

En efecto, el manual compuesto por el Cardenal Lercaro es un verdadero modelo en su género y lo mejor que hemos visto hasta ahora. El libro no sólo demuestra los sólidos conocimientos del autor acerca de los últimos resultados de la investigación litúrgica, sino que constituye también, y sobre todo, un elocuente testimonio de su preocupación pastoral que busca en "la participación activa de los fieles en los sagrados Misterios" (Pío X) el medio más eficaz para "crear en los fieles una conciencia más profunda de su pertinencia a la Iglesia y de los lazos de fraternidad que los une para formar la familia de Dios" pág. 19).

Es imposible, en las breves líneas de una reseña bibliográfica, proporcionar una idea acabada del valor litúrgico-pastoral de este manual del insigne autor. Por eso nos proponemos insertar en las páginas de esta revista los principales capítulos del mismo, comenzando en el presente número por las palabras de presentación que ya son todo un programa de principios de pastoral litúrgica acerca de la Misa.

El Directorio, propiamente dicho, trae en primer término una serie de normas prácticas (pág. 21-28) sobre el uso del manual, especificando principalmente los distintos papeles que han dedesempeñar los que intervienen en la celebración comunitaria de la Misa rezada: celebrante, acólitos, schola, lectores, anunciador, pueblo. Sige luego, bajo el título "La Santa Asamblea", la detallada estructuración del desarrollo de la Misa en su aspecto comunitario (pág. 28-57). Es ésta la parte esencial del manual. Aquí se señalan, con exacta fundamentación rubricística e histórica, las reglas particulares de cada paso de la acción sagrada en lo que concierne a la intervención específica de todos los "actores" en la oración, las lecturas, los cantos, las actitudes y movimientos. Viene a ser un ceremonial completo, con todas las "rúbricas" que viene al caso, de la Misa rezada comunitaria. Frecuentes citas de "Mediator Dei" aumenta la actualidad del Directorio. El capítulo "Subsidios" (pág. 59-96), destinado para uso del "anunciador" o guía, le ofrece a éste, además de breves fórmulas de comentario a los principales momentos de la Misa ("Didascalia") una corta paráfrasis de las Colectas y Poscomuniones de las Misas dominicales y festivos ("Colectario"). Para decir la verdad, aquí echamos de menos algo correspondiente a la Secreta que es la oración sobre las ofrendas, propiamente dicha. El "Catecismo Litúrgico" (pág. 97-154) tiende a poner al alcance de los fieles los conocimientos fundamentales sobre la Sagrada Liturgia, sobre todo referentes a la participación activa de los fieles. Los sacerdotes se servirán de este catecismo para proporcionar al pueblo la debida formación litúrgica. Concluye el manual con un extenso "repertorio de cantos" pág. 155-203), tanto latinos como italianos, adoptados a las distintas partes de la Misa y las épocas y fiestas del año litúrgico.

Si bien el Directorio fué confeccionado teniendo en cuenta las particularidades del pueblo italiano, no obstante ello tiene valor universal —como que es universal la Liturgia de la Iglesia—. De ahí que el Directorio del Cardenal Lercaro servirá de orientación y de guía dondequiera que los pastores de almas se preocupen por devolver al pueblo cristiano el propio papel que le pertnece en la celebración de os sagrados Ministerios.

Agustín Born

1. Dr. Albert Niemeyer: **Compendio de medicina pastoral.** - Editorial Herder, Barcelona, 1955. - Un vol., 14 x 22 clms.; 512 págs.; rústica: ptas. 120; tela: ptas. 150.

Dr. Albert Niemeyer: **Compendium der Pastoralmedizin** (Compendio de la medicina pasloral). - Editorial Herder, Viena, 1953. - Un vol. en tela, 14 x 21 ctms.; XXIV y 180 págs.; sch. 15; DM 18.

2. Willibald Demal O. S. B.: **Praktische Pastoralpsychologie** (Psicología pasloral práctica), 2ª edición. Editorial Herder, Viena, 1953. - Un vol. en tela, 14,5 x 22,5 ctms.; XII y 507 págs.; sch. 76, DM 15.

3. Hermann Dobbelstein: **Psychia-e und Seelsorge** (Psiquiatría y cura almas). - Editorial Herder, Friburgo Brisgovia, 1952. - Un vol., 12 x 19 ns.; 165 págs.; DM 6,80.

l. En muchos seminarios, la disciplina la medicina pastoral ha sido incorpo-lo, definitivamente, al plan de estudios los futuros sacerdotes. En efecto, el cerdote en el ejercicio de su ministerio encuentra a cada paso ante problemas storales cuya índole exigen de él un co-cimiento, por lo menos rudimentario, de nellas materias de ciencia médica que nen relación con la teología moral y storal, el derecho canónico, la aseética mística. Por otra parte, también el mé-o no puede menos de interesarse por las ichas cuestiones limítrofes que atañen, la vez, a la medicina y las disciplinas esiásticas. El manual que comentamos — su versión original y la correspondiente ducción castellana— compendia una obra is extensa de 6 tomos, del mismo autor, ofesor de la universidad de Viena y re-nocida autoridad en la materia. a la que dedicado los mejores esfuerzos de su la. El Dr. Niedermeyer tiene el mérito haber elevado la medicina pastoral a la tegoría de una disciplina científica. Así prestado asimismo una extraordinaria ntribución a la medicina psicosomática, cual vuelve a considerar al hombre en unidad integral de alma y cuerpo, su-rando la orientación puramente positivis-de la medicina de una época que, feliz-nte, parece llegar a su término. En o. Ambos, al fin y al cabo, participan, nque en distinto plano y diferente grado, la misión salutífera de Cristo, quien cía que no había sido enviado a los stos y sanos, sino a los pecadores y en-mos, y muchas veces, antes de devolver salud a las almas, sanaba los cuerpos fermos. A ambos, pues, al sacerdote y médico, se dirige esta obra del Dr. Nie-rmeyer, escrita con gran conocimiento la interacción entre la pastoral y la uchos casos, el sacerdote y el médico, salir de su esfera propia, deben secun-r y completar, el uno el esfuerzo del dicina. También el abogado, el pedagogo, sociólogo y otros laicos de intereses ines sabrán sacar de ella muchos cono-nientos indispensables para sus activida-s profesionales.

2. El pastor de almas necesita ser un en psicólogo. Seguramente, el continuo to con los fieles que están confiados a solicitud sacerdotal, sobre todo en el nfesionario y en la labor de formación la juventud, le irá proporcionando, en transcurso de su vida, una gran experiencia práctica en el difícil arte de conocer y dirigir las almas. Sin embargo, para evitar desatinos y desiciones erróneas, no podrá prescindir de una sólida preparación teórica que le familiarice con los principios fundamentales de la psicología moderna, cuyos resultados científicos están llamados a aportar considerables conocimientos a la teología pastoral. La dificultad está en que hay muy pocos tratados sistemáticos de la psicología pastoral. Al autor de esta obra le cabe el mérito de llenar esta lamentable laguna. Y lo hace con extraordinaria penetración como profundo conocedor que es de la materia. En la primera parte del libro, más bien introductoria (p. 7 - 83), se exponen las condiciones psicológicas y las exigencias pastorales de las almas en las distintas etapas de la vida espiritual, según los tres grados clásicos del camino de la perfección: purificación, iluminación y unión. La segunda parte (p. 85-307) está dedicada a la psicología tipológica: diferenciación según el sexo, la edad, el temperamento y carácter, las profesiones (campesino, obrero, universitario, clase media, sacerdote y religioso). La última parte (p. 309 - 382) trata de la patología pastoral-psicológica, estudiando naturaleza y origen de los distintos estados psicopatológicos y neuróticos, y los medios a emplearse para su curación. El siguiente suplemento contiene una lista explicativa de los términos científicos usados, amén de una extensa bibliografía y el índice de materias y personas. El estudio pastoral-psicológico del prestigioso benedictino será un gran auxiliar para el sacerdote en el cumplimiento de su sublime misión de buen pastor que "conoce a los suyos". Conocer y comprender las almas es la primera condición para poder prestarles una eficaz ayuda, sobre todo en los estados psíquicos anormales con que el sacerdote ha de tratar con suma frecuencia. Demás está decir que también educadores y personas dedicadas a la labor caritativa-social (p. e. enfermeras y visitadoras parroquiales y sociales estudiarán el libro con gran provecho.

3. Como señala el autor en el prólogo, el sacerdote deberá poseer algunos conocimientos de la psiquiatría, por lo menos los necesarios para saber donde termina su misión y comienza la del médico. A su vez, el psiquiatra agradecerá al sacerdote suficientemente preparado que pueda recurrir con confianza a su valiosa ayuda en su acción psicoterapéutica. El presente estudio pretende, pues, introducir al clero y sus colaboradores en la labor pastoral en los problemas de la psiquiatría moderna con el propósito de posibilitar una eficaz colaboración con el médico. El libro está escrito con sencillez, libre de un gran apa-

rato científico. Por eso mismo es de gran valor práctico para el sacerdote, puesto que la falta de tiempo le impide, generalmente, darse al etstudio de la abundante literatura especializada. La Editorial Herder de Barcelona está por publicar una versión castellana de la obra.

Agustín Born

Breviarium Romanum. Edicio quinta post typicam. - Librería Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano, 1956. - Un solo volumen **(Totum),** 12,5 x 18,5 ctms.; XCI, 1698, (209) y 79 págs.; espesor: 3,5 ctms ; sin encuadernar: 5.800 Liras.

La Imprenta Vaticana acaba de publicar una nueva edición del *Breviarium Romanum* en un solo tomo *(Totum),* formato 12º. Técnicamente es una edición perfecta: letra grande y nítida, impresión impecable, papel de color crema y de buena calidad, encuadernación fuerte y de buen gusto. Considerando que contiene todo el Breviario, el peso y espesor del libro resultan, relativamente reducidos, haciendo que sea lo más cómodo posible. A esto se agrega un precio verdaderamente accesible, comparándolo con el de otras ediciones. El texto de los salmos sigue la nueva versión del Salterio publicado por Pío XII en el año 1945. De acuerdo con la respectiva disposición del Decreto General sobre la simplificación de rúbricas, del 23 de marzo de 1955, la edición no toma en cuenta las modificaciones establecidas por aquel documento pontificio. En consecuencia, continúa presentando los oficios en la forma acostumbrada hasta ahora, con la antigua categoría de fiestas, la indicación de *Pater, Ave* y *Credo* al principio, las preces dominicales y feriales y sus respectivas rúbricas; y la inserción de las primeras Vísperas y las octavas ahora abolidas. Unicamente la octava del Patrocinio de San José ha sido eliminada, como es lógico, junto con la correspondiente fiesta que es reemplazada por la nueva de San José Obrero. En cambio, se incorporaron sí las modificaciones introducidas en el oficio de la Semana Santa, como asimismo los oficios de las nuevas fiestas de San José Obrero (1º de mayo), de María Reina (31 de mayo) y de San Pío X (3 de septiembre). Del mismo modo, las fiestas de los apóstoles Santiago y Felipe y de Santa Angela de Mérici, trasladadas ahora a los días 11 de mayo y 1º de junio, respeclivamente, se hallan en su nuevo lugar. Siguiendo la práctica de la mayoría de las ediciones, al principio y al final del tomo se encuentran, en papel más grueso, algunos extractos del Ordinario, o separata de textos de uso más frecuente, lo cual facilita extraordinariamente el rezo del oficio. Destacamos aquí, especialmente, la inserción del Ord nario de Primas y Completas, en las ca tillas al final del libro. Una sola cosa, si embargo, echamos de menos: el menci nado Decreto General sobre la simplific ción de rúbricas, cuya incorporación en volumen —en calidad de suplemento— hi biera sido de gran valor práctico a fin que dicho documento, en caso de duda pudiese ser consultado fácilmente.

Agustín Born, Pbro.

Pius Parsch: **El Año Litúrgico.** - Ed taron: Editorial Herder y Editorial L túrgica Española, Barcelona, 1957. - U tomo, enc. en tela, 10 x 16,5 ctms 992 págs.; ptas. 125.

No cabe duda, Pius Parsch, canóni regular de S. Agustín del monasterio Klosterneuburg, fué uno de esos hombr providenciales que Dios suscita de vez cuando en medio de Su Iglesia para sac dir los espíritus y provocar una corrien de renovación. El concepto de la pastor litúrgica, impuesto ya en la actualidad c mo una de las fecundas ideas motrices la acción sacerdotal, está indisolublemen ligado al nombre de Pius Parsch. En efect fué él quien después de la primera guer mundial, recordando las palabras progr máticas de San Pío X acerca de "la part cipación activa de los fieles en los sagrad Misterios" y reconociendo la urgente nec sidad de hacer la Liturgia más accesib a los fieles, inició en Europa ese gr movimiento litúrgico *popular* que fué inv diendo poco a poco el mundo católi entero y que hoy día ya no puede borrar más de la historia de la Iglesia, siendo u de sus páginas más admirables.

Píus Parsch era un maestro extraordin rio. Más de un centenar de obras dan te timonio de su incansable "celo por la Ca de Dios"; todas ellas encaminadas a ab a los fieles la fuente de vida y las riquez de gracia escondidas en la Liturgia de Esposa de Cristo que es Su Iglesia; am de proporcionar a los pastores de alm el indispensable material teórico y prácti para su labor de renovación litúrgica p pular, su sentido y alcance", en la que final de su vida resume, en una visi maravillosa, todas sus enseñansas de pa toral litúrgico.

Entre los libros que más difusión h tenido, descuella: "Das Jahr des Heile (El Año de la Salud). Comenzó a pub carse, a partir de 1923, como un simp calendario litúrgico anual, con breves not sobre el sentido de los tiempos y princip les fiestas del año eclesiástico, a las q posteriormente fueron agregándose come

ios históricos sobre las fiestas y ritos, nsamientos de meditación, sendas expli- iones de los respectivos textos del Misal l Breviario, hasta llegar, en 1931, a una ensión de tres tomos voluminosos en a edición de uso permanente. Después la segunda guerra mundial, la escasez papel, obligó al autor a publicar la obra. o abreviada, en un solo tomo, cuya sión castellana nos presenta ahora, con icho acierto, la Editorial Herder de Bar- ona en coedición con la Editorial Litúr- a Española. Cabe destacar que la edi- n en un solo tomo de manera alguna disminuído el valor de la obra, antes r el contrario ha ganado en claridad y lidad práctica. Pues, siendo escaso el mero de los fieles que rezan el Oficio vino, el comentario de los textos del eviario, para la gran mayoría de los tores, no hacía sino un tanto engorroso uso diario como guía litúrgica.

No conocemos otro libro que introduzca a admirablemente en la vida litúrgica de Iglesia, haciendo vivir día a día las ma- villas de los misterios del altar. Así re- lta un complemento del misal casi indis- nsable. El sacerdote usará este libro no lo para su propio enriquecimiento espi- ual, sino que hallará en él también una a fuente de sugerencias pastorales y de ntos de predicación.

Agustín Born, Pbro.

J. Beckmann, Quellen zur Geschichte s christlichen Gottesdienstes (Fuentes ara la historia del culto cristiano). - . Bertelsmann, Gütersloh, 1956. - 315 ágs.

En un cómodo tomo presenta J. Beck- ann los principales documentos de impor- ncia para el estudio histórico y compara- vo de las liturgias cristianas, tanto anti- ia como modernas, católicas (griegas, ro- ana, galicana, mozárabe) y protestantes uterana, zwingliana, calvinista, anglicana). n un apéndice se ofrecen las versiones emanas de las fuentes griegas y francesas. nda documento va precedido de una nota xplicativa que da cuenta de su origen e storia y señala las fuentes críticas de la esente edición. Sorprende gratamente el no moderado de la exposición, carente de da clase de polémica subjectiva. La com- lación prestará excelentes servicios en el tudio de la liturgia y de las confesiones istianas. La saludamos como una señal romisoria del creciente interés por la li- rgia que cunde entre los protestantes y ue lleva necesariamente a un conocimiento ecíproco más profundo.

B. Otte, SVD.

Pius Parsch: Volksliturgie (Liturgia para el pueblo, su sentido y extensión). - Editorial Klosterneuburg/Wien, 1952. - 711 págs.

En la edición completa de las obras de Pius Parsch, realizada por la Edit. litúr- gica "Klosterneuburg", la cual consta de 6 tomos, indudablemente el tomo cuarto ocupa un lugar destacado. En esta obra describe el autor sus 20 años de trabajos en favor de la formación litúrgica del pueblo.

El presente tomo consta de 4 partes. La primera es de carácter histórico, y nos re- lata cómo el autor llegó a ocuparse de la liturgia popular, mostrándonos a la vez los lugares de su actuación: el convento "Klosterneuburg" y la parroquia de Santa Gertrudis. En la segunda parte Pius Parsch elabora las ideas fundamentales, el sentido y el espíritu de la renovación litúrgico- popular. Sigue la descripción del sacerdote en sus relaciones con la liturgia, la misa, el breviario y la biblia, es decir se nos muestra al sacerdote viviendo "en" y "de" la vida litúrgica. La cuarta parte final- mente es de especial interés para el sa- cerdote con cura de almas. Aquí se explica cómo llevar a los fieles los tesoros de la liturgia, en especial la santa Misa, la pa- labra divina, los tiempos litúrgicos, etc.; dando además insinuaciones a los fieles para una participación más activa en las diferentes ceremonias litúrgicas.

No hay duda que en la época de reno- vación litúrgica, en la cual indudablemente vivimos, el sacerdote en la parroquia, fre- cuentemente recurrirá a este libro para sa- car de él, nuevas ideas para una labor más fructífera en su parroquia; pero no sola- mente el sacerdote sino también los fieles tendrán en esta obra un guía para llevar- los a una vida litúrgica más activa e in- tensa.

H. Schulte, S. V. D.

Katholischer Katechismus der Bistümer Deutschlands. - Editado por los obispos de Alemania. - Herder, Frei- burg, 1955. - 288 págs.

Catecismo Católico. - Herder, Barce- lona, 1957. - 318 págs.

El "Catecismo Católico" que hoy presen- tamos y recomendamos muy vivamente a nuestros lectores porque brota de la Biblia y lleva a la Biblia, es el fruto maduro y sazonado del trabajo combinado de los mejores especialistas de metodología cate- quística en Alemania, llevado a cabo du- rante más de veinte años, y discutido y revisado repetidas veces por varias comi- siones especiales y el episcopado alemán.

Se trata de un catecismo completo, práctico y moderno. En 136 temas y 247 preguntas y contestaciones expone toda la doctrina de nuestra santa religión. La disposición es muy acertada porque los autores prefirieron en su exposición seguir el orden pragmático de la historia de nuestra salvación, en el orden objectivo y subjectivo, evitándo así la separación innatural entre dogma, moral y sacramentos que, en realidad, constituyen una unidad orgánica y vital. Después de una breve introducción sobre la magnificencia de nuestro destino en la tierra, la Iglesia como depositaria y maestra de nuestra fe y la Buena Nueva del reino de Dios (temas 1-3), se habla en la primera parte de Dios y nuestra Redención (temas 4-44). La segunda versa sobre la Iglesia y los sacramentos (temas 45-90). En el tratado sobre la santificación en el bautismo se inserta muy oportunamente la doctrina sobre las virtudes teologales y la oración. Entre el sacramento de la sagrada Eucaristía y el de la penitencia se incluye la doctrina sobre los peligros que amenazan la nueva vida: la tentación, el pecado mortal y venial. La tercera parte está dedicada a la "Vida según los mandamientos de la Ley de Dios" (temas 91-126). La cuarta y última parte versa sobre las postrimerías (temas 127-136). De esta síntesis se deduce que el centro de la exposición en este catecismo, lo constituyen las ideas de la redención y de la vida divina, ideas realmente céntricas del mensaje bíblico. Los autores han puesto mucho empeño en ilustrar cómo nuestra santa religión es una religión de felicidad y alegría, de amor y gracia y no sólo de preceptos y deberes, que da a los cristianos infinitamente más de lo que exige, cuyo yugo es un yugo suave y cuya carga es una carga ligera.

El método que se sigue en el desarrollo de los temas es el siguiente. Se propone primero un texto o una narración bíblica que se refiere al tema. Luego se extrae la doctrina contenida en este pasaje, en forma amplia y detallada, pero siempre acomodada a la mentalidad de los destinatarios del catecismo. Por medio de oportunas consideraciones, en forma de preguntas, s hace reflexionar al lector sobre la ense ñanza expuesta que a continuación es re sumida y precisada en forma de pregunta y contestaciones. La "práctica" aplica lleva la doctrina a la vida, en forma d un propósito concreto, conciso y bien fun damentado. Textos bíblicos, ejemplos dichos de los Santos, ejercicios práctico sirven para profundizar la materia tratad

La acogida benévola que este catecism ha encontrado en todas partes, tambié fuera del país de su origen, y que no e sino el eco fiel de las altas cualidades qu lo distinguen, pero especialmente su carác ter profundamente bíblico lo hacen acree dor de la simpatía y el aprecio tambié de nuestros lectores. La edición española preparada con esmero por la prestigios Editorial Herder en Barcelona, es una re producción fiel del original alemán. Hast las ilustraciones han sido conservadas es crupulosamente aunque correspondan má bien a los gustos de los lectores alemane que a los del público dé habla español Con agrado habríamos visto si la palabr "Krankensalbung" se hubiera traducido l teralmente por "Unción de los Enfermos en vez de "Extremaunción". Hay una ps cología del lenguaje. Y el temor que mucho cristianos sienten frente a este sacrament se inspira, no en último término, en l palabra *"Extrema* Unción" con que lo ca racterizamos.

B. Otte, S. V. D.

L. Estefanía - G. Amigó: **Calendari Litúrgico,** 1957. - Editó. Al Bon Marché La Habana, 1957. - Un folleto, 8,5 x 13, ctms.; 46 págs.

Llegó a nuestra mesa de trabajo, com todos los años, el Calendario Litúrgic preparado por los PP. Luciano Estefanía Gustavo Amigó S. J. de La Habana. Co la competencia que les es propia, los reda tores han logrado, también esta vez, un guía perfecta que, con sencillez y exactitu ayuda a los fieles a seguir cada día l celebración eucarística con su misal.

A. B.

ıibros recibidos

SECCION BIBLICA

erder, Barcelona

J. C. Fenton: Concepto del sacerdocio diocesano. - 1956, 176 págs., Ptas. 42.

H. Schumacher: El vigor de la Iglesia primitiva. - 1957, 252 págs.

Catecismo Católico. - Versión y adaptación española por *Fr. Payeras* del "Katholischer Katechismus der Bistümer Deutschlands", editado por los obispos alemanes. - 1957, 318 págs.

A. M. Henry y un grupo de Teólogos: Iniciación Teológica. - 1957, Tomo primero: Las fuentes de la Teología - Dios y su creación, 705 págs., en rústica 200 ptas., en tela 240 ptas.

Hans Urs von Balthasar: Teresa de Lisieux - Historia de una misión. - 1957, 371 págs.

esclée & Cie., Tournai, Belgique

P. Auvray: Initiation a l'hébreu biblique (Iniciación al hebreo biblico). - 1955, 269 págs.

A. Robert y A. Tricot: Initiation biblique (Iniciación biblica). - 1954, tercera edición, 1082 págs., 4 tablas cronológicas, 8 mapas.

olksliturgisches Apostolat, Klosterneuburg München

M. Pfliegler: Leben, Bildung, Heilige Bildung (Vida, cultura, cultura santa). - 1957, sexta edición, 180 págs., en rústica S. 35,20; DM. 6,40; sfr. 6,40; en tela S. 49,80; DM. 9,10; sfr. 9,10.

Cl. Schedl: Unbesiegbare Sonne (Sol invencible). - 1957, 236 págs., en rústica: S. 39,70; DM.-sfr. 7,20; en tela: S. 56,60; DM.-sfr. 9,70.

C. B. Mohr (Paul Siebeck) Tübingen

O. Eissfeldt: Einleitung in das Alte Testament (Introducción al Antiguo Testamento). - 1956, 2ª edición, 954 págs., en rústica: DM. 43; en tela: DM. 48,50.

ır. Kaiser Verlag-München

M. Noth: Gesammelte Studien zum Alten Testament (Estudios sobre el Antiguo Testamento). - 1957, 306 págs., DM. 10.

ulinus-Verlag-Trier

H. Gross: Die Idee des ewigen und allgemeinen Weltfriedens im Alten Orient und im Alten Testament (La idea de una paz eterna y universal en el Antiguo Oriente y el Antiguo Testamento). - Trierer Theologische Studien 7. - 1956, 186 págs., DM. 19,80.

Töpelmann - Berlín

M. Noth: Die Welt des Alten Testaments (El mundo del Antiguo Testamento). - 1957, tercera edición, XV más 320 págs., DM. 20,50.

"Sal Terrae" - Santander

L. Alonso-Schökel, S. J.: Viaje al país del Antiguo Testamento. - 1956, 384 págs

SECCION LITURGICA

F. X. Durrwell, C.Ss.R.: *La Résurrection de Jésus. Mystère de Salut.* (La Resurrección de Jesús, Misterio de Salud). - Editions Xavier Mappus, Le Puy, París. - Un tomo, 16 x 23 ctms.; 397 págs.

Casimiro Sánchez Aliseda: *Preces por los Difuntos.* Colección: "Liturgia y Vida", nº 2. - Editorial Católica Toledana, Toledo, 1956. - Un folleto, 11,5 x 16 ctms.; 32 págs.

Casimiro Sánchez Aliseda: *La Visita litúrgica a los enfermos.* - Editorial Católica Toledana, Toledo, 1956. - Una hojita, 8 x 12,5 ctms.; 4 págs.

Schreibmayr - Tilmann: *Handbuch zum Katholischen Katechismus* (Manual para el Catecismo Católico). Tomo I/1. - Editorial Herder, Friburgo de Brisgovia, 1955. - Un vol., 14,5 x 23 ctms.; 222 págs.; DM 9.20.

Catecismo Católico. - Editorial Herder, Barcelona, 1957. - Un vol., 14,5 x 22,5 ctms.; 318 págs.

Heinrich Schumacher: *El vigor de la Iglesia Primitiva.* - Editorial Herder, Barcelona, 1957. - Un vol., 12,5 x 20 ctms.; 252 págs.; ptas. 48.00.

Pius Parsch: *El Año Litúrgico.* - Editorial Herder - Editorial Litúrgica Española, Barcelona, 1957. - Un tomo enc. en tela, 10 x 16,5 ctms.; 992 págs.; ptas. 125.00.

Hans Urs von Balthasar: *Teresa de Lisieux.* Historia de una misión. - Editorial Herder, Barcelona, 1957. - Un vol. enc. en tela, 15 x 22,5 ctms.; 370 págs.; ptas. 100.00.

Jacques Leclercq: *Begegnung mit Gott. Das göttliche Leben in uns.* (Encuentro con Dios. La vida divina en nosotros). - Editó: Rex-Verlag, Lucerna, 1956. - Un vol., 12 x 19 ctms.; 254 págs.; cartoné: frs. 9.00; tela: frs. 11.00.

K. H. Schelkle: *Paulus - Lehrer der Väter.* Die altkirchliche Auslegung von Römer 1-11. (Pablo, el maestro de los padres. La interpretación patrística de Romanos 1-11). - Editó: Patmos-Verlag, Düsseldorf, 1956. - Un tomo, enc. en tela; DM 30.00.

P. van Imschoot: *Théologie de l'Ancien Testament* (Teología del Antiguo Testamento. Tomo IIº - Editó: Desclée & Cie., Tournai (Bélgica), 1956. - Un vol., 15,5 x 23 ctms.; IX y 343 págs.

Editorial "Ars Liturgica", Maria Laach:

Erneuerung der Liturgie (Renovación Litúrgica). Cuadernos de Maria Laach, nº 14. - Un vol., 15 x 22,5 ctms.; 112 págs.; DM 3.50.

María in Liturgie und Lehrwort (María en la liturgia y el dogma). Cuadernos de Maria Laach, nº 15. - Un vol., 15 x 22,5 ctms.; 112 págs.; DM 3.50.

REFLECTOR

NUEVA REVISTA ILUSTRADA PARA LA FAMILIA CRISTIANA

— 36 Páginas —

Aparece mensualmente desde Marzo de 1956

Suscripcion anual $ 30.—

Numero suelto $ 2.50

Dirigirse a:

EDITORIAL GUADALUPE

Mansilla 3865 Buenos Aires

Como fruto del movimiento renovador catequístico, Editorial HERDER brinda a los catequistas y alumnos el nuevo

CATECISMO CATOLICO

destinado a renovar la enseñanza y el estudio de la religion. El texto se acomoda a las exigencias de la moderna pedagogía y borra la frontera de separacion que se habia levantado entre la enseñanza de la Historia Sagrada y la Doctrina Cristiana. Cumple con los seis puntos más importantes:

Acercar a Dios, acercar a Cristo, acercar a la Iglesia, acomodarse a la juventud, ser algo vivo, ser actual.

320 páginas, 14.5 x 22.2 cm - 152 ilustraciones

En rústica $ 39.— En tela, $ 49.—

Próximas novedades importantes:

Catequética, de J. A. Jungmann
Introducción al Nuevo Catecismo, de R. Fischer
Manual Práctico del Catecismo Católico, en 3 tomos

Editorial HERDER *Librería*

C. PELLEGRINI 1179 T. E. 44 - 9610 BUENOS AIRES

Talleres Gráficos de la Editorial Guadalupe

Correo Argentino Suc. Villa Calzada - c/s

FRANQUEO PAGADO Concesión Nº 3088

TARIFA REDUCIDA Concesión Nº 1337

Princeton Theological Seminary Libraries
1 1012 01447 9911

FOR USE IN LIBRARY ONLY

PERIODICALS

FOR LIBRARY USE ONLY.